

Mitos y Leyendas de Chile

Por Carlos Keller Rueff

ENCICLOPEDIA MODERNA DE CHILE

Director: Carlos Keller

La ENCICLOPEDIA MODERNA DE CHILE tiene por objeto publicar libros sobre el país escritos por los mejores especialistas en cada materia. Será, pues, una obra sistemática.

Consta de dos series: *manuales* y *tratados*. Los primeros comprenden unas 100 páginas de texto en tamaño 32 e informarán en forma sucinta sobre cada especialidad. Los tratados, en cambio, serán de mayor extensión y de tamaño 16.

El presente volumen es el primer manual de la serie y permite apreciar las características de ella. Los volúmenes siguientes versarán sobre las fronteras del país, la Marina de Guerra, el Ejército, la Aviación, Carabineros, Geología, Historia de la Música, el Folklore Musical, la Economía, los Araucanos, etc.

De los *tratados* han sido publicados dos:

1. El Laja: un río creador, por Carlos Keller y Alberto Recart, y
2. El general Erasmo Escala, por Manuel Escala.

En esta serie se publicarán próximamente:

3. El general José Miguel Carrera, por Edmundo González Salinas,
4. Geografía de Chile (10 volúmenes), por Carlos Keller,
5. Los yamanas, por Martín Gusinde, y muchos otros volúmenes.

EDITORIAL JERÓNIMO DE VIVAR
Cooperativa de Ediciones Ltda.

Inscripción N° 39.857
©Editorial Jerónimo de Vivar
Santiago de Chile, 1972

Primera edición: 3.000 ejemplares
Portada: Baile de los Diablos en la fiesta de La Tirana (Tarapacá)

Impreso en Chile
Printed in Chile

ÍNDICE

A. ARCHIPIÉLAGO DEL CABO DE HORNOS (yámanas)

Introducción	6
1. La época de los héroes	9
2. Mitos de animales	11
3. El habiloso Omorra	14
4. El tiuque como mago	16
5. La gran transformación universal	18

B. CHILE CENTRAL (mapuches, españoles y chilenos)

6. El Caleuche	23
7. Los maleficios de los calcus	25
8. Los machis y su magia blanca	27
9. Los maléficos brujos	31
10. El Trauco	34
11. La prodigiosa Pincoya	35
12. El Camahueto destructor	38
13. El impetuoso Cherruve	40
14. El Basilisco	43
15. El Huallepeñ deformador	44
16. Cai-Cai y Tren-Tren, las serpientes enemigas	45
17. La Ciudad Encantada de los Césares	47
18. El Cuero	52
19. Cómo un indiecito se hizo rico	54
20. La Viuda peligrosa	56
21. El Piuchén sucededor	57
22. El Alicante	58
23. Las Sirenas cantadoras	60

C. ISLA DE PASCUA (polinesios)

24. Cómo se originaron las estatuillas de madera	62
--	----

D. NORTE GRANDE (atacamas, collas, incas, españoles y chilenos)

25. La Tirana	64
26. Tarapacá, el travieso	71
27. La nostalgia de San Pedro de Esquina	75
28. Los derroteros del Cerro del Marqués	77

29. La maldad del caballero rubio	81
30. La Virgen de las Peñas	83
31. El paraíso de Chungará	90
32. La locura infantil de Huallatiri	94
33. Una rogativa de lluvia	97
Bibliografía	99
Referencias bibliográficas	101

INTRODUCCIÓN

Este libro constituirá sin duda una sorpresa para sus lectores: lo fue también para su autor.

Desde hace muchos años había recopilado mitos y leyendas del país, y el material reunido le permitiría fácilmente llenar un volumen de mil páginas. Podía disponer en esta Enciclopedia, sin embargo, de sólo un centenar de ellas. Era, por consiguiente, imprescindible ajustar los relatos al espacio previsto.

Eso pudo haberse hecho ofreciendo breves extractos de ellos, como ser índices ampliados. De ese modo se habría perdido, empero, todo su valer expresivo. Por tal motivo le pareció más útil condensar los relatos lo menos posible y ofrecer sólo una selección de ellos, los más interesantes y a la vez los más característicos de todos los géneros.

Chile es un país extremadamente largo, midiéndose en línea recta más de 4.000 kilómetros desde Arica al Cabo de Hornos. En ese dilatado territorio han vivido o viven pueblos de una variadísima gama cultural, que va desde lo más primitivo (los yamanas o yaganes del Cabo de Hornos son considerados como el estrato étnico más antiguo que llegó a América) hasta lo más desarrollado (los atacamas, collas, incas y españoles pertenecen a las altas culturas).

Había necesidad de incluir en este libro toda esa variedad de relatos tan diferenciados. Por otra parte, no era posible ser exhaustivo respecto de todos esos estratos. Era preferible limitar el contenido a algunos que fueran representativos y dar cabida a cada cultura con varios relatos que formaran una unidad.

Se logró este objetivo, presentando el material agrupado en tres cortes territoriales transversales, que comprenden:

A. El archipiélago del Cabo de Hornos (los yamanas).

B. Chile Central, desde Chiloé hasta Atacama (los mapuches, españoles y chilenos) y

D. El Norte Grande, representado por la provincia de Tarapacá y especialmente el departamento de Arica (atacamas, collas, incas, españoles y chilenos).

Para no incurrir en una omisión, se les agregó:

C. La Isla de Pascua.

Los relatos incluidos estén así dosificados geográficamente de sur a norte.

Podría parecer curiosa esta inversión del orden generalmente aplicado, pero el lector pronto se enterará de que esta ordenación obedece al mismo tiempo al devenir histórico: en el extremo austral, como ya se dijo, encontramos el estrato más antiguo de América; los mapuches de Chile Central eran también un pueblo primitivo, pero ocupaban el rango más desarrollado entre éstos, con agricultura y ganadería, alfarería y tejeduría e incluso con empleo de algunos metales. Su cultura a su vez aumenta en rango de desarrollo de sur a norte. Finalmente, en el Norte Grande imperaban altas culturas indígenas, sobre todo las de Nazca, Tiahuanaco, Atacama, Chincha-Atacameña e Incaica. La pascuense, a su vez, que pertenece a la polinésica, es considerada como una cultura media.

Indudablemente, todas ellas han generado e influenciado los mitos y leyendas del país, pero se ha agregado en seguida el aporte español, que falta solamente en el extremo austral, pero que llegó a ser preponderante en las demás

reglones.

Una de las grandes sorpresas que deparará este libro es la gran unidad que revelan todos los relatos. Aún los de los yamanas, que no han recibido ninguna influencia directa de parte de las otras culturas Indígenas, ni mucho menos de la española, calzan perfectamente en el conjunto que aquí se ofrece.

Sus relatos son tan acabados y perfectos, que seguramente se pondrá en duda su autenticidad: pero ahí está la sobresaliente obra del padre Martín Gusinde para comprobarla. Los escépticos no deben olvidarse que cuando se desenterraron las cuevas con pinturas paleolíticas de España y Francia, esos descubrimientos fueron declarados simples mistificaciones y falsificaciones por los arqueólogos, y tardó más de un tercio de siglo hasta que fuera reconocida su autenticidad. Pues bien, los yamanas nos ofrecen un ejemplo del arte de relatar mitos y leyendas de un pueblo que se puede incluir perfectamente entre los paleolíticos.

Como lo indica el título del libro, éste comprende solamente mitos y leyendas, vale decir que ni se refiere a las religiones ni a los cuentos propiamente tales. Considera únicamente asuntos que dicen relación con hechos sobrenaturales creados por el genio popular.

El autor ha considerado útil anteponer a muchos de los relatos algunas notas referentes al ambiente natural de cada reglón, o bien de índole cultural, para facilitar la comprensión. En realidad, la adaptación al ambiente es tan perfecta, que estos mitos y leyendas describen el país de una manera muchísimo más impresionante que los textos de geografía.

Una de las sorpresas que ofrecerán los relatos de Arica consiste en que la creación de mitos y leyendas no ha cesado de manera alguna, sino que sigue siendo en nuestros días tan efectiva como en tiempos pasados. El mejor ejemplo al respecto lo constituyen las cuatro leyendas —totalmente diferentes— que tratan de explicar el origen del santuario de la Virgen de las Peñas (N° 30).

Los lectores que deseen ampliar sus conocimientos, encontrarán al final una bibliografía selectiva. Se acompaña igualmente una referencia a las fuentes en que aparece cada uno de los mitos y leyendas de esta obra.

A. ARCHIPIÉLAGO DEL CABO DE HORNOS

Vamos a iniciar estos relatos de mitos y leyendas de Chile en el extremo austro, allá donde —al decir de Ercilla— "el Mar Océano y el Chileno mezclan sus aguas", vale decir, al sur del canal Beagle, donde el archipiélago del Cabo de Hornos daba albergue a los yamanas, el pueblo más austral del mundo.

Supónese que llegaron a nuestro continente hace unos doce milenios por Alaska, como los primeros inmigrantes desde el Asia. Otros pueblos les siguieron, y los fueron impulsando hacia el sur. Recorrieron toda su inmensa longitud en el curso de dos o tres milenios, hasta ser empujados a su territorio actual. Puede considerárseles, pues, como los integrantes más antiguos de esta tierra americana, y justamente este hecho justifica el interés especial que se les ha dedicado.

Ocupan, por lo demás, un territorio inhóspito, fragmentado en una infinidad de islas, canales, fiordos y bahías por los hielos que lo cubrían antes que llegaran; de clima muy ingrato; no demasiado frío, pero en que ningún mes alcanza una temperatura media superior a 10°; muy húmedo y con intensa nubosidad; de relieve accidentado, en que la fauna y la flora apenas encuentran espacio para arraigarse y ofrecen escasos recursos; en que, en cambio, el mar, aunque frecuentemente tempestuoso, es la base de todo su sustento, abundante en ballenas, focas, peces y —sobre todo— mariscos.

Pero cedámosles la palabra, para que ellos mismos, en sus mitos y leyendas, nos digan lo que saben acerca de ese sector de nuestro globo terrestre, casi siempre azotado por las tempestades.

1. LA ÉPOCA DE LOS HÉROES

El mundo es creación de Vatauehwa, el Ancianísimo. En el origen de todas las cosas existía únicamente El, y cuando haya terminado todo, sólo El sobrevivirá. Nadie sabe de dónde viene. Vive allá arriba, en el cielo, y desde allá ha creado cuanto existe: astros, tierra, plantas, animales y hombres. Por eso lo llaman Hitapúan, "nuestro padre". Es todopoderoso, pues puede cambiar cuanto ocurre y sabe todo lo que hacemos y pensamos. Y si no cumplimos fielmente sus mandamientos, nos castiga con enfermedades e incluso con la muerte. Por lo demás, es quéspij, o sea, puro espíritu, desprovisto de la envoltura carnal de los mortales.

Los yamanas se dirigen a él en todos los trances difíciles de la vida: le imploran salud, buen tiempo, prosperidad.

Esta obra no está destinada, sin embargo, como ya se dijo, a tratar de la religión. Vatauehwa pertenece a ella, es el Ser Supremo, creador y fijador de las costumbres. Mucho más tarde que él formara la tierra, llegaron al archipiélago los miembros de la familia Yoáloj, que inmigró desde el norte y se dirigió por la costa oriental de la Isla Grande de Tierra del Fuego hacia el sur, prosiguiendo el viaje en seguida hacia el poniente. Fueron los primeros pobladores de esta tierra. Poco después llegó también la familia de Lem (el Sol), a la que pertenecía su cuñada Hánuja (la Luna), y su hermano Acáinij (el Arco Iris). Luego llegaron muchas otras familias.

Sus componentes no eran, sin embargo, iguales a los actuales seres humanos, ni llevaban una vida similar a la nuestra. Desde luego, faltaban en el cielo los astros, la tierra representaba una planicie informe y plana, sin vientos ni lluvias o nevazones, y tampoco existía entonces la muerte. Además, había muy pocos animales, pues la mayor parte de las especies sólo se generaron en una gran transformación cósmica posterior, en que muchos de aquellos lejanos progenitores se convirtieron en las variedades conocidas.

En realidad, vivían en la tierra en aquel lejano tiempo dos hombres que se transformaron más tarde en el sol: Lem, ya nombrado, y Tárhuallem. Este último era de muy mal carácter, egoísta y preocupado de dañar a los demás, por lo cual era aborrecido. Cuando alguien le contradecía, se irritaba terriblemente. En una ocasión quemó cuanto estaba a su alcance e hizo hervir el agua del mar. Ardieron todos los bosques, y es por eso que hasta ahora las cumbres y sierras de aquel archipiélago se presentan desprovistas de vegetación.

En aquel remoto tiempo hubo otra particularidad: las mujeres imperaban en la comunidad y le imponían su dominio. Pues bien, ellas acordaron matar a Tárhuallem. Con ese propósito lo asaltaron en su choza, pero como era muy vigoroso, logró librarse de ellas y se elevó al cielo, donde ahora es una luminosa estrella.

La familia más importante era, sin embargo, la de los hermanos Yoáloj. En ella se destacaba sobre todo la hermana mayor, cuyos consejos todos respetaban. Se mencionan mucho también los dos hermanos mayores, que, sin embargo, discrepaban casi siempre de opinión.

Esta familia había recorrido gran parte de la tierra antes de llegar al canal Beagle. Cuando acá nacieron los primeros hombres propiamente tales, aquellos

hermanos les enseñaron cuanto necesitaban saber para poder existir.

El mayor de ellos, por ejemplo, juntó numerosas piedrecitas y se divertía golpeando unas contra las otras. Entre ellas se encontraba un shehuáli (obsidiana), que daba chispas. Recogió un montoncito de finas plumas y logró hacerlas arder. Luego agregó astillas y leña, y de este modo inventó el arte de hacer fuego. Desde entonces hemos podido asar la carne, preparar los mariscos al rescoldo y confeccionar los arcos, doblando la madera recalentada. Estaba feliz de haber hecho ese invento y manifestó que procuraría que el fuego ya nunca más se apagara. Se opuso, sin embargo, el hermano menor, quien manifestó que era imprescindible hacer trabajar a las gentes y no facilitarle tanto la vida, por lo cual convenía que se esforzaran ellas mismas en producirlo.

La hermana mayor había inventado un magnífico arpón para la casa de leones marinos, el que nunca fallaba la presa, ni se perdía. El hermano mayor deseaba que los hombres dispusieran también de tan excelente instrumento, pero el menor se opuso, alegando que convenía que ellos se empeñasen ingeniando sus propias herramientas. La hermana fue también la inventora del yécush (punta de flecha). Sus hermanos ya habían elaborado uno, pero era muy imperfecto, pues le faltaba el pedúnculo que permite fijarlo bien en el asta.

Mucho habría que contar de las acciones realizadas por la familia Yoáloj, pero hemos de abreviar, y nos limitaremos a una sola de ellas. Cuando la madre de aquellos hermanos llegó a la ancianidad, se sentía cansada y anhelaba tranquilidad y paz. El hermano mayor la miraba, sin embargo, insistentemente, y siempre volvía a abrir los ojos, sonriéndose dolorosamente. El hermano menor comprendió entonces que la muerte era imprescindible: para una persona de edad tan avanzada, la vida se transforma en un martirio, y la muerte es una liberación. Por eso hizo que su madre cerrara sus ojos para siempre: fue la primera vez que alguien muriera en esta tierra.

Sus hijos, sin embargo, no fallecieron, sino que se elevaron al cielo una vez que hubieron terminado todas las obras que realizaron en este mundo. Los contemplamos todavía diariamente en el firmamento: uno es Proquión y el otro Sirio, y la acumulación de estrellas cerca de éste son los demás hermanos.

2. MITOS DE ANIMALES

En aquellos lejanos tiempos en que la familia Yoáloj todavía moraba en esta tierra, muchas de las familias que más tarde se transformaron en animales ya vivían en ella. Sobre ellas existen numerosos mitos.

Hay en la región diversas especies de cormoranes o cuervos marinos. El de las rocas, llamado E'etej por los yamanas, es muy egoísta. En tiempos de sequía, cuando todos padecían una terrible sed, descubrió un pequeño pozo, pero no reveló a nadie su existencia. El cormorán de las patas coloradas, llamado Huashénim, se extrañaba que E'etej estuviera siempre de buen humor. Su inteligencia lo hizo presumir que disponía de alguna aguada, por lo cual lo observó cuidadosamente, en compañía de varios miembros de su familia. Pudieron ver cómo E'etej pasó frente a su escondite junto con otros cinco acompañantes. El encabezaba el grupo, y al avanzar volvían siempre miedosamente la cabeza. Los Huashénim les siguieron con mucha precaución. Finalmente, los E'etej se detuvieron frente al pozo, se inclinaron rápidamente y bebieron agua con gran placer. En un momento de descuido los Huashénim se precipitaron sobre ellos y los empujaron hacia abajo. En seguida ellos mismos satisficieron su espantosa sed.

Es por eso que el E'etej grita e', e', e' hasta el día de hoy, y lo hace con fuerte entonación, pues su garganta siempre había quedado húmeda; el Huashénim, en cambio, grita eh, eh, en con voz ronca, pues había padecido mucha sed. Debido a lo sucedido en aquel pozo, los cormoranes de las rocas ocupan en los barrancos marinos siempre los lugares inferiores y los de las patas colorados, los de arriba. Y por la misma razón, los primeros siempre vuelven miedosamente la cabeza, pues temen que alguien les siga.

El Ayapuj (la nutria marina) vivía en la misma choza con cinco cuñados, pero no se avenían, pues estos últimos se mofaban constantemente de él. Esto lo llevó a la desesperación y, lleno de rabia, los abandonó un buen día, radicándose en un promontorio vecino. Encendió allí una fogata para indicar con el humo que en ese lugar se había varado una ballena. Los cuñados observaron la señal y enviaron al menor de ellos a inspeccionar el sitio.

Ayapuj había limpiado de piedras los contornos de su choza, eliminó también la arena y regó agua sobre la greda, de modo que la subida, que era muy escarpada, quedó muy resbaladiza.

Al llegar el cuñado, no vio ninguna ballena, pero Ayapuj lo invitó a que subiera a su choza para atenderlo con alguna golosina. Así trató de hacerlo, pero resbaló y se cayó al suelo. Aquel aprovechó ese momento para dispararle su arpón. Nuevamente hizo la señal con humo.

Sucesivamente, los tres cuñados de más edad fueron enviados a observar la ballena, y todos corrieron la misma suerte. El mayor, sin embargo, sospechó que algo había ocurrido a su hermanos, por lo cual bajó al mar con sus armas. Al ser invitado por Ayapuj a su choza, se le ocurrió que podía haber asesinado allí a sus hermanos, por lo cual rechazó la invitación y le insinuó que se juntaran afuera, pues tenía mucho interés por saber algo de sus hermanos. Ante la insistencia de Ayapuj fue, sin embargo, a verlo en su habitación, pero no entró en ella por la

puerta, sino por atrás, arrancando algunas de las varas clavadas en el suelo. En ese momento vio los cadáveres de sus cuatro hermanos, que se encontraban amontonados, y se precipitó lleno de ansias de venganza sobre Ayapuj. Con una maza le cortó las manos y los pies, y luego lo mató.

Es por eso que la nutria vive en cuevas debajo de la tierra, las que sólo abandona cuando se cree sola. Persigue a otros animales, sobre todo a los perros, y es también enemiga del hombre. Lo ocurrido explica también por qué todas sus extremidades quedaron tan cortas.

Lana, el pájaro carpintero negro, vivía desde que naciera con su hermana en casa de sus padres. Cuando la joven pareja había crecido algo, se reunía en un escondite, y se amaban. De ese modo transgredían uno de los mandamientos de Vatauehua, que prohíbe el incesto. Tan pronto otra gente observó su comportamiento, les hicieron terribles recriminaciones, amenazando castigarlos. A pesar de ello, no dejaron de juntarse.

Finalmente, el propio padre fue informado de ello y los llamó. En su rabia tomó un canastillo lleno de ími (tierra roja) y pintó con ese colorete la cabeza de su hijo, gritándole:

—¡En castigo por llevar tan mala vida, tendrán que vivir para siempre juntos, pero váyanse de inmediato de mi choza! Temerosos, ellos se refugiaron en el bosque, donde el pájaro carpintero negro sigue haciendo vida común con su hermana.

Quijinteca (el vari común) vivía junto con su mujer y su hermano menor, que todavía era soltero. Estos dos últimos se enamoraron, engañando al marido. No pasó, empero, mucho tiempo sin que éste se enterara de lo que ocurría. No dijo nada a su hermano, pero una vez que éste se encontraba ausente, llamó a su mujer y la amenazó con transformarse en una ave de rapiña dotada de fuertes garras, si no le guardaba la debida fidelidad.

Como la amonestación no surtiera ningún efecto, se retiró finalmente a la selva para realizar su propósito. Salía desde su choza y observaba cuidadosamente todas las particularidades de los pájaros. Comenzó a imitarlos construyendo su vivienda en una rama de un árbol e imitando el grito de las aves. En seguida comenzó a saltar y a mover los brazos como ellas lo hacen con sus alas.

Después de algún tiempo fue a visitar a su hermano, quien lo recibió en son de burla, preguntándole cuándo se iba a transformar por fin en un pájaro. No contestó nada, pero pudo cerciorarse de que su mujer seguía manteniendo con aquél relaciones ilícitas. Esto lo enfureció, y así un buen día perdió su habla y comenzó a graznar como un pájaro, para lo cual fue necesario que su boca se transformara en un pico. Y lo mismo ocurrió finalmente con sus brazos y piernas, que se igualaron a las de un vari.

Su hermano no creía que eso fuera posible, y fue a visitarlo un día en compañía de su amante, con la intención de volver a burlarse de él. Como no lo encontraran en su choza, ni en parte alguna, se mofaron de él, habiéndole en dirección a la copa de los árboles y diciéndole que lo felicitaban por haber logrado su transformación, lo que los complacía en extremo, pues ya no los molestaría

más.

Al escuchar estas palabras, el vari salió de su nido y emprendió el vuelo. Primero describió amplios círculos, pero luego se precipitó en picada sobre la pareja, la prendió con sus fuertes garras y se la llevó a su guarida. Allí, numerosos pajarillos se precipitaron sobre ella y la despedazaron, comiéndose su carne y dispersando los huesos.

Al conocer los vecinos esta venganza del Quijinteca, manifestaron que aquellos transgresores de un mandamiento de Vatauinehua habían recibido un justo castigo.

Al norte del Cabo de Hornos se encuentra el grupo de las islas Wollaston. En un invierno extraordinariamente riguroso, se acumularon allí verdaderas montañas de nieve y hielo; reinaban temperaturas extremadamente bajas y soplaba un viento huracanado.

En una de esas islas vivía una mujer completamente sola. Ni siquiera podía encender fuego en su choza, pues en esas islas no hay shehuáli (obsidiana). Se le habían agotado sus víveres, y se había acostado temprano, calentándose algo debajo de una capa de vellones.

Repentinamente penetró en la choza un pájaro de alta mar, grande y negro, que hablaba la misma lengua que los yamanas. Le parecía raro que ello fuera posible, y al levantar su cabeza para observar mejor a esa ave, vio que detrás de ella había muchísimas más. Luego encendieron la fogata y se sentaron en torno a ella, para calentarse. Estaban entumecidos por el terrible frío reinante.

Aquella mujer pudo entender perfectamente la conversación de esos pájaros: se contaban sus prolongados viajes a través del mar, los puertos visitados, los arrecifes e islas que habían visto, el botín que habían hecho y los peligros a que habían escapado.

La mujer estaba feliz por el calor que se propagaba hasta ella y por lo que oía, y le parecía que se trataba de seres humanos y no de aves.

Como quiso acercarse más al fuego, se sentó, sin embargo, entre los pájaros y empujó a uno de ellos con su brazo. Apenas la vieron, se espantaron y emprendieron el vuelo llenos de miedo, llevándose consigo los cueros que estaban limpiando, y apagando la fogata. Poco antes, a la luz de ésta, se había enterado de que se trataba de cormoranes negros, que habitan los archipiélagos al sur del canal Beagle.

Afortunadamente, los pájaros habían dejado en la choza una ballena, de modo que ya no tuvo que sufrir hambre. Se sentía, con todo, muy sola, y al volver a acostarse en su frío lecho, lloró desconsoladamente, lamentando la falta de la grata compañía de los cormoranes.

Pensaba en ellos con tanta nostalgia que finalmente también se transformó en una de esas aves.

3. EL HABILOSO OMORRA

Sobre el arrecife de Huéacuf, situado cerca de la desembocadura del río Douglas, en la costa occidental de la isla Navarino, vivía un feroz elefante marino. Toda piragua que pasara por aquel paraje era atacada de inmediato por él: la destrozaba y mataba a los tripulantes, llevándoselos a la playa para devorarlos. Había muchas familias que lamentaban la pérdida de sus parientes.

El pequeño Omorra, conocido como extremadamente ágil, diestro e inteligente, y por eso consultado por casi todos aquellos deudos, les expresó que le parecía que todos éstos habían sufrido la misma suerte, pues en ningún caso hubo sobrevivientes. A instancias de ellos, se dedicó a observar lo que ocurría. Para este objeto trepó a un cerro y siguió con la vista el viaje de una piragua. Lleno de espanto pudo ver cómo fue atacada por un elefante marino de enorme estatura, que luego devoró a todos los tripulantes. Informó de inmediato sobre lo que había visto, y los parientes de las víctimas se colocaron luego en el cuerpo la pintura negra que exterioriza el luto.

Omorra, que era capaz de elaborar los mejores arpones y hondas, se dedicó de inmediato a prepararse para atacar a esa foca. Ya en situación de hacerlo, llamó a cuatro mujeres para que bogaran rápidamente la piragua en dirección a aquella roca. Tan pronto llegaron allá, la bestia se les acercó, pero Omorra le disparó una piedra con su honda, destrozándole un ojo. Al segundo disparo, ella quedó ciega y gritó lastimosamente. Luego el pequeño héroe tomó el arco, disparó una flecha y se la incrustó en el corazón. El animal alcanzó la orilla del mar y fue capaz de trepar hasta el arrecife de Huéacuf, donde falleció y se petrificó. Debido a ello, todavía lo reconocerá sin dificultad quien pase frente al lugar. Todos manifestaron a Omorra sus agradecimientos por su valiente actitud.

Otro hecho notable lo destacó poco después. Quihuagu, la gaviota negriblanca, que se asemeja a un dominico, por lo cual los científicos así la llaman (*Larus dominicanus*), había enviudado y vivía con una hermosa hija. Quetela, el traro, se enamoró de ambas y se desposó con ellas, llevándolas a su choza (en aquel tiempo todavía no eran animales). Era muy habiloso en la elaboración de arpones, y salía frecuentemente con Quihuagu a pescar peces y recoger jaibas, quedando sola en el hogar la mujer, que era de tierna edad.

Dos hermanos Huashénim (cormoranes negros) se enamoraron de ella y le hicieron la corte, pero la joven rechazó todos sus requerimientos. Y cuando en otra ocasión trataron de apoderarse de ella por la fuerza, ella los resistió e insultó, y como aquellos hermanos nada lograron, se vengaron matándola.

Al emprender la fuga, ellos se encontraron con Quihuagu, y se comportaron de una manera tan insegura y rara, que la mujer sospechó de inmediato que habían cometido alguna maldad a su hija. Corrió a la choza, pero la joven no contestaba a sus gritos, y luego la encontró muerta. Estaba desconsolada.

Más allá, los hermanos Huashénim se encontraron con Quetela, sentado en una colina y trabajando en la terminación de un arpón. Se le acercaron en son de burla y lo golpearon con una vara en la cabeza, por lo cual el traro la tiene plana. Se apresuró éste a llegar a su choza, donde se enteró de la desgracia ocurrida.

Pronto se reunió allá una numerosa parentela, pues —como se sabe— la de las gaviotas es muy grande. Ni siquiera faltaron en esa manifestación de luto los

hermanos Huashénim, pero su mala conciencia los hizo mantenerse a cierta distancia, encima del barranco de Lashahuaya, situado sobre la isla Hoste, frente al canal Molinare.

Al avistarlos, los presentes se irritaron por la insolencia de los asesinos y dispararon sus hondas para castigarlos. Estaban, empero, demasiado distantes, y las piedras no los alcanzaban.

Se les ocurrió entonces llamar al pequeño Omorra, conocido como excelente cazador. Tardó en llegar a aquel sitio, pues en el camino se dedicó a ejercitarse en el uso de su honda, a fin de alcanzar a los asesinos. Disparó una gran piedra hacia el sur, la que abrió el canal Molinare y separó por medio de él las islas de Navarino y Hoste. Dos proyectiles disparados hacia el poniente abrieron los canales Noroeste y Suroeste del de Beagle. Una cuarta piedra arrojada hacia el oriente formó el curso recto del canal Beagle al Mar Antártico, pasando al norte de las islas Picton y Nueva. Otras piedras que disparó con su honda formaron los demás canales y fiordos de la región.

Muchos se rieron cuando llegó el pequeño Omorra con tres enormes piedras en las manos, que apenas podía acarrear. La primera que arrojó en dirección de los hermanos Huashénim pasó justamente entre ellos; las otras dos, sin embargo, dieron en las metas y mataron a los dos asesinos. Ambos fueron transformados en rocas, que se encuentran todavía allá, sobre el barranco de Lashahuaya y que todos conocen con el nombre de "Los dos Ancianos".

Estos —y muchos otros— son los hechos que dieron fama a Omorra, y si visitara con mayor frecuencia este remoto y aislado archipiélago del Cabo de Hornos, no cabe duda que -loa yamanas habrían hecho mayores progresos. Más tarde, aquel pequeño hombre tan habiloso se transformó en el picaflor, y es sabido que éste llega a Tierra del Fuego sólo durante una brevísima temporada de verano.

4. EL TIUQUE COMO MAGO

También este mito tiene como protagonistas a personajes que más tarde se transformaron en pájaros. Yo'ocalía —el tiuque— llegó a un campamento constituido por varias familias, donde descubrió a una hermosa joven. Tenía el propósito de contraer matrimonio con ella, pero se oponía a ello el hecho de que todos lo consideraban antipático. No obstante, ante su insistencia, la muchacha le prometió finalmente casarse con él. Pero cuando él trató de hacer efectivo el enlace, ella se negó a acceder, y se mofó de él, a igual que los demás.

Los varones salían frecuentemente de caza. Al matar guanacos, extraían de ellos las tripas, las invertían y empleaban para preparar morcilla con la sangre del animal. Cómo deseaban poner en ridículo a Yo'ocalía, llenaban la destinada a él con sangre extraída de sus propias narices, y se la ofrecían con significativos gestos, que todos entendían, menos él.

El pobre joven comenzó a enflaquecer de este modo, y finalmente inspiró lástima a dos buenas amigas que tenía, quienes le revelaron la mala jugada de que era víctima de parte de los cazadores.

Aburrido de la vida que llevaba, acordó finalmente retirarse del campamento. Dio a conocer ese propósito sólo a esas amigas, a quienes prometió premiarlas, mientras que los demás vecinos iban a ser castigados por él.

Sin que nadie se enterara de ello, se fue y dirigió a la choza de su padre, que era un famoso yécamush, como los yamanas llaman a sus magos, cuyas acciones son netamente sobrenaturales. Suponen que mediante un estudio especial logran preparar su quéspij (alma, ánima), capacitándolo para entrar en relación con un yefáchel, una especie de segundo yo, que pueda alejarse por el espacio, a fin de practicar telepatía, averiguando acontecimientos y dirigiendo a otras personas o animales, que de este modo realizan las órdenes que el yécamush les imparta. Pueden así también matar o hacer enfermarse a otra persona, de modo que actúan también como los calcus (brujos) de los araucanos, reuniendo las funciones de éstos y de los machis (que entre los mapuches —como luego se verá— se encuentran separadas).

Interrogado por la madre por qué llegaba tan flaco y de mal semblante, Yo'ocalía informó a su familia sobre el tratamiento que había recibido en el campamento, en que todos se mofaban de él, sin excluir a la joven que había prometido aceptarlo como esposo.

El padre, al saber todo eso, se indignó y prometió castigar a esa mala gente. No se levantó de su lecho, sino que se ensimismó y evocó la presencia de su yefáchel. Parecía estar durmiendo, pero en realidad su espíritu estaba activísimo. Dirigió su segundo yo a una gran ballena que estaba en la alta mar y la hizo vararse cerca del lugar del campamento. Hizo, finalmente, que su propio quéspij se trasladara a esa ballena, a fin de dirigir desde su interior el reparto de la carne.

Efectivamente, en la mañana siguiente, al observar la ballena varada, los ocupantes del campamento se dirigieron de inmediato a la playa y se dedicaron a despedazarla, repartiendo los trozos de carne y grasa. Hubo una alegre fiesta, y muchos recordaron la torpeza del joven Yo'ocalía y el engaño de que lo habían hecho víctima.

Pero Yo'ocalía padre hizo que los trozos de carne que habían ingerido

volvieron a adquirir vida. Todos sintieron repentinamente en sus estómagos una fuerza irresistible que los impulsaba a dirigirse a la ballena. Allá, los trozos que se le habían cortado volvieron a incorporarse a su cuerpo, y el animal recuperó la vida. Ahí estaban los cazadores, la novia infiel, todos los que se habían divertido a expensas del joven Yo'ocalía, y sólo las dos amigas que habían informado a éste de las bromas que se le estaban haciendo, permanecieron sanas y salvas en la playa.

Quien observe el dorso de una ballena, reconocerá de inmediato que está poblada de picos, choros, cholgas, erizos y muchos otros mariscos: son los castigados por el poderoso yécamush.

5. LA GRAN TRANSFORMACIÓN UNIVERSAL

Todos los mitos relatados anteriormente se refieren a una época anterior a la actual, de la que están separados por una transformación universal que ocurrió en tiempo remoto.

La verdad es que entonces, en la época de los héroes con que se inició la historia sobre esta dura tierra y a la que ellos dieron, en gran parte, su forma actual, imperaba un régimen muy distinto del que se impuso en aquella revolución.

Al inmigrar a la Isla Grande desde el norte, existía el matriarcado, es decir, las mujeres habían impuesto su dominio a los hombres y los mantenían sumisos y obedientes. Y no sólo esto, sino que había, además, una total inversión de las funciones en la familia: los varones cocinaban, cuidaban a los niños y aseaban las chozas, mientras que las mujeres salían a cazar; y en lo referente a la pesca, los hombres bogaban y las mujeres manejaban el arpón y los anzuelos.

No es fácil comprender que el sexo débil haya sido capaz de imponer su voluntad al fuerte, pero ello se explica si se tiene presente que aquél, más habiloso que éste en inventar patrañas e intrigas, tenía embaucados a los hombres con un mito, de acuerdo con el cual era Tánuhua quien había establecido aquel orden. En su viaje hacia el archipiélago del Cabo de Hornos, las mujeres no se cansaban de repetir que estaban buscando a aquel espíritu.

Para lograrlo se reunían en una choza grande, a la que no tenían acceso los hombres, y fingían que Tánuhua aparecía. Para ese fin hacían retumbar la tierra y largaban lastimeros gritos de desesperación. Los pobres hombres, al escucharlos, estaban convencidos de que aquel feroz espíritu —tal como se lo anunciaban las mujeres— estaba devorando a sus queridas esposas, madres e hijas. Luego aquellas mujeres se colocaban máscaras y pintaban el cuerpo, apareciendo como espíritus de muy diferentes características. Y todos ellos predicaban a los hombres que debían observar la más absoluta sumisión frente a sus mujeres, pues en caso contrario Tánuhua devoraría a las mujeres. A veces, esos espíritus penetraban incluso de noche en las chozas donde dormían los hombres y los espantaban, infundiéndoles verdadero terror. Todas estas ceremonias inventadas por las mujeres se llamaban la fiesta de la quina.

El engaño fue descubierto por casualidad. Lem, de quien ya se informó que era el sol más joven, era obligado durante esa fiesta a abastecer de carne a las mujeres que se reunían y vivían en la choza grande. Era para él una carga harto pesada, que sólo podía cumplir por ser un excelente cazador (era el único varón a quien ellas permitían desempeñar esa función...en beneficio de ellas mismas).

Pues bien, un buen día en que regresaba de la caza con un enorme guanaco sobre los hombros, descansó a orillas de una lagunita, debajo de un calafate. Se acercaron a éste dos muchachas. Lem reconoció de inmediato a sus dos hijas y se escondió entre unas matas de coirón. Las niñas se le acercaron suficientemente para que pudiera escuchar su conversación. Entraron en la laguna y se bañaron en ella, lavándose las pinturas que decoraban sus cuerpos durante las representaciones de los espíritus en la quina. Al mismo tiempo se reían a viva voz de la credulidad e ingenuidad de los varones que tomaban en serio la farsa que les representaban, y una de ellas estimó que ese infantilismo del género masculino justificaba ampliamente que lo dominara el femenino. Finalmente, al

salirse del agua, comenzaron a preparar los papeles que les correspondía representar en aquellas ceremonias.

Lleno de rabia, aquel preclaro varón saltó repentinamente de su escondite y se presentó a las dos jóvenes en toda la magnificencia de su esbeltez varonil. Ellas comprendieron en ese instante que habían revelado a Lem el secreto de la fiesta inventada por las mujeres. No supieron qué decir, comenzaron a tiritar, se achicaron cada vez más y transformaron finalmente en dos patitos corta-corriente; y si observáis a esos pequeños ánades, comprenderéis por qué son tan extraordinariamente tímidos y vergonzosos.

Al llegar al campamento, Lem tiró el guanaco al suelo y murmuró entre dientes:

—¡Y pensar que tengo que acarrear todos los días tanta carne para que mis propias hijas se rían de mí! ¡Hacernos creer que la necesitan para Tánuhua, cuando se la comen ellas mismas!

La vieja y astuta Teshurquipa (que después se transformó en un fringilo) algo alcanzó a escuchar y se percató de inmediato que Lem estaba enterado de su secreto. Para disimular le manifestó poco después, al encontrarse con él en su choza:

—¿Me creerás que hay hombres tan ingenuos que se tragan cualquiera patraña? ¡Fíjate, nosotras mismas, fingiendo ser el espíritu Calampasha, penetramos en sus chozas, y todos se escondieron llenos de susto debajo de sus pieles! ¿No es para reírse?

Lem, sin embargo, no se dejó engañar, y aun cuando no contestó nada, Teshurquipa lo comprendió así, por lo cual se apresuró a llegar a la choza grande, donde reveló a las demás mujeres que él estaba en conocimiento de su secreto.

El revuelo que hubo entre ellas fue tremendo. Acordaron extremar sus actos de intimidación, insistiendo en que Tánuhua estaba excitadísima y dispuesta a matarlos a todos, hombres y mujeres, sí no guardaban la más absoluta calma y se sometían a sus mandamientos. Se prepararon al mismo tiempo para volver a aparecer en masa, disfrazadas de espíritus.

Lem, sin embargo, había informado entre tanto a todos los varones, y la irritación que se apoderó de ellos fue formidable. Acordaron proceder a dar a las mentirosas mujeres un castigo ejemplar.

Con ese propósito avanzaron sobre la choza grande, y una plétora de espíritus salió de ella. Nadie se dejaba ya engañar, por supuesto, y los hombres se precipitaron sobre ellos, les arrancaron sus máscaras y reconocieron a sus mujeres. Trabóse de esta manera una batalla campal entre ambos sexos. Armados de troncos de árboles, los hombres pegaban a las mujeres, y pronto éstas comenzaron a huir, siendo perseguidas por ellos.

Y así ocurrió la gran transformación universal. Salvo dos, todas las mujeres perecieron en esa lucha, o bien fueron transformadas en animales, y sólo sobrevivieron las muchachas de tierna edad, lo que impidió que se extinguiera el género humano. Si os fijáis en los diseños y pintas que llevan las diversas especies de animales, podréis reconocer fácilmente las pinturas que adornaban a las mujeres en aquella quina. Estas lograron ultimar también a algunos hombres: las flechas que les dispararon se transformaron en colas; la nutria fue alcanzada por un arpón, por lo cual su cola es tan ancha; y el zorro, por una rama del canelo,

lo que explica que su cola se asemeje a un copo.

Poco después, Lem se dirigió al firmamento, donde lo vemos ahora como sol. Frente a éste, siempre en un lugar opuesto a él, se ve en Tierra del Fuego con mucha frecuencia a su hermano, Acáinij, el arco iris. Con motivo de la batalla habida, se incendió la choza grande, y Lem apagó el incendio derramando una gran cantidad de agua sobre ella: se formó así un río que transportó al mar los animales marinos en que se convirtieron muchas mujeres.

Todavía podemos reconocer fácilmente el buen carácter y solícito genio de Lem, pues abandona de noche la Tierra del Fuego para participar su luz también a otros pueblos, que viven lejos de ella. Siempre reaparece, sin embargo, en la madrugada. Cuando vivía en esta tierra como hombre, todas las mujeres estaban enamoradas de él.

Yéjalem, su hijo, se transformó en el planeta Venus, que aparece en el firmamento antes de la salida o después de la puesta de su padre. La belleza de Acáinij, que siempre ostenta abigarrados colores, proviene de las pinturas que usaba como hombre, pues aventajaba a todos en el adorno de su cuerpo.

Hánuja, su mujer, se transformó en la luna. Acá en esta tierra era la más bella de todas las mujeres, digna en hermosura de su esposo. Desgraciadamente, su carácter no correspondía de manera alguna a su aspecto físico: era dominante, intrigante y estaba siempre dispuesta a hacer el mal a otros. Era ella, sin embargo, quien encabezaba a las mujeres y las había inducido a establecer el matriarcado. Del matrimonio de Acáinij y Hánuja provenía un hermosísimo hijo que falleció de tierna edad. La madre estaba muy desconsolada por esa pérdida y se hirió con un cuchillo la cara para exteriorizar su tristeza, saliendo de las llagas mucha sangre. Es fácil reconocer esas sajaduras en la faz de la luna, y a veces también se le ve enrojecida, lo que proviene de la sangre que derramó aquella madre.

Es preciso agregar todavía que cuando Hánuja se vio vencida por los hombres en la última quina celebrada por las mujeres, recurrió a un ardid para conservar su dominio: desencadenó una terrible nevazón, en que todos, hombres y mujeres, debían perecer. Reinaba un frío tan espantoso que toda la tierra fue cubierta por una gruesa capa de hielo. Fue, al parecer, ésta la causa por la cual Lem ascendió al cielo. Sus vivificantes rayos hicieron derretirse esos hielos, pero sus masas eran tan enormes que ahora ocurrió un diluvio. Se presentó con tanta rapidez que muchos no alcanzaron a llegar a sus piraguas para salvarse en ellas, y muchos que lo lograron, no pudieron llevar víveres. Las aguas crecieron de tal manera que cubrieron toda la tierra. Afortunadamente, hubo cinco cumbres que sobresalieron de ellas, donde encontraron refugio quienes sobrevivieron a esa catástrofe. Son las de Ushlaque (sobre la península Hardy), Huémarrvaya (frente a la isla O'Brien), Auhuaratulera (en el estero Ponsonby), Huelalánuj (sobre la isla Cable) y Piatulera (sobre la desembocadura del río Douglas, en la costa occidental de la isla Navarino). Es fácil reconocer en esos cerros la playa que formaron las aguas y los troncos en que se amarraron las piraguas (que ahora están petrificados).

Sólo después de este diluvio universal comenzó la vida actual sobre esta tierra. Ya no somos inmortales como los héroes que llegaron a Tierra del Fuego, ni tenemos facultades para transformarnos en rocas, animales o astros. Somos hombres comunes y corrientes.

Aquella quina que terminó con esta gran transformación no fue, sin embargo, la última que se celebrara. Los varones sospecharon que si no adoptaban alguna medida preventiva, sus mujeres podrían tratar de apoderarse de nuevo del mando y restablecer el antiguo orden. Para impedirlo, ellos mismos comenzaron a celebrar la quina tan pronto se normalizara la situación. Pero ahora son ellos quienes se dedican a intimidar a las mujeres, repitiéndoles todo aquello que ellas mismas decían antes a los varones. Volvió a aparecer Tánuhua, reclamando grandes cantidades de carne, y se presentaron de nuevo los numerosos espíritus, exigiendo que las mujeres se mantuvieran sumisas y obedientes a sus mandos.

No se ha continuado la quina, sin embargo, para justificar un patriarcado igual al matriarcado existente anteriormente. Los yamanas no conocen dominio alguno: ni siquiera existen caciques en su orden político y social, ni mucho menos ha reinado allá jamás un príncipe. Tampoco existe una sumisión de la mujer, pues ella es simplemente una compañera del hombre y ocupa el mismo rango social que éste, sin ser oprimida.

B. CHILE CENTRAL

Si los desiertos del norte chileno —los más absolutos del mundo— engañan al hombre con sus mirajes o espejismos, que lo hacen ver lagunas rodeadas de árboles donde sólo hay candente arena, no son menos engañosas las brumas que cubren tan a menudo el archipiélago de Chiloé. Son allá las noches terriblemente profundas, y las selvas se doblan bajo el peso de las tormentas. Repentinamente, sin embargo, esa obscuridad se aclara por un haz luminoso que se condensa en algo que aparenta realidad.

Así ocurre en la costa occidental de la Isla Grande. Está formada ella por la cordillera de Piuchué, poblada de centenarios alerces y que cae en elevadísimos acantilados al mar. De noche la travesía impulsa hacia ella masas densas de nubes negras, gimen los árboles y se oye bramar abajo la resaca.

6. EL CALEUCHE

Repentinamente se escucha el ruido de cadenas, y aparece, magníficamente iluminado, el Caleuche en medio de las brumas. Es el Buque Fantasma de los chilotes. Tiene velas rojas, y sobre su cubierta bailan vertiginosamente los invunches, aquellos seres raptados cuando niños por los calcus (brujos mapuches) y desfigurados, volviéndoles la cara hacia atrás y fijando una de sus piernas en el cuello, de modo que usan una sola para andar y bailar. Esto ha valido también su nombre al buque, que proviene de ca, otro; leun, transformar; y che, gente: gente transformada en otro ser, es decir, en un invunche.

Muchos chilotes han divisado un Caleuche. Siempre ocurre en esas profundísimas noches ya señaladas, jamás en el día. Al examinar en la mañana siguiente el sitio que ocupaba el buque, se dará con un tronco seco, un arrecife u otro objeto, a orillas del mar, pero jamás con el navío. Esto ha dado lugar a la creencia de que en el día navega como submarino.

El Caleuche no se mantiene aislado de los hombres de aquella tierra. Muchas veces sus tripulantes se apoderan de alguna embarcación y se llevan a bordo a sus marineros y pasajeros, donde los mantienen recluidos, para abusar de ellos.

Los brujos de la isla, organizados en la Casa Grande o Cueva de Quicaví, visitan el Caleuche dirigiéndose a él a espaldas de un Caballo Marino. Como los invunches son criaturas que están a su servicio, las aprovechan para realizar sus malas artes.

Así se explica que ciertos comerciantes empiecen a enriquecerse repentinamente: es que están en relación con algún brujo, quien les consigue las mercaderías de que se ha apoderado un Caleuche. Basta con observar bien lo que ocurre en sus almacenes o tiendas: se escuchará de noche arriar cadenas en la playa, un ruido que revela sin duda alguna la presencia de uno de esos buques. Los puertos frecuentados preferentemente por ellos son los de Quicaví, Llicaldad y Tren-Tren.

El buque es considerado en cierta manera como una persona, pues tiene una esposa, que es una loba marina. Pescadores de la isla Tenglo, de Puerto Montt, mataron a ésta en una ocasión, y el Caleuche anunció que se vengaría raptando la muchacha más hermosa de aquella ciudad y haciendo daños a sus pobladores. Efectivamente, poco después desapareció de ella la niña más agraciada y hubo tres grandes incendios: el Caleuche había hecho efectiva su amenaza.

Cabe advertir que este mito nada tiene de común con el del Buque Fantasma europeo. Este está poblado por seres Rumanos normales, aunque sujetos a un hechizo, pero no por invunches. Además, arriba como un buque cualquiera a un puerto, y sus tripulantes conversan con sus pobladores y participan en fiestas realizadas por éstos. La visión de un Caleuche, en cambio, está reservada a un iluminado y es de brevísima duración.

Por otra parte, aun cuando son evidentes los elementos mapuches, no cabe duda que el mito como tal es de origen posterior a la llegada de los españoles. Antes sólo había en Chiloé bongos (canoas de un tronco ahuecado) y dalcas (piraguas de tres tablas), pero no se conocían buques, como tampoco cadenas. El

Caleuche es conceptuado como un velero español o pirata.

7. LOS MALEFICIOS DE LOS CALCUS

Los mapuches distinguían claramente entre la magia blanca y la negra. La primera era beneficiosa para el individuo, pues por medio de ella podía sanar de alguna enfermedad, recuperar un objeto perdido, conocer el futuro, saber quién pretendía hacerle a uno un mal, o bien conocer al malhechor que ya había logrado su propósito. Esta magia blanca se inspiraba en el propio Pillán (Ser Supremo) y era desempeñada por los machis con su ayuda.

Frente a ella se encontraba la magia negra, destinada a dañar al individuo, a provocar desgracias de toda índole, como enfermedades, e incluso la muerte. Es preciso tener presente a este respecto que según los mapuches el individuo sólo puede morir por causas violentas, como ser, golpes o heridas, inmersión, quemaduras u otras, pero no por alcanzar una edad avanzada,

con agotamiento de su organismo. Normalmente, el hombre debería vivir eternamente, y si muere, ello se debe —salvo por los accidentes que se acaban de indicar— a que un calcu, es decir, un practicante de la magia negra, le ha inculcado algún veneno.

No creen los mapuches en la existencia de un diablo o demonio, pero conocen esta magia negra desempeñada por un calcu. Con limitaciones, este término equivale al de brujo. El desempeño de la magia negra se llama calcutun (tun significa acción).

Se les considera como seres humanos que viven en una cueva (renü o tafü), en que tienen como socio a un huichancullin (de hinchán, asociado; y cullín, animal), que puede ser un zorro, una culebra, un ganso silvestre (huairao) o una lechuza, sirviéndoles esas aves para poder volar.

Otro instrumento que mantienen en la cueva es el Invunche (de invün, deformado; y che, hombre). Tratase de un niño que raptan de tierna edad y lo van deformando por medio de descoyunturas y torcimientos hasta que lleven la cara vuelta hacia la espalda y anden sobre una pierna, teniendo la otra pegada en la parte trasera del cuello. Se les mantiene siempre encerrados en la cueva, donde se les alimenta con la carne de niños recién nacidos. Absuelven éstos las consultas que les hacen los calcus, quienes llegan a conocer así secretos de otras personas, pero también los llevan a veces al sitio en que pretenden ocasionar un daño.

Para este objeto los van azotando en el trayecto, y los invunches van dando terribles chivateos, que aterran a los vecinos y les vaticinan alguna desgracia. Mofándose de los machis (que practican la magia blanca), los llaman también vutamachis (grandes machis), alegando esa designación a su pretendida superioridad con respecto a aquéllos.

Otro instrumento del calcu es el huichanalhué (de huichán, asociado; y alhué, ánima), considerado como el alma de un fallecido de que se apodera, a fin de emplearla como un segundo yo .pudiendo enviarla a inquerir noticias, o bien para penetrar en un cuerpo humano y colocar en él un veneno, un trocito de madera, una lagartija u otros objetos destinados a ocasionar enfermedades o la muerte; puede también agujerear para ese fin el corazón y chupar la sangre a la víctima. Todos estos maleficios que realiza el calcu llevan el nombre de huecuve (huecufü).

A la entrada de la cueva se encuentra un ihuaivilu (ihuai y vilu son sinónimos y significan serpiente), que la protege. Se cree que en la cueva los calcus realizan orgías de la peor especie, con participación de los invunches. Los huichanalhué, por su parte, obligan a los brujos a entregarles periódicamente a un miembro destacado de sus familias.

Los medios de que se valen los calcus para ocasionar sus maleficios consisten principalmente en el "mal tirado", es decir, la introducción de un veneno en el cuerpo del afectado. Aplican para ese fin también la magia simpática, consistente en ocasionar el daño a una parte del cuerpo de la víctima, como ser, un cabello, un retrato de ella, un pedazo de su uña, etc., creyéndose que cuanto mal se les hace, lo padecerá también la persona a que pertenecen.

8. LOS MACHIS Y SU MAGIA BLANCA

Así como el calcu o brujo practica la magia negra y ocasiona maleficios, desgracias y daños de toda índole, sobre todo la muerte por envenenamiento y las enfermedades, el machi está destinado a anular la acción de aquél y a contrarrestar su acción ya realizada. Es por eso que el calcu es considerado como maligno y el machi, en cambio, como un benefactor.

En 1629 fue hecho prisionero por los araucanos en Cangrejeras el joven capitán Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, quien tuvo oportunidad de presenciar un machitún, o sea, el ejercicio de la magia blanca por un machi y que describe en uno de los mejores libros escritos sobre aquel pueblo, "Cautiverio Feliz".

"Acabamos de comer —escribe— y tratamos de ir al rancho y curar al enfermo. Esto era ya sobre tarde, y en el interior fueron algunos adherentes por ramos de canelo, por un carnero, cántaros y ollas y fue acercándose la noche, con lo cual se juntaron los indios vecinos y parientes del enfermo. Me llevó el cacique (Maulicán) en su compañía, habiendo preguntado (previamente) al machi si estorbaría mi asistencia, a lo que respondió que bien podría asistir en un rincón de la casa.

"Entramos, ya de noche, al sacrificio del carnero. Tenían en medio muchas luces. En un rincón del rancho (estaba) el enfermo, rodeado de muchas indias con sus tamborilejos pequeños, cantando una lastimosa y triste tonada con las voces más delicadas. No cantaban los indios, porque sus voces gruesas debían de ser contrarias al encanto.

"Estaba cerca de la cabecera del enfermo un carnero liado de pies y manos, y entre unas ramas frondosas de laureles tenían puesto un ramo de canelo grande, a modo de mesa (en que había) una quitra (pipa) de tabaco encendida, de la cual a ratos (el machi) sacaba el humo y (lo) esparcía entre las ramas y por donde el doliente (yacía) y la música asistía, a todo lo cual las indias cantaban lastimosamente.

"Los indios y el cacique estaban en medio de la casa sentados en rueda, cabizbajos, pensativos y tristes, sin hablar ninguno una palabra.

"Al cabo de haber incensado las ramas tres veces y al cañero otras tantas, al que tenían arrimado al banco que debía servir como altar de su sacrificio, se encaminó donde estaba el enfermo y le hizo descubrir el pecho y estómago, habiendo callado las cantoras, y con la mano llegó a tentarle y sahumarle con el humo de la quitra que traía en la boca de ordinario. Con esto le tapó (de nuevo) con una mantichuela el estómago y se volvió donde estaba el carnero. Mandó volviesen a cantar otra tonada diferente, más triste y confusa. Allegándose al carnero, sacó un cuchillo y le abrió por medio, y sacó el corazón vivo, y, palpitando (éste), le clavó en medio del canelo en una rama, que para el propósito había poco antes aguzado. Luego cogió la quitra y comenzó a sahumar el corazón, que se mostraba aún vivo, y a ratos le chupaba con la boca la sangre que despedía.

"Después de esto sahumó la casa con el tabaco que de la boca echaba humo. Llegóse al doliente, y con el propio cuchillo (con) que había abierto el carnero, le abrió el pecho, (de modo) que patentemente aparecían los hígados y tripas, y las chupaba con la boca. Todos juzgaban que con aquella acción echaba

fuera el mal y lo arrancaba del estómago. Todas las indias (seguían) cantando tristemente, y las hijas y mujeres del paciente (estaban) llorando a la redonda y suspirando. Volvió a hacer que cerraba las heridas, (lo) que, a mi ver, parecían apariencias del demonio, y cubrióle el pecho nuevamente.

"De allí volvió adonde el corazón del carnero estaba atravesado, haciendo en frente de él nuevas ceremonias. Entre ellas fue (una la de) descolgar el tamboril que pendiente estaba del canelo, e ir a cantar con las indias: él parado, dando algunos pasos, y las mujeres sentadas como antes.

"Habiendo dado tres o cuatro vueltas de esta suerte, vimos de repente levantarse de entre las ramas una neblina obscura, a modo de humareda, que las cubrió, de suerte que nos las quitó de vista por un rato, y al Instante cayó el encantador en el suelo como muerto, dando saltos el cuerpo para arriba como si fuese una pelota, y el tamboril a su lado de la misma suerte saltando, a imitación de su dueño, (lo) que causó gran horror y encogimiento, obligándome a encomendarme a Dios. Hasta entonces había estado en notable cuidado a todas las acciones, y luego vi aquel horrible espectáculo, tendido (el machi) en el suelo y el tamboril saltando solo juntamente con el dueño: se me angustió el alma y se me erizaron los cabellos, y tuve por muy cierto que el demonio se había apoderado, de su cuerpo.

"Callaron las cantoras y cesaron los tamboriles, y sosegóse el endemoniado, pero de (una) manera que el rostro parecía el (del) mismo Lucifer, con los ojos en blanco y vueltos al colodrillo, con una figura horrenda y espantosa.

"Estando de esta suerte, le preguntaron si sanaría el enfermo, a que respondió que sí, aunque sería tarde, porque la enfermedad era grave y el bocado (o sea, el mal tirado o ingerido) se había apoderado de aquel cuerpo, de manera que faltaba muy poco para que la ponzoña llegase al corazón y le quitase la vida.

"Volvieron a preguntarle en qué ocasión se lo dieron (es decir, el bocado), quién y cómo, y dijo que en una borrachera (se lo dio) un enemigo suyo con quien había tenido unas diferencias, y no quiso nombrar la persona, aunque se lo preguntaron, y esto fue (hablado por él) con una voz tan delicada que parecía salir de una flauta.

"Con esto volvieron a cantar las mujeres sus tonadas tristes, y dentro de un buen rato fue volviendo en sí el hechicero y se levantó, cogiendo el tamboril de su lado, y lo volvió a colgar donde estaba antes, y fue a la mesa donde estaba la quitra de tabaco encendida y cogió humo con la boca e incensó y ahumó las ramas y el palo en que el corazón del carnero había estado clavado, no supimos qué se hizo, porque no vimos que se le sacara, ni apareció más: infaliblemente lo debió de esconder el curandero o llevarlo el demonio, como ellos dan a entender, (afirmando) que se lo come (éste).

"Después de esto se acostó entre las ramas del canelo a dormir y descansar".

Es ésta tal vez la descripción más completa de un machitún y que merece especial interés por haber sido presenciada a principios del siglo XVII, o sea, en una época en que las antiguas costumbres se habían conservado casi intactas.

Para comprender lo informado por Bascuñán es preciso tener en cuenta algunos hechos establecidos por la investigación moderna y que se ignoraban en su tiempo.

Los machitunes se realizan siempre de noche, jamás de día. Ello se debe a que la medicina y magia, a igual que el crecimiento de las plantas, se suponen influenciados por fuerzas lunares. El Ser Supremo de los araucanos es Pillán, pero no se le concibe como una sola persona definida, sino como un ente andrógino (que es hombre y mujer a la vez) y que representa, además, la edad joven y la avanzada. Es su componente femenina la que invoca el machi. A ella está destinado el corazón del carnero sacrificado, suponiéndose que, gracias a su consumo por la divinidad (exteriorizado por el desaparecimiento del corazón), se logrará su concurso en el tratamiento del enfermo. No se invoca, pues, el demonio, como supone Bascuñán, sino precisamente el Dios del Bien.

No menciona Bascuñán que el machi oficiante fuera un invertido, pero Rosales y otras fuentes lo atestiguan, y hoy día el oficio es desempeñado casi exclusivamente por mujeres. Estaban ellas, justamente, predestinadas para entenderse con la parte femenina de Pillán, y si lo querían hacer los hombres, debían comportarse como mujeres, usando también los vestidos de éstas.

Un papel importante en la ceremonia corresponde a la sangre: se la considera como dotada de fuerzas mágicas, pues es ella la que da vida al hombre. El machi chupa la sangre del corazón para participar de esas propiedades. Como igualmente de carácter mágico se considera al tabaco, pues es capaz de producir estados de alucinación, siendo probable que para ese efecto se le agregaran yerbas aún más fuertes. En tal estado el machi recibe revelaciones de parte de Pillán, referentes a la causa y la índole de la enfermedad y de su causante. No se hace a este respecto un distinguo entre el mundo físico y el de los sueños, considerándose, por el contrario, que sólo estos últimos son adecuados para conocer la verdad.

También el canto está destinado a acentuar las operaciones que realiza el machi.

En la descripción de Bascuñán, la parte principal del tratamiento del enfermo, y que a él le parece inspirada por el demonio, es hipnótica: en realidad, no se abre el vientre del enfermo ni se le vuelve a cerrar. Debido a encontrarse hipnotizados por el machi, los presentes creen realmente que tales manipulaciones ocurren. No menciona Bascuñán que al fingir estar chupando los órganos enfermos, el machi hace aparecer un trozo de madera, una piedrecilla, una lagartija u otro objeto, afirmando haberlo extraído del cuerpo y sosteniendo que constituye la causa de la enfermedad. Este acto lo realizan mediante la prestidigitación.

Al final de la ceremonia se agrega al hipnotismo, la alucinación, actuando ambos factores en conjunto. Al hacer la verificación del causante de la enfermedad, el machi emplea, adicionalmente, el ventrilocuismo, lo que da a entender Bascuñán al referirse a la "voz tan delicada que parecía salir de una flauta".

Se llega a ser machi gracias a una vocación que se manifiesta en la juventud, pero es preciso ser preparado por machis experimentados antes de poder desempeñar el oficio. La admisión se hace en un acto público agregado a un nguillatún (rogativa).

Los machis no practican solamente la magia blanca (como en el caso descrito anteriormente), sino también ciertas ramas de la medicina racional, como ser, el empleo de yerbas medicinales y la composición de huesos. Es, sin

embargo, difícil separar los tratamientos por medio de yerbas medicinales de aquéllos en que se aplica la magia blanca, pues a esas yerbas también se atribuyen propiedades mágicas, consistentes, precisamente, en sanar a un enfermo.

Los machis no son sacerdotes, ni desempeñan funciones religiosas, pero se dirigen a Pillán y le piden su ayuda. Diariamente suben de madrugada a un rehue colocado frente a su ruca. Consiste éste en un tronco con peldaños, la efigie tallada de Pillán y una pequeña plataforma. Parados en ella, invocan al Ser Supremo y le imploran les preste su cooperación. Todas sus alocuciones se dirigen siempre a Pillán.

He aquí algunos de los versos que recitan en el machitún al enfermo:

Del norte dicen
que ha venido el huecufü.
Por debajo de la tierra pasó,
se introdujo por los aires:
Por eso has quedado en ese estado lamentable,
por eso ha quedado rojo
tu pobre vientre.
Anuncian el remedio posible con estas palabras:
En la cascada azul tomaré
la flor azul, que es remedio para ti,
para curar tus males.
He prometido mejorarte,
y para ello he venido.
¡Pero harto difícil es poder lograrlo!
Cogeré para ti un buen remedio
para poder sanarte
y darte algún alivio.
Ya nadie sabe cómo lograrlo.
Pero de más arriba de la cascada
te traeré flores medicinales,
Y con ellas podré sanarte.

Constantemente, en las alocuciones de los machis, se pasa del mundo racional al irracional. En el fondo estiman que es la aplicación de la magia blanca la que destruye los huecufü de los calcus y que también las yerbas medicinales reúnen propiedades mágicas.

9. LOS MALÉFICOS BRUJOS

Los *calcus* y *machis* pertenecen a la cultura mapuche propiamente tal, que estaba propagada en Chile a la llegada de los españoles desde Copiapó hasta Taitao, siendo de carácter sorprendentemente uniforme, lo que se manifiesta exteriormente en que las diferencias de dialectos eran insignificantes (mucho menores, por ejemplo, que los de las diversas regiones de los países europeos). También los mitos y leyendas de origen mapuche estaban difundidos en todo aquel territorio.

Se agregó a ese acervo ancestral, sin embargo, el introducido por los españoles, y éste ha recibido muchas veces influencias indígenas; además, ha habido nuevas creaciones de mitos y leyendas.

Un campo interesante para estudiar estas relaciones es el referente a los brujos. Predomina en Chile la concepción española de la institución, pero se le han agregado influencias mapuches, sobre todo en Chiloé.

Vicuña Cifuentes cita diversos relatos sobre brujos descubiertos como tales.

Una criada, por ejemplo, solía recogerse temprano a su cuarto y no contestaba cuando se la llamaba, alegando al día siguiente haber estado con el mal, o sea, una enfermedad repentina que la hacía perder el conocimiento. Como el caso se repitiera, los patrones forzaron la puerta, encontrando vacío el recinto. Frente a un espejo había, sin embargo, una vela encendida y al lado de ella una cantidad de pequeños potes con diversas pomadas, que arrojaron a la acequia. La empleada no volvió a aparecer, pero desde la noche siguiente la casa fue rondada por una perra que gemía lastimosamente: era la criada, quien, por haber desaparecido los ungüentos, no pudo volver a su forma de mujer y quedó transformada en perra hasta el fin de sus días. Aterrorizados, los patrones abandonaron la casa y el barrio.

De una manera similar, un padre que sospechaba que sus tres hijas eran brujas, las observó sigilosamente. Una noche vio salir tres zorras de la casa. Corrió a la pieza donde dormían sus hijas y encontró sus cuerpos inmóviles en sus lechos. Los colocó boca abajo y fue a dormir. Al penetrar al día siguiente en el cuarto, encontró en él, además de los cuerpos inermes de sus hijas, a las tres zorras, que no habían podido penetrar en ellos para volver a vivificarlos, debido a su posición.

Estos dos casos son típicamente europeos.

Todos los brujos se dedican a ocasionar daños a otras personas, pues son incapaces de hacer el bien. Para lograrlo es necesario, sin embargo, saber el arte. Los maleficios comprenden, por ejemplo, la rociada o mal tirado, una especie de maldición lanzada desde la distancia; y el daño o mal Impuesto, que se verifica por cuenta ajena.

En este último caso es preciso entregar a la bruja (casi siempre se trata de mujeres) alguna prenda de la víctima (un cadejo de pelo, un trozo del vestido, etc.) y un perrillo: la bruja arranca a éste el corazón, lo envuelve en aquella prenda y lo hiere en seguida furiosamente con un alfiler, profiriendo horribles conjuros. La víctima sufrirá iguales padecimientos. Es un ejemplo de la magia simpática, por medio de la cual se invierte el orden de los acontecimientos (se realiza simbólicamente el mal que se pretende ocasionar, esperando que se produzca

realmente). Hay brujas que disponen para este efecto de dos maniqués, uno masculino y otro femenino, clavando la prenda con un alfiler en el sitio en que se espera ocasionar el daño y haciendo en seguida los conjuros. Las prendas pueden ser agregadas también a un sapo, una lagartija, un murciélago, etc., que se hacen hervir en una caldera.

Es fácil reconocer a un brujo. Basta para ello colocar debajo de su asiento una tijera abierta en cruz, pues no podrá levantarse de él. Una cruz de plata llevada como amuleto sobre el pecho impedirá que una rociada penetre en el cuerpo: sólo se ennegrecerá. Si se lleva en el bolsillo la colilla de un cigarro fumado por el portador el viernes anterior, o bien simplemente un dientecillo de ajo (que inspira horror a los brujos), se evitarán las consecuencias del mal tirado. Si el mal ya ha producido su efecto, hay manera de salvarse buscando una gallina negra que no haya conocido gallo y humedeciendo la parte afectada con su sangre.

Se sabe que los brujos son sordos los días martes. Si se quiere que no escuchen lo que se habla en otros días, debe decirse: "Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana".

Un brujo nunca puede poseer más de dos reales (25 centavos), y tampoco cobrará más por sus servicios. Sin embargo, ellos custodian los entierros, que les llegan a pertenecer si no son recuperados por otro dentro de un año. Se designa, empero, a uno de ellos, transformado en animal, para custodiarlos. Este los desvía si se les acerca alguien, por lo cual es imposible encontrar la mayoría de los entierros. Ello sólo es posible cuando fallece el guardián y no se ha designado todavía otro para reemplazarlo, o bien el Viernes Santo.

Los maleficios de los brujos son producidos también por asquerosos brebajes que preparan, o bien por venenos. Ellos pueden quitar la razón a una persona, lo que también consiguen valiéndose de una aguja que han hecho pasar por los ojos de una lagartija. Son capaces de infectar con gérmenes la ropa dejada a secar en el patio.

Por venganza, pueden hablar a los muertos: los exhuman, llevan el ataúd al templo, donde lo abren, poniendo de pie al muerto y azotándolo, acompañando cada latigazo con apóstrofes en que recuerdan al fallecido los malos actos cometidos cuando estaba vivo.

Son capaces de desorientar a un transeúnte, haciéndole perder hasta el camino a su casa.

La creencia en brujos está todavía muy arraigada en el país. Se sostiene que en las profundidades de la tierra hay a lo largo de todo el territorio una inmensa cueva, conocida con el nombre de Salamanca. Hay a ella muchos accesos, siendo los principales los de El Molle (al interior de La Serena), Talagante, Vichuquén y Quicaví (sobre la Isla Grande de Chiloé).

Se hace un distinguo entre un brujo vulgar y otro que domina el arte, lo que requiere siete años de estudios. Todos se juntan, sin embargo, en asquerosos aquelarres que celebran en sus cuevas y que culminan en escandalosas orgías. En ellas se sirven exquisitos manjares y vinos en vajilla de oro y plata. A veces son invitados legos a esas fiestas. Si éstos hurtan alguno de los valiosos objetos que ven, pierden el conocimiento y se encuentran al día siguiente tirados en pleno campo; y si buscan aquellos objetos en sus bolsillos, sólo encuentran estiércol u

otras inmundicias. Un chivato hace guardia en la entrada de la cueva, y es preciso rendirle homenaje mostrándole el trasero.

Todas estas características son netamente europeas y comprueban el predominio de los elementos de ese origen en la formación de la cultura chilena.

Hay, sin embargo, también influencias mapuches. Se atribuye a los brujos, por ejemplo, llevar un macuñ o chaleco mágico y luminoso, que es alimentado con grasa humana. En él muestra el brujo acontecimientos por venir. En Europa existe un espejo mágico que desempeña la misma función. El nombre de ese chaleco es mapuche.

Donde esas influencias indígenas son especialmente grandes, es en Chiloé. El Obispo de Ancud, don Ramón Ángel Jara, se vio en la necesidad de ordenar verdaderas campañas para combatir allá la creencia en los brujos. En 1880 hubo en Ancud un famoso proceso por brujería, que ocasionó gran revuelo y que fue publicado finalmente en un folleto.

Se cree allá que los brujos están acompañados por invunches, a igual que los calcus, y que éstos son también los tripulantes del buque fantasma, el Caleuche. Las Voladoras son consideradas como brujas. Cuando los brujos quieren cruzar el mar, lo hacen sobre la espalda de un Caballo de Mar. Todos estos elementos son mapuches.

El Caballo de Mar es una especie de encarnación zoomorfa de las olas marinas, que tiene forma equina y arroja espuma por la boca. Los brujos lo gobiernan con riendas de algas marinas (cochayuyo). En tierra se puede apreciar su estatura, que no es superior a la de un quincho o cercado de estacas. Aun cuando el caballo sólo fue introducido por los españoles, es posible que antes se le atribuyera la forma de otro animal, pero puede tratarse también de un mito de origen europeo. Zeus se transformó en un toro y transportó a Europa desde Fenicia a la isla de Creta a través del mar. Los calcus logran llegar al Caleuche sobre el lomo del Caballo del Mar.

10. EL TRAUCO

Así como los faunos son encarnaciones del adormecedor ensueño del mediodía greco, el Trauco encarna las eternas y, húmedas selvas pluviales del austro chileno. Su cuerpo se asemeja al tronco de un árbol, y el pahuedún, un grueso bastón retorcido que suele usar en sus andanzas, se confunde con él mismo, pues tiene su figura. Si uno logra apoderarse de ese báculo y lo sacude en el suelo, puede tener la seguridad de que el Trauco siente los golpes. Y si se le lleva a casa y cuelga sobre el fogón, comenzará a destilar aceite, con el que se puede sanar a los que han experimentado los maleficios del Trauco,.

Este, sin embargo, está, además, cubierto totalmente de fibras de quilineja, lleva un sombrero cónico semejante a un cucurucho y tejido de la misma quilineja, y sus pies forman muñones informes que carecen de talones y dedos.

Es capaz de matar con su mirada a una persona, siempre que la vea antes de ser observado, pero más frecuente es que ella quede deformada, con el cuello torcido, o sentenciada a morir dentro de un año. Si alguien ve primero al Trauco, éste morirá.

Es de instintos lascivos y procura siempre apoderarse de alguna mujer para abusar de ella. A menudo molesta de tal manera a los habitantes de una casa que los lleva a la desesperación. No es fácil de reconocer, pues es de pequeña estatura, una especie de enano, pero con el cuerpo similar al de un adulto.

Si se le increpa pronunciando los nombres de fiura (figura), hueye (invertido), pompón de monte y otros, se retira y no hace daño. Al llamarlo con su nombre propio, en cambio, acude de inmediato. Antes de ser visitadas por él, las mujeres suelen verlo en sus sueños, en que aparece como un joven de buena presencia e incluso como un religioso. Especialmente peligroso es en las selvas, donde desflora a las mujeres que penetren en ellas.

Existe también una trauca, pero de ella se habla poco.

En los bosques se reconoce la presencia de su marido por hachazos que se escuchan y que no provienen de un mortal, sino de él. A veces se siente también un ruido ensordecedor, semejante al de una tropa de animales bravos que avanzan atropelladamente. Se suelen encontrar también sus materias fecales en los troncos de los árboles y los umbrales de las viviendas.

Se le atribuyen las jorobas, parálisis faciales, tullimientos y dislocaciones de los huesos, el tortícolis, un repentino decaimiento o dejadez con que amanece el cuerpo, el hecho de malograrse el carbón en la hornada, como también el chisparroteo incesante de éste al ser encendido, como consecuencia de que él lo pisó.

Defensas o amuletos contra los males que ocasiona son, por ejemplo: un escapulario con carbones a ambos lados, dos pares de ojos y dos barbas de chivo; tirar cochayuyo o derramar ceniza en las cuatro esquinas de la casa; hachear sus esquinas; hacer una cruz con dos cuchillos; hacer silbar un huiro (alga marina); dar a conocer los sueños habidos con el Trauco; pasar por el humo a una víctima de él; desmenuzar y frotar ajos entre las manos; y arrojarle un puñado de arena, pues se pone a contar sus granos, lo que permite escapar.

Es peligroso insultarlo, pues suele vengarse, golpeando al ofensor.

11. LA PRODIGIOSA PINCOYA

¿Por qué hay en el mar y las playas sitios en que abundan los peces y mariscos, mientras que en otros escasean o faltan por completo? ¿Por qué la dotación está sujeta constantemente a variaciones?

Pues bien, algunos chilotes afortunados han podido establecerlo. A veces, en los raros días de sol de aquel archipiélago, sobre todo cuando la primavera derrama sus primores por las bellísimas bahías del Mar Interior, ellos han visto, sentados sobre alguna roca, a la Pincoya, acompañada por su marido, el Pincoy. Conversaban alegremente y radiaban contento y buen ánimo. Podría confundírseles con una hermosísima pareja joven, pero en realidad sus extremidades inferiores corresponden al cuerpo de una foca, y sólo la parte superior es humana. Nadaban en seguida a lo largo de la playa, siempre sonriéndose, y se posaban en ella, esparciendo a lo largo semillas de mariscos, y es por eso que abundan éstos en los parajes frecuentados por ese matrimonio. Y de la misma manera éste llama la abundancia de peces.

No se les debe espantar, ni abusar de esa riqueza en especies marinas, pues se disgustan por ello y no regresan más al mismo lugar, el que experimenta luego una gran escasez.

Se estima que es posible reconciliarse con la Pincoya (pues es ella y no su marido la que en realidad provoca aquella plétora), para lo cual es preciso salir mar afuera en bote y llamarla, implorándole su perdón. Para tener éxito, empero, es preciso dirigirse a ella en compañía de algunas muchachas de alegre carácter y amable aspecto, pues sólo así se la atraerá.

El mito de la Pincoya ha dado origen a numerosos cuentos. Uno de ellos se refiere a una hermosa mujer que contrajo matrimonio con un hombre de malos hábitos. De acuerdo con una antiquísima tradición, tales individuos son transformados en peces, y así le ocurrió también a aquel pescador, una vez que salió a tender sus redes.

Muchos pretendieron a la bella viuda, pero tardó mucho en aceptar a uno de los pretendientes. El día anterior a la celebración de las nupcias se fue a bañar al mar, y mientras lo hacía cantaba alegremente. Su canto atrajo al primer marido, quien estaba muy disgustado por haber aceptado su mujer un nuevo enlace. Levantó una gran ola, que la cubrió y arrastró mar afuera. Fue capaz, sin embargo, de asirse de una roca, pero el pez se le echó encima, y más tarde se la encontró sin conocimiento en la playa.

Estuvo muy enferma, pero se recuperó, y fue posible realizar las bodas. Pronto se pudo constatar que estaba encinta, y dio prematuramente a luz una bellísima criatura. Tenía un hermoso rostro, un cuerpo perfectamente formado y el cabello largo como una mujer adulta, pero sus extremidades inferiores representaban la cola de un pez, larga y enroscada.

Los padres se mostraron desconsolados, pero la madre se enteró de que la niña había sido concebida por ella cuando la violentó el gran pez al bañarse antes del matrimonio.

Creció la niña cual prodigio de belleza y tenía una encantadora voz que arrebató a todos. No podía andar, sin embargo, por faltarle las piernas, y sólo le era posible arrastrarse por el suelo. De preferencia se dirigía al vecino mar,

saliendo a las rompientes, que eran su sitio predilecto, pues allá jugaba con las olas, saltando a veces por encima de ellas. Y siempre se le veía cantando alegres melodías.

Dado su buen carácter, muchos la pretendían, a pesar de su defecto orgánico, pero ella rechazó todos los ofrecimientos que se le hicieran. Su mayor placer consistía en salir mar afuera en las tormentas, para salvar náufragos. Frecuentemente, la visitaba su padre, quien trataba de persuadirla de quedarse en el mar, pero no lo logró, pues volvía al lugar de su nacimiento.

Pasaron los años, y un buen día observó un enorme albatros que revoloteaba sobre ella y que fue atraído por su canto, de modo que descendió, posándose sobre una roca vecina en la playa. Pronto se trabaron en viva conversación, mirándose y riendo como enamorados. A los pocos días acordaron contraer matrimonio, y se fueron a vivir en una roca situada en una isla vecina. Pronto tuvieron familia: eran aves que tenían algo de peces, por la madre. Pueden vivir en el agua como éstos, pero vuelan también por sobre los buques que se acercan a la costa chilena.

Otro cuento se refiere a la cochodoma, nombre que tiene la jaiva hembra en Chiloé. En cierta ocasión, una india anciana y muy pobre que vivía en una vetusta ruca cerca del mar, como todos los chilotes, salió a mariscar, como lo suelen hacer siempre las mujeres del archipiélago cuando baja la marea, a fin de recoger los pececillos y mariscos que quedan en descubierto. En la noche la choza había sido azotada terriblemente por una violentísima tempestad. Por tal motivo, esperaba encontrar, además del botín corriente, una buena cantidad de leña, que necesitaba para preparar su comida y calentar la choza.

Ocurrió, sin embargo, que la resaca era tan fuerte que no podía acercarse a la playa. Pero como tenía hambre, procuró apoderarse a pesar de ello de algunas presas. Una enorme ola cayó de improviso sobre ella, y en su miedo trató de asirse de algo, estirando la mano. Sintió en ella, en efecto, algo voluminoso, como si hubiera cogido una colpa o conjunto de mariscos adheridos entre sí. Tratábase, sin embargo, de una cochodoma y no de una colpa.

Tan grande resultó ser aquella jaiva que le proporcionó carne para varios días. La colocó con los demás mariscos en el chaihue (canasto tejido de fibras), y regresó a la ruca. Al extraer aquellas especies pudo ver que la jaiva estaba partida, lo que se explicó suponiendo haberla aplastado al caerse en el mar. Tomó un cuchillo y la abrió. Su sorpresa fue grande, pues en vez de huevos sólo contenía una bellísima niñita, muy viva y de cuerpo transparente y brillante como si fuera de conchaperla. Tenía los ojos verdes y el cabello largo. Lo más curioso fue, sin embargo, que en vez de piernas tenía la cola de un pez, asemejándose a la Pincoya. Por tal motivo, la supersticiosa anciana no se atrevió a extraerla de la jaiva, sino que se fue con ella a visitar a una machi amiga, para consultarla.

Esta la informó que la criatura no tenía como padres a seres humanos, sino a la Reina del Mar, que sin duda la había escondido en la cochodoma para protegerla contra los cahueles (focas) que se la querían comer. Le aconsejó colocar la jaiva en el mar sobre una roca y esperar.

Llena de temores, la india procedió así, y se escondió en un tepual vecino. Pronto escuchó, sin embargo, una voz que la llamaba. No sabía de dónde

provenía ésta, pero finalmente descubrió una bellísima Mujer-Pez que se había acercado a la playa y que tenía el cabello tan largo que le envolvía todo el cuerpo y que estaba cuajado de perlas. Se le acercó y le dijo que era la madre de la niña. Un cahuel, que pretendía casarse con ella, había muerto a su marido, y por eso había colocado a la criatura en la cochodoma. Luego salió del agua, se sentó sobre una roca y dio de mamar a la niña. En seguida le rogó que se llevara a ésta a su ruca, a fin de protegerla contra la rapacidad del cahuel, pero que la colocara todos los días sobre la misma roca, a fin de poder darle el pecho. Le prometió como retribución una gran abundancia en peces y mariscos'.

Así se hizo efectivamente, y aquella india disfrutó desde entonces de un gran bienestar. Creció la niña, y cuando se había desarrollado suficientemente para nadar en la alta mar, se la llevó consigo su madre. Ambas volvían, sin embargo, frecuentemente, para conversar con la anciana y entregarle como cariño hermosas perlas. Ya nunca más esa amable india padeció privaciones.

12. EL CAMAHUETO DESTRUCTOR

En Chiloé y zonas vecinas las fuerzas naturales accionan con extraordinaria violencia. Los grandes aguaceros suelen hacer crecer repentinamente arroyos normalmente inofensivos, transformándolos en raudales de impresionante fuerza. Buques que navegan en alta mar frente a las costas desaparecen a veces sin dejar rastro alguno. Los temporales adquieren inusitada intensidad.

Todo eso es fácil explicarlo: es obra del Camahueto. Trátase de un animal que nace en los arroyos, teniendo en un principio la estatura de un ternero o huemul, para luego comenzar a crecer y desarrollar esa fuerza. Cuando está bien formado procura llegar al mar y se precipita hacia él, arrasando con cuanto se oponga a su paso. Puede incluso arrancar de sus cimientos medio cerro y arrastrarlo consigo al mar. Allá avanza cual el más espantoso huracán, continuando su obra destructora.

Se le ha observado frecuentemente en el Río Bravo, situado entre Nercón y Rauco y que lleva por él su nombre. Los brujos suelen ir a bañarse allá, a fin de que les transmita su vigor. Pero aún para ellos ese río es a menudo demasiado impetuoso. Ellos son capaces, sin embargo, de calmarlo, gritándole: "¡Calma, Traiguén!" (en mapuche, traiguén es un río correntoso y que hace mucho ruido: seguramente, es el nombre araucano de aquel río).

Cuando ya está creciendo el Camahueto y se interna en un riacho o una laguna, los seca de inmediato, pues absorbe su líquido.

En el mar arremete contra buques de gran tamaño, que despedaza por completo, por lo cual nadie se salva y apenas se encuentran algunos restos de su estructura.

Es insaciable, siendo capaz de devorar en pocas horas grandes cardúmenes, lo que explica por qué a veces desaparecen todos los peces en las costas del archipiélago. No trepida tampoco en alimentarse de carne humana.

Reposa a menudo en El Salto del río Mauüín, y si algún intruso se acerca a ese lugar provoca tempestades eléctricas con feroces truenos y violentos aguaceros, a fin de impedir el acceso. Sólo los brujos son capaces de acercarse, y ellos lo usan también para viajar sobre su lomo, a igual que sobre el Caballo de Mar.

Es por sus acciones destructoras que ha recibido su nombre, que proviene de "cadme", muy y "hued", malo.

En verdad tiene, sin embargo, también cualidades favorables. A veces se encuentran sus huesos en los ríos: se les raspa y mezcla con huevo y harina de trigo para confeccionar un emplasto. Se coloca éste, fijado con papel colado, sobre la parte afectada del cuerpo, previamente tajada, y luego se logrará sanar la enfermedad.

Además de sus fuertes garras y agudísimos dientes tiene dos cuernecillos que chispean como el oro: si se les encuentra y hace una raspadura, ésta permite lograr prodigiosos efectos en el tratamiento de fracturas y luxaciones de los brazos y piernas, ingerida en forma de una cocción. Es preciso proceder así porque si se ingieren esos fragmentos en estado natural, ellos se reproducirían en el estómago, matando al individuo. Por otra parte, si uno de ellos cae al agua, luego tomará resuello y pronto se formará un nuevo Camahueto, que más tarde se precipitará al

mar. Dícese que los abruptos barrancos de la costa occidental de la Isla Grande son obra de él.

13. EL IMPETUOSO CHERRUVE

Como gran novedad, los órganos informativos de nuestros días nos hablan de "platillos voladores", "ovnis" y naves aéreas de los marcianos. Los mapuches y muchísimos chilenos conocen, sin embargo, desde tiempos inmemoriales, al Cherruve, pero saben de él incomparablemente más que aquellas fuentes.

Cruza el firmamento en forma de una bola de fuego que deja una brillante estela. Cae a veces sobre la tierra y se puede transformar en una piedra: si alguien encuentra una, puede usarla para dañar o matar a un enemigo, pues basta para ello largarla de noche hacia él.

Pero desciende a veces a esta tierra también como un ser humano y vive entre nosotros. Se le reconoce fácilmente por su gran estatura y enorme fuerza. Las rocas en que se sienta se hunden bajo su peso. Cuando está iracundo, vomita fuego y humo por los ojos, la boca y las narices. Sus pisadas quedan modeladas en el terreno. Es capaz de dar grandes saltos. Aniquila a sus enemigos, dejándose caer sobre ellos para aplastarlos. Es poco inteligente, pero dispone de un ímpetu irresistible que le permite imponerse. Cuando está enojado, golpea sobre la tierra y vomita fuego.

Un Cherruve muy potente se había casado con una nube alba y hermosísima. Como era celoso, la tenía encerrada en una cueva de la montaña, donde ella se aburría terriblemente. Habría deseado escapar, pero no sabía cómo hacerlo.

Finalmente se consoló con una hija que tuvo, que era tan blanca que el Cherruve la llamó Nieves. Desde entonces la madre ya no pensaba en huir, pero le habría agradado poder salir de la lúgubre cueva para tomar un poco de aire fresco.

Un día, sin embargo, el Cherruve, al alejarse, se había olvidado de cerrar bien la cueva, quedando un pequeño intersticio abierto, por el que pudo salir la Nube, llevando a la hija en sus brazos.

Ocurrió que el Viento, enemigo declarado del Cherruve, se acercara al prado donde ambos se posaron. Cada vez que se encontraban en el aire era inevitable una reyerta entre ellos. La Nube se apresuró a refugiarse en la cueva, pero el Viento era tan rápido que la alcanzó y raptó. Mientras la madre se resistía a seguirle, se le cayó la muchachita, de modo que cuando regresó el Cherruve encontró sólo a ésta tendida en la pradera. Mirando el cielo, alcanzó a divisar al Viento arrastrando consigo a su mujer.

El Cherruve estalló en una ráfaga de rabia y golpeó la tierra con sus pesadas pisadas, haciéndola estremecerse. Como consecuencia, se abrió en la sierra vecina una gran grieta, de la que comenzó a levantarse humo y a manar una formidable corriente de lava. Los pobres indios que vivían en el valle comenzaron a huir hacia la costa para librarse de la furia del Cherruve.

Ordenó éste a un enano negro que le servía que recogiera a Nieves y la encerrara en la cueva, cuidándola bien, y que no permitiera bajo condición alguna que saliera de ella. Como recompensa, se la prometió como mujer para cuando estuviera en edad.

Desde aquel acontecimiento, la pobre Nieves no vio más la luz del día, pues sólo era visitada de vez en cuando por el padre. Y en cuanto al negro, aun cuando

le parecía extremadamente feo, le tenía mucho cariño, pues la trataba muy bien.

A veces, la Nube pasaba por encima de la montaña en qua se encontraba la cueva, siempre arrastrada por el Viento. Llena de nostalgia, trataba de divisar a su hijita. Y como la pradera estaba siempre solitaria, comenzaba a llorar, y lloraba tanto que la gente decía que llovía. En realidad, sus lágrimas se acopiaban de tal manera que bajaban por las laderas de los cerros y alimentaban los ríos. Estos, por su parte, crecían y se salían de madre, inundando los campos vecinos. La gente huía entonces llena de espanto.

Esta situación se mantuvo durante varios años. Cada vez que el Cherruve veía a la Nube, golpeaba la tierra, gritaba y vomitaba fuego, mientras que en otras ocasiones lloraba la Nube, y sus lágrimas inundaban la tierra.

Nieves era ya grande, y todavía era cuidada en la cueva por el negro, sin poder salir de ella. Recurrió entonces a sus encantos femeninos, acariciando al negro, quien finalmente, ante tanta insistencia, accedió a permitirle salir de la cueva, pero sólo en la noche y por un breve rato, a fin de que no lo viera el Cherruve.

De este modo, mientras éste dormía, el negro la acompañó en su salida de la cueva, por supuesto lejos de la grieta de que emanaba la lava candente. Nieves aspiraba con gran deleite el aire puro de las alturas y se paseaba contentísima por las serranías. Se mostró, además, muy obediente y regresó a la cueva tan pronto lo ordenara el negro. Esta sumisión fue también la causa de que éste accediera a su ruego de volver a permitirle salir. Se hizo así en las noches siguientes, y siempre regresaban antes del amanecer, de modo que el Cherruve no se enteró de sus salidas nocturnas.

Una noche el cielo se presentó hermosísimamente estrellado, y Nieves pidió a su acompañante que cogiera uno de los astros para colocárselo como adorno en su cabello, pero éste le contestó que era demasiado pequeño para alcanzar al cielo, lo que sólo lograba hacer el Cherruve.

La Joven insistió, sin embargo, en su capricho, y le pidió que solicitara una estrella para ella al Cherruve, agregando que si no la conseguía no se casaría con él. El negro le prometió hacer lo que le fuera posible, y regresaron a la cueva.

Su acompañante estaba tan preocupado de lo que le solicitaba la joven, que se olvidó de cerrar bien la puerta de la cueva cuando salió en busca del Cherruve.

Amaneció, y por el intersticio de la puerta penetró en ésta la claridad del día. Nieves, que nunca la había contemplado, quedó tan maravillada que se levantó de inmediato y se dirigió por el Intersticio al encuentro de la luz. Por primera vez en su vida contemplaba también las maravillas del mundo: el cielo azul, la blancura de la cordillera nevada, los bosques de araucarias y coihues, los arroyos con plateadas aguas que bajaban a los verdes valles, en fin, se quedó encantada de tanta belleza. Ascendió por un desfiladero que conducía a la cumbre. La rodeaba un mar de flores que mecía el viento, el pájaro carpintero golpeaba en los troncos y los jilgueros entonaban su canto primaveral.

Ella subía en medio de la sombra matinal, pero veía brillar una clarísima luz en la cumbre, y hacia ella dirigió sus pasos. Se apresuró cada vez más en alcanzarla, de modo que cuando lo logró, estaba cansada, y se tendió sobre una roca para descansar.

La descubrió allá su madre, la Nube, y de inmediato se quiso dirigir a ella

para cubrirla con su cuerpo y protegerla contra el sol, que ya había subido bastante sobre el horizonte. El Viento, sin embargo, la empujó con tanta fuerza que no le fue posible lograr su propósito.

Luego la vio el Sol, que quedó embelesado de la belleza de la Joven tendida en la roca. Cambió su rumbo y bajó, para abrazarla y darle un beso. La hermosa Nieves despertó, se puso de pie, quedó deslumbrada al contemplar la radiante luminosidad de .aquél, quien se le acercaba con los brazos abiertos para apoderarse de ella. El placer fue, empero, brevísimo, pues la frágil muchacha no pudo resistir tanto calor y se deshizo.

Cuando el Cherruve y el negro regresaron a la cueva, vieron que Nieves había escapado. Una ráfaga de rabia se apoderó de aquél, y cual estrella loca, vomitando fuego y humo, giró en torno a las montañas, en busca de su amada hija. No menos afectado estaba el pobre negro, que también se dedicó, como alocado, a la búsqueda.

Ambos se encontraron arriba, en la cumbre. En la cavidad de una roca descubrieron finalmente una pequeña poza de agua, y se enteraron de inmediato que era lo único que había quedado de Nieves.

El Cherruve tomó entonces al pequeño negro en su robusta mano y lo arrojó cerro abajo, de modo que cayó sobre una gran roca, destrozándose la cabeza.

14. EL BASILISCO

Hay muchos fenómenos en la vida que son difíciles de explicar. Por ejemplo, un individuo que parece completamente sano y rebosante de salud, cae repentinamente y muere. O bien, otro muere lentamente: sus carnes se ponen cada vez más enjutas, y finalmente se consume su vida como una vela que se apaga. ¿Debido a qué ocurre todo eso? Los médicos tendrán una explicación, pero el pueblo tiene otra.

Precisamente, los dos casos fatales señalados son ocasionados por el Basilisco. Ocurre a veces que un gallo viejo y de color rojo pone un huevo pequeño y redondo. Para que de éste nazca un Basilisco no debe reventar antes de medio año. Aparece entonces una pequeña culebra, que crece hasta una longitud de unos 30 cms. En la cabeza lleva una especie de cresta. Pronto se oculta en una grieta de la muralla, y ya no abandonará más ese escondite, del que sólo sacará la cabeza.

El primer peligro que ofrece consiste en que su mirada se cruce con la de alguna persona, pues ésta morirá de inmediato, pero sólo si el Basilisco la mira primero, pues en el caso contrario morirá éste. Es, además, necesario que su mirada abarque a toda la persona, pues si mira sólo una parte del cuerpo; de ella, no morirá, pero los órganos alcanzados por su vista quedarán paralizados: es por eso que hay tantos tullidos.

Naturalmente, el Basilisco tiene que alimentarse de algo: lo hace succionando la saliva a los que duermen y chupándoles la sangre: esto explica las muertes por consunción.

La única manera de evitar todos estos perjuicios, consiste en apoderarse del peligroso reptil y echarlo al fuego, evitando, naturalmente, que lo alcance a uno su mirada. También se le puede matar colocando un espejo frente a su cueva, de modo que se mire a sí mismo en él: lo matará su propia mirada.

El mito del Basilisco es característico de la propagación de la cultura europea en Chile, pues proviene del Viejo Mundo, donde ya lo conocían los hebreos y griegos en la misma forma relatada. En algunas partes de Chile se le ha agregado, sin embargo, un elemento indígena americano: se le cree alado y capaz de volar como un murciélago.

15. EL HUALLEPEÑ DEFORMADOR

Todos sabemos que normalmente los vástagos de los hombres y animales resultan más o menos parecidos a sus padres y que, en todo caso, sus cuerpos corresponden a las formas que caracterizan a su especie.

Excepcionalmente nacen, sin embargo, terneros, ovejas u otros animales con dos cabezas, o con partes del cuerpo que no corresponden a su familia sino a otra, o bien salen a luz tullidos y deformados. Aún se presentan casos en que ciertos órganos son trancos e incompletos.

¿A qué se debe? Pues bien, el causante de todas esas anomalías, que también afectan a la descendencia del hombre, es el Huallepeñ.

Para decir la verdad, nadie ha visto a este malhechor, ni es posible, por tanto, describirlo. Se debe ello a que es invisible. Pero nadie puede poner en duda los frutos de sus maldades, pues aquellas anomalías ocurren con cierta frecuencia.

Es, por otra parte, perfectamente posible indicar sus condiciones, pues sin ellas no podría realizar sus maleficios: es muy atrevido, muy fuerte y muy hurafío. No conoce temor alguno, y por muy defendidas que estén, se acerca sorpresivamente a las hembras y las cubre, engendrando en ellas esos seres deformados.

En cuanto a las mujeres, basta que ellas se encuentren (aún sin verlo) con un Huallepeñ cuando estén encinta, o bien, que escuchen su berrido —pues lo tiene—, o que sueñen tres noches seguidas con él, para que tengan un hijo deforme. Es Incluso suficiente que vean un animal contrahecho engendrado por un Huallepeñ para que también lo generen. Otro efecto posible es que esa mujer quede estéril.

No vive este malhechor solamente en tierra firme, sino también en el agua, y es en ella especialmente peligroso, pues ataca a hombres y animales con gran ímpetu.

La existencia del Huallepeñ fue descubierta primero por los araucanos, que le dieron su nombre, el que proviene de hualle, roble nuevo, y peñ, pesar, sentimiento de dolor, o sea, tanto como un vástago en que se piensa con dolor, por lo deformado que nace. Hoy día la creencia en él se ha generalizado en todo el país.

16. CAI-CAI Y TREN-TREN, LAS SERPIENTES ENEMIGAS

Quien se tome la molestia de estudiar un poco la toponimia del país, se encontrará muy a menudo con el nombre de Tren-Tren (Ten-Ten o —más correctamente— Chren-Chren) que llevan muchos cerros desde el Norte Chico hasta Chiloé. Menos frecuente es el topónimo de Cai-Cai, pero no falta. Lleva ese nombre, por ejemplo, un cerro en la parte occidental de la Isla Grande de Chiloé.

Trátase de dos enormes serpientes, siendo Cai-Cai una marina y Tren-Tren una terrestre. Frecuentemente, se encuentran en pugna. El mito original no indica la causa, pero versiones populares todavía en boga en Chiloé sostienen que en una ocasión un Trauco trató de apoderarse de una hermosísima joven que se fue a bañar al mar. Al querer violentarla, la muchacha se defendió con todas sus fuerzas y dominó al malhechor, quien llamó a su padre, Cai-Cai. Este concurrió de inmediato, y entre ambos dominaron y violentaron a la joven.

Nació una bellísima hija, muy amada por su madre, el padre (o sea, el Trauco) y por Cai-Cai. Este culebrón tenía un Pillán que acompañaba al sol en su trayectoria por el firmamento y pretendió casar a la hija con él. Al saber esto la madre, estaba desesperada y no dejaba de llorar.

Tren-Tren, serpiente benigna, escuchó sus llantos y acudió de inmediato para atenderla; y ella le rogó que salvara ante todo a su criatura. La serpiente abrió su boca, y la niña fue depositada en ella, después de lo cual el reptil ascendió de inmediato por la ladera de un cerro en que se encontraba su cueva, a fin de ponerla a salvo. Esos cerros son fáciles de reconocer: tienen siempre forma cónica.

El Trauco no estaba en situación de seguir a Tren-Tren, pues debido a sus pies informes no puede correr. Cai-Cai, a su vez, se revolcaba lleno de rabia en el mar. Finalmente, se le ocurrió pedir a Pillán y a los aliados -de éste en el cielo que hicieran llover torrencialmente. El aguacero se prolongó durante semanas, de modo que finalmente ocurrió un verdadero diluvio: se juntaron tantas aguas en el mar que éste comenzó a salir de madre y a inundar la tierra.

Pronto estaban amagadas todas las tierras bajas, pero el agua seguía subiendo y cubría las colinas y serranías. Luego hubo sólo algunas cumbres prominentes que sobresalieran. Cai-Cai era tan poderoso que logró cubrir también toda la Cordillera Nevada.

Más eficiente era, sin embargo, la magia aplicada por Tren-Tren, pues era capaz de hacer elevarse los cerros que llevan su nombre. Por mucho que se esforzara Cai-Cai, no le fue posible alcanzar con sus aguas esas cumbres. Había, eso sí, otro peligro: al subir, ellas se acercaban demasiado al sol, y el calor de los rayos de éste quemaba cada vez más. Sólo era posible salvarse de ser abrasado, colocándose una callana amplia (fuente de greda) sobre la cabeza, y aún así el calor era sofocante y casi insoportable.

Reconocida por Cai-Cai su incapacidad de imponerse, dejó finalmente de llover, y las aguas comenzaron a bajar otra vez. Lentamente se restableció la normalidad.

Muy pocos lograron salvarse, sin embargo, de esta catástrofe. La mayoría de los animales fueron transformados en piedras. Y en cuanto a los seres humanos, todos aquellos que no alcanzaron la cumbre de un cerro Tren-Tren, fueron

alcanzados por las aguas y se transformaron en peces.

Los araucanos tienen un vívido recuerdo de este diluvio, por lo cual casi siempre se encontrarán en sus rucas algunas callanas, destinadas a ser usadas al repetirse una invasión de la tierra por el mar, como ha ocurrido ya tantas veces en los maremotos, aunque en forma menos intensa que en aquel que recuerdan sus antepasados.

17. LA CIUDAD ENCANTADA DE LOS CESARES

Como angosta faja que se extiende a lo largo de la costa suroccidental de la América meridional, el territorio de Chile llegó a ser conocido a los pocos decenios de la llegada de los españoles. Ladrillero, ese navegante sin parangón, penetró ya en los años de 1557 a 1559 en el laberinto de los canales y fiordos de Fuegopatagonia.

Al oriente, sin embargo, se elevaba el muro de la cordillera andina. Sólo en Tucumán y Cuyo se avanzó desde Chile a su vertiente oriental, donde se encontraron dilatadas pampas semiáridas que llegaban hasta el Mar del Norte, nombre que recibía en aquel tiempo el Atlántico. Más al sur, ellas eran casi desconocidas.

Territorios despoblados tenían, sin embargo, la virtud de estimular de una manera prodigiosa la fantasía de los españoles, que los llenaban de seres fantasmagóricos, o bien de maravillosos reinos humanos. En la América del Norte desempeñó este papel El Dorado; en la cuenca del Amazonas, el del Patiti; y más al sur, el de la ciudad Encantada de los Césares.

Esta última es, sin duda, la más completa y atractiva de todas esas leyendas: fue también la más efectiva, pues todavía hay gente que cree en la existencia de aquella ciudad.

Comenzó a formarse sobre bases muy modestas y absolutamente verídicas, de modo que disponemos —en este caso— de un ejemplo clásico que nos permite estudiar esta materia.

Hace poco se publicó la "Crónica" de Jerónimo de Vivar, escrita en 1558, desaparecida durante cuatro siglos y redescubierta en nuestros días.

Pues bien, en ella encontramos ya los fundamentos de la leyenda, que se refieren a dos hechos muy distantes el uno del otro: uno ocurrido en Magallanes y el otro al norponiente de Argentina.

El primero dice relación con la expedición de don Pedro de Valdivia a Chile en 1540. Algunos indios hechos prisioneros en el valle del río Limarí le informaron que "habían visto por la mar una nao". Don Pedro había equipado en el Callao un buque con pertrechos y abastecimientos, y abrigaba la esperanza de que se trataba de él. El capitán de aquella nao lo había engañado, sin embargo, dirigiéndose a la costa de Colombia, para vender por su cuenta las mercaderías a miembros de la expedición de Andagoya. Valdivia recorrió inútilmente la costa con rumbo al valle de Aconcagua; la nao ya se había alejado hacia el norte. Vivar informa lo ocurrido: tratábase de un buque de una armada enviada a la Patagonia oriental por el obispo de Plasencia, quien había obtenido allá una gobernación de parte del emperador Carlos V. El cronista precisa: "Entrada que fue ;esta armada por la boca del Estrecho de Magallanes se les perdió de vista un navío, del cual no supieron más. Los otros dos pasaron a la Mar del Sur (el Pacífico). Según me informé de personas que pasaron en este navío, salidos que fueron a la Mar del Sur, les dio el un navío al través (encalló) en una playa, del cual se escapó la gente y sacaron lo más que llevaba. Visto esto por el otro navío, parecióle que la gente que estaba en tierra había de procurar de entrarse en él, y los que estaban en él defendérselo. Por quitar estos inconvenientes, se hizo a la vela", llegando al Callao, donde hubo que desguazarlo, "y el marqués don Francisco Pizarro por

grandeza hizo parte de sus casas de la madera de este navío".

He aquí, pues, el primer elemento: dos buques españoles perdidos en Magallanes. Del segundo se sabía efectivamente que su tripulación se había salvado, que disponía de abastecimientos y que se la había dejado abandonada en una playa por el buque que llegó al Perú. Podía suponerse que el primer navío extraviado hubiera corrido igual suerte.

En el invierno de 1551 regresó a Chile don Francisco de Villagrán, quien había sido enviado al Perú por el gobernador de Nueva Extremadura (Chile) para conseguir refuerzos y caballos. Se vino por Tucumán y Cuyo. Al pasar por la provincia habitada por los comechingones (nombre que, según Vivar, significa matar) fueron informados en el pueblo de Calamochica que "en tiempos pasados habían venido a aquel pueblo una gente a pie y que traían una casa pequeña (en arcabuz), y cuando le tiraban daba muy gran trueno. Les enseñaron una casa donde habían estado ciertos días, agregando que de allí salieron y no los vieron más. Esto se tiene por cierto que fue César, el que salió de la fortaleza de Gaboto con once compañeros, y vino atravesando toda esta tierra en busca de la Mar del Sur. Habiendo caminado tan largo camino sin encontrar la Mar del Sur, pareciéndole que estaba lejos, dio la vuelta hacia la Mar del Norte, volviendo donde había salido con cinco compañeros, pues los demás se le habían quedado cansados en algunas provincias. Desde esta provincia (de los comechingones) no se ve la Cordillera Nevada, pero de donde ellos volvieron a la Mar del Norte, que es más de 200 leguas de esta provincia, vieron la Cordillera Nevada, según dijo en Santa Marta uno de los compañeros que yo vi que con él había andado". Le informó también que "toparon otra provincia rica de oro y plata en vasijas; y que, dando noticia a Su Majestad, se murió César, por lo cual no se ha descubierto".

Encontrándose Vivar a principios de 1552 con don Pedro de Valdivia a orillas del lago Raneo, un indio los informó sobre la existencia de un lago (el de Nahuelhuapi) situado al otro lado de la cordillera y que desagua en el Mar del Norte. Continúa: "Yo vi al indio que nos dio esta relación tomar un jarro de plata, de la que tenían mucha cantidad, a lo que me parece está noticia ser lo que vio César, según contaba el 'Compañero suyo que yo hablé en Santa Marta, por la altura (de la Cordillera) que él decía ... y que había dos mogotes altos que estaban (orientados de) norte (a) sur, y que había una abertura por entre ellos, que estaban nevados, y así están".

Es éste el segundo elemento de la leyenda. Es efectivo que en 1528 Sebastián Cabot despachó un destacamento al mando del soldado Francisco César desde Espíritu Santo (fortín fundado por él sobre el río Paraná) hacia el interior, para hacer el reconocimiento a que alude Vivar. Este, basándose en la información de uno de los participantes, cree que avanzaron desde la provincia de los comechingones hacia el sur hasta enfrentarse con un boquete que conduce de las pampas al lago Raneo. De los compañeros de César seis no habían regresado, quedando "cansados" en el camino.

Vivar se limita a narrar estos hechos. Luego otros los acogieron y fueron tejiendo la leyenda. Los naufragos de Magallanes habrían marchado al norte por las pampas transandinas, hasta juntarse con los compañeros de César. Como no había noticia de que ni los unos ni los otros hubieran llegado a algún poblado español, era de suponer que se habían radicado en las pampas, donde vivían

separados del resto del mundo y carentes de servicios religiosos. Descubrir la ciudad que se suponía habrían fundado no sólo constituiría una obra humanitaria para con aquellos connacionales, sino, además, una acción cristiana.

A todo esto, que permanecía dentro de la órbita de lo racionalmente posible, se fueron agregando rasgos cada vez más legendarios y que transformaban a aquella ciudad en algo maravilloso e Inaudito. Es hermosísima; sus calles están pavimentadas de tejos de oro y plata; los techos son de planchas argentíferas; las iglesias están construidas de oro y jaspe; sobre ella se yergue una inmensa cruz de oro, la campana de la Iglesia mayor es tan grande que dos maestros zapateros pueden instalarse debajo de ella con sus mesas de trabajo; sus pobladores llevan una vida amena y deleitable; en fin, se la imagina como una Jauja elevada al grado máximo de todas las excelsitudes.

Es, sin embargo, extremadamente difícil dar con ella. Si el viajero la llega a divisar desde la distancia y procura acercársele, pronto la cubrirá una densa neblina, y no verá nada. Si trata de llegar a ella por el caudaloso río que corre por su centro, las aguas refluyen y alejan la embarcación. Y si a pesar de todo alguien penetrara en ella y pretendiera abandonarla, perderá la memoria, y se borrará en su mente todo recuerdo de lo visto.

Sólo en el día del Juicio Final todos verán resplandecer este magnífico segundo Gral, y se tocará entonces su enorme campana, cuyo sonido retumbará por todo el mundo.

Lógicamente, esta maravillosa Ciudad Encantada y su territorio, al que se atribuía una extensión de 260 leguas (1.650 kms.), fueron solicitados como gobernación. Don Francisco de Toledo, uno de los más capaces de los virreyes que gobernarán el Perú, informó al respecto el 1º de marzo de 1572: "Lo postrero que está poblado de la gobernación del Perú es Tucumán, desde 24 a 40 grados (de latitud austral), en que, además, de lo que está poblado de españoles, hay noticias tenidas por buenas según las cuales al sur de la ciudad de Santiago del Estero está la provincia de La Sal y por otro nombre de César, adonde fue en los años pasados el general Juan Jufre, que dicen Lo de Cuyo. Esta noticia (acerca de Lo) de César (informa que ella) empieza desde 44 grados al sur (o sea, desde la parte austral de la Isla Grande de Chiloé) hasta el Estrecho de Magallanes". Entrando por el golfo de Los Coronados y el canal de Chacao hasta 46 grados o más, agrega, se llega "al puerto de esta tierra de César, que en lengua natural se llama Trapalanda" (de tra, pedregal; palan, tierra arcillosa blanca, y ta, partícula de adorno): Pedregal sobre tierra arcillosa blanca, descripción exacta del aspecto de la pampa transandina.

Dice finalmente el virrey que "esta noticia (en el sentido de territorio) de César me envió a pedir el Dr. Saravia para Alonso Picado, su yerno, y me la vino a pedir asimismo el capitán Juan Jufre desde Chile, y a ninguno se dio, ni convino".

El virrey no se refiere a la Ciudad Encantada, pero sin duda en aquel tiempo comenzó a urdirse su leyenda, y posiblemente fue ella la que indujo al virrey a no acceder a ambas peticiones, queriendo reservarse el gobierno las fabulosas riquezas de la "gran noticia", como se llamaba "lo de César".

Los numerosos naufragios ocurridos en los mares australes; la fundación de las ciudades de Nombre de Jesús y Rey Don Felipe por Sarmiento de Gamboa en el Estrecho de Magallanes, en 1584; el abandono de las siete ciudades australes

de Chile después del levantamiento araucano de 1598; y la suposición de haber huido al sur indios peruanos con tesoros del inca: todos estos elementos contribuyeron a robustecer la leyenda, pues se supuso que los afectados por aquellas catástrofes pueden haber encontrado un refugio en "lo de César". Es preciso, sin embargo, dejar constancia que la leyenda tiene un origen anterior incluso a la conquista del Perú, iniciada en 1532, pues la expedición de Francisco César ocurrió ya en 1528.

Fue sobre todo en los siglos XVII y XVIII que se manifestara una fe ciega en la existencia de la Ciudad Encantada. Se le fueron agregando cada vez más características. Hubo tantos derroteros para llegar a ella —cuyos puntos de partida eran sobre todo Chiloé y la Región de los Lagos—, que pronto se conocieron hasta cinco diferentes urbes igualmente fabulosas y que se distinguían por nombres propios, como Santa Mónica del Valle y Arguello (apellido del capitán de uno de los buques del obispo de Plasencia que se perdieron en el Estrecho de Magallanes).

Uno de los más crédulos fue el padre jesuita Nicolás Mascardi, pero no lo era menos su biógrafo, el eminente araucanista padre Diego de Rosales, autor de la famosa "Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano", escrita en la segunda mitad del siglo XVII.

Fue precisamente su certeza de existir aquella ciudad la que impulsó en 1670 a Mascardi a fundar una misión al otro lado de la cordillera andina, en Bariloche sobre el lago Nahuelhuapi. Lo habían informado sobre "Los Césares" algunos indios poyas hechos prisioneros y llevados a Chiloé, donde logró los pusieran en libertad y lo acompañaran en su expedición. Entre ellos se encontraba una pretendida reina poya. En compañía de ellos se dirigió desde el lago hacia el sur, hasta donde se podía hacer "sin incurrir en la indignación de los cesares". Desde ese sitio les escribió en español, italiano, latín, griego, mapuche y poya (tehuelche). Los emisarios regresaron, efectivamente, pero expresaron que "ciertos caciques" de las inmediaciones del Estrecho de Magallanes no les habían permitido pasar adelante, de modo que en un segundo viaje emplearían otra vía para ponerse en contacto con los "cesares".

Informó sobre sus exploraciones y su labor misionera (que era muy fructífera) al virrey del Perú, conde de Lemos, quien le contestó el 4 de marzo de 1672, enviándole 200 ducados en plata, medallas, 50 estampas y una imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, a quien había dedicado una capilla en Lima. En una segunda expedición llegó el padre a principios de 1672 al Estrecho de Magallanes, convenciéndose que la Ciudad Encantada no existía allá. Un cacique lo informó, en cambio, que se encontraba en la costa del archipiélago de Los Chonos, y como prueba le entregó una daga, un trozo de hierro y una ropilla de grana. Estuvo de regreso en Nahuelhuapi el 8 de octubre e informó al gobernador de Chile, Hernández. Le expresa que, fuera de la ciudad que se acaba de nombrar, había otra al oriente del Estrecho, y viajó a ella a fines de ese año. Llegó al Atlántico, no lejos del cabo Vírgenes, pero sólo encontró algunos hornillos y enseres de la expedición de Narborough. En su viaje de regreso bautizó 4.000 tehuelches y puelches (araucanos transandinos). A fines de 1673 volvió a emprender una expedición a la Patagonia en busca de la Ciudad Encantada. Llegó hasta 47 grados de latitud austral, o sea, hasta el Río Deseado, donde fue

asesinado por tehuelches.

La misión de Nahuelhuapi fue abandonada durante 30 años, pero reestablecida en seguida, pues la leyenda de la existencia de la Ciudad Encantada continuaba viva.

El primero que trató de desvirtuarla fue el célebre explorador de la región de Chiloé, el capitán José de Moraleda, quien realizó sus viajes entre 1786 y 1788 y entre 1792 y 1796. En sus informes se refiere extensamente a las numerosas expediciones que salieron desde Chiloé en busca de la Ciudad Encantada. Quienes creían en ella no eran campesinos o marineros ignorantes, sino también los personajes más ilustrados de la época. El capitán Ignacio Pinuer, comisario de naciones de indios, por ejemplo, sostenía que ella se encontraba al poniente de la cordillera andina, a sólo 5 ó 6 leguas de distancia de las ruinas de Osorno. El padre franciscano Francisco Menéndez, a su vez, quien acompañó a Moraleda en su viaje del Callao a Chiloé en 1792, iba a ese destino "con la comisión de buscar y reconocer la laguna de Nahuelhuapi hacia el norte y sur, en solicitud de las poblaciones de gentes blancas que se dice hay en dichos sitios y que denominan comúnmente Césares" (Moraleda).

Hace ver este último que todos los derroteros existentes son absolutamente vagos, que se sabe positivamente que ni de las dos fundaciones de Sarmiento de Gamboa en el Estrecho de Magallanes ni de las ciudades destruidas por los araucanos después del desastre de Curalava en 1598 hubo sobrevivientes que hubieran escapado a las pampas y que puede suponerse que los náufragos de expediciones marítimas han perecido todos; lo que comprobaría que la leyenda era una simple quimera que no merecía ser tomada en serio.

No obstante, por muy racionales que fueran estos argumentos, el hecho es que todavía hay gente, sobre todo en Chiloé, que sigue convencida de la existencia de la Ciudad Encantada de los Césares.

18. EL CUERO

¡Tanta gente que se ahoga todos los años en el mar, lagos, lagunas y ríos!
¿A qué se debe? Pues, ¡escuchad!

En realidad, ya lo sabían los araucanos, pero no hay campesino en Chile que no sea capaz de explicarlo: es que en las corrientes de agua vive un Chrelque, Cuero o Manta.

Tal como lo indica su nombre, es un animal que se asemeja a un pellejo extendido, del tamaño de un cuero vacuno, que dispone en todo su contorno de numerosos ojos, encontrándose cuatro de ellos, de mayor tamaño, en la parte que corresponde a la cabeza, como también de numerosas y poderosísimas garras. Cuando alguien se baña y lo descubre el Cuero, lo envuelve, arrastra al fondo y despedaza. Su fuerza es tan grande que puede devorar hasta a un jinete con su caballo.

A veces se le ve a orillas del agua, asoleándose, pero cuando alguien se le acerca, se levanta un torbellino que lo arroja al agua. Es, sin embargo, posible matarlo y apoderarse de él: para ello basta con tirar al agua algunos quiscos, cuyas púas lo lastiman de tal manera que pierde su sangre y se muere.

Los araucanos, que lo llaman Chrelque, lo consideran un huecufü o maleficio. Creen que se le puede cazar con un lazo confeccionado con las fibras del lleivún.

Un mapuche rico pretendía la hija de un cacique pobre, pero ella lo repudiaba porque era feo y tenía un solo ojo. Como su padre había perdido su fortuna, que le había sido robada, insistía, sin embargo, en que se realizara el matrimonio, pues el pago que tenía que hacer aquel pretendiente por su hija era considerable, y de ese modo pensaba restablecer su situación.

Un día, la joven fue a buscar agua en una laguna vecina, y no regreso. Por mucho que la buscaran el padre y el novio, no la pudieron encontrar, y ambos estaban muy desconsolados. Los vecinos sostuvieron que ella había sido raptada por un calcu (brujo).

Perdidas ya todas las esperanzas de recuperarla, se presentó un sobrino del cacique. Naneo (Aguilucho), quien se ofreció para encontrarla, siempre que el padre consintiera en que se casaran. Estaba dispuesto a pagar por ella también el precio exigido por aquél. Así se convino.

El joven había observado un Cuero en la laguna donde la muchacha solía buscar agua, por lo cual se fue al monte y cortó muchos quiscos. Premunido de ellos volvió a la laguna y entró en ella sin temor alguno. De inmediato, el Cuero se precipitó sobre él, pero como Naneo llevaba quiscos amarrados a los pies y otros en las manos, el animal se lastimó y daba saltos en el agua. Naneo se sentó encima de él, usándolo como embarcación.

El animal se desangraba y perdía fuerzas, pero fue capaz de alcanzar un árbol que crecía en el agua, que echó a un lado, gracias a lo cual Naneo pudo ver la entrada a una cueva. De inmediato penetró en ella. Descubrió un Invunche, es decir, un ser humano que brincaba sobre una pierna, por encontrarse la otra desarticulada de tal manera que estaba pegada al cuello; su cara estaba, además, vuelta hacia atrás. Parecía hinchado. Naneo se precipitó sobre ese monstruo de un salto, le tomó la cabeza y la dio vuelta. El atacado cayó al suelo y el joven le

hincó su cuchillo en el vientre, del que salió mucho aire, silbando. Poco a poco se desinfló el Invunche, fue empequeñeciendo y finalmente murió.

El joven inspeccionó en seguida la cueva y encontró dentro numerosas muchachas amarradas al fondo de la guarida. Entre ellas se encontraba la hermosa hija del cacique.

Le informaron que el Cuero era un instrumento del calcu que vivía en la cueva y que éste lo empleaba para apoderarse de las jóvenes en la laguna y entregárselas. El brujo abusaba en seguida de ellas y mataba a algunas, para chupar su sangre, de la que se alimentaba.

Naneo puso a todas esas jóvenes en libertad, y mientras salían pudo observar que las piedras de la cueva brillaban como si fueran de plata. Llevó algunas consigo y las escondió en el tronco que servía de portón de la cueva.

El Cuero, entre tanto, había muerto. Naneo lo sacó del agua y se lo llevó a su tío, el cacique, informándolo de lo ocurrido. Lo invitó a acompañarlo para ir a saludar a su hija y demás jóvenes salidas de la cueva. El cacique estaba fuera de sí de alegría al reconocer a la muchacha.

Recuperada ésta, volvió a pedirla el primer pretendiente, y como éste no quería entender buenas razones, atacó a Naneo; pero en la lucha éste le reventó el ojo que le quedaba, de modo que perdió la vista, y tuvo que renunciar a la joven. Ahora por fin el padre consintió en el matrimonio. Con las piedras argentíferas encontradas en la cueva, Naneo compró ganado para el suegro, vestidos para su mujer y un caballo ensillado para sí mismo, ricamente enjaezado con adornos de plata.

19. COMO UN INDIECITO SE HIZO RICO

Un indiecito muy valeroso e inteligente estaba enamorado de una bellísima joven. Fue inútil que la solicitara a su padre, pues éste le advirtió repetidas veces que era demasiado pobre para poder aspirar a poseerla jamás. La joven le tenía afecto y habría aceptado ser su mujer, pero le manifestó que antes tenía que formarse una situación.

Esto lo indujo a recorrer mundo. Se le ofreció trabajo en muchas partes, pero se le quería pagar un salario de hambre, por lo cual rechazó todos los ofrecimientos, y seguía su camino.

Supo finalmente que un campesino rico estaba sufriendo mucho por la pérdida de ganado que le ocasionaban causas ignoradas. Se ofreció para salvarle sus animales e impedir las pérdidas que tenía que experimentar. El rico aceptó, e incluso se declaró dispuesto a pagarle el salario que pedía, que era muy elevado, siempre que cumpliera su cometido.

En primer lugar, se trataba de una considerable pérdida que ocurría en el rebaño de ovejunos: desaparecían muchos animales, y nadie sabía por qué. El indiecito se fue al potrero en que estaban aquellos lanares y trepó a un coihue, en cuyo ramaje se escondió. Observó desde allí todo el día, pero nada le llamó la atención. En la noche, al regresar a casa del patrón, informó a éste que no había ocurrido nada. Al día siguiente, sin embargo, se encontraron muchas ovejas muertas. Ya lo iban a despedir, cuando pidió le dieran otra opción.

Se le ocurrió que tal vez el causante de las pérdidas lo había observado cuando trepó al coihue, por lo cual esta vez regresó al rebaño y se acostó entre los animales, durmiendo con ellos disfrazado de oveja.

Efectivamente, a la luz de la luna pudo observar que salía del agua una serpiente de gran tamaño con cabeza de gato y lengua muy afilada, con uña en la punta. De inmediato, se enteró que se trataba de una Lampalahua. Sabía que está provista de fuertes garras, con las que abre túneles en la tierra, en los que vive. De vez en cuando saca la cabeza a la superficie, ya sea en medio de un potrero, a la entrada a un villorrio o en otras partes, a fin de satisfacer el hambre. Devora entonces lo que encuentre: hombres o animales. Puede también subyugar a sus víctimas con la vista, sin que la resistan. Cuando tiene sed, es capaz de secar todo un arroyo. Es especialmente peligrosa porque la uña de su lengua es venenosa. También suele frecuentar las corrientes de agua. Su nombre proviene del mapuche, en que lampa significa una glándula hinchada (la uña) y lahueñe un lagarto grande.

El indiecito sabía también cómo había que proceder para apoderarse de la víbora: había que tomarla de la lengua y retorcersela. Así lo hizo: el peligroso reptil se le acercó cautelosamente, arrastrando su pesado cuerpo, y tenía el propósito de clavarle la uña venenosa en el cuello. Repentinamente, el joven estiró el brazo y aprisionó la lengua entre sus fuertes dedos, retorciéndola de inmediato. La serpiente daba vueltas y saltaba, pero el joven la tenía firmemente asida y la hizo revolcarse hasta que se agotaran sus fuerzas y muriera.

Se la llevó entonces al rico, le explicó la causa de las pérdidas que había tenido en su rebaño, ahora ya inexistentes, y le pidió le pagara lo .convenido. El rico le pidió que le explicara cómo se había apoderado de la víbora y, escuchado

el relato, le dijo:

—¡Y quieres todavía plata por tan poco trabajo!

Como el indiecito insistiera en lo concertado, se declaró finalmente dispuesto a pagarle, siempre que matara también a un Zorropillán que estaba robándole todas las gallinas: en su fuero interno estaba convencido de que el joven no sería capaz de hacerlo, de modo que no iba a tener que pagarle nada.

El indiecito meditó un momento: no conocía ningún Zorropillán, pero sí un Zorroculebra (Nirivilu o Ngürüvüu), pero a lo mejor el patrón consideraba a Pillán como un fantasma. Por eso aceptó de inmediato. Le exigió, eso sí, que ya no hubiera ningún pretexto para no pagarle. El patrón así se lo prometió, y llamó al mayordomo como testigo para confirmarlo.

El joven fue en primer lugar al gallinero y juntó todas las plumas que había. Luego se dirigió a la carnicería y compró sebo, con el que se untó todo el cuerpo. Después se revolcó en las plumas, de modo que parecía gallina, y se metió en el gallinero.

Efectivamente, al entrar la noche apareció el Nirivilu a la entrada: era una zorra que tenía el cuerpo inferior igual al de una serpiente. Vive generalmente en el agua, y es irritable y feroz en grado sumo. La cola termina en una uña muy aguda y venenosa. Frecuenta los vados de los ríos y las lagunas, donde ataca a los hombres y animales, envolviéndolos con su cola y matándolos con la uña, pues se alimenta de ellos.

El Nirivilu se acercó al indiecito para apoderarse de él, pero éste —que sabía cómo se lo podía vencer— saltó sobre él y lo tomó firmemente de la cola. El animal reconoció de inmediato el peligro en que se encontraba y salió del gallinero, corriendo al río cercano. El indiecito iba, sin embargo, sobre su cuerpo, sin soltar la cola, lo que mermaba mucho la fuerza del Zorroculebra.

Llegó éste al agua y nadó a la otra orilla, pero llevaba siempre al indio a cuestas, quien no soltaba la cola. Trepó al otro lado sobre una roca, sin que el joven se separara de él. Luego llegaron a una cueva, y dentro de ella, el indio le cortó la cola, muriendo el animal en un rincón de la caverna.

La sorpresa del indiecito fue grande, pues encontró en ella todas las gallinas que había perdido el rico y que pudo recuperar.

Regresó alegremente a la casa de su patrón, con la cola de la zorra en la mano.

Esta vez el rico no pudo esquivar el pago. El indiecito lo recibió con gran satisfacción, pues ahora pudo volver a su tierra y solicitar la bella hija de quien se la había negado como mujer cuando era pobre. ¡Pero ahora era rico!

20. LA VIUDA PELIGROSA

Es un hecho que nadie podrá jamás negar: a veces jóvenes ágiles, esbeltos y elegantes, al regresar de noche a caballo a sus casas, son víctimas de accidentes que nadie que los conozca podrá explicar; se les encuentra muertos en el camino, acompañados sólo por su fiel cabalgadura.

El pueblo conoce, sin embargo, la causa de tales percances. Cuando galopan en una noche oscura, para apurarse en regresar al hogar, se les sube a la grupa la Viuda, una mujer vestida de negro. Sedienta de amor, ello los abraza desde atrás y aprieta con tal fuerza que caen exánimes al suelo.

No siempre el desenlace es trágico. Hay también Viudas juguetonas, que se contenten con asustarlos. A veces se dejan caer ellas del caballo, produciendo, al chocar con la tierra, el ruido de un saco lleno de huesos.

Algunas sostienen que las hay también que sólo se montan en el caballo para revelar al jinete el sitio en que se encuentra un tesoro; pues mientras éste permanezca oculto, el alma de la mujer seguirá en pena y sólo encontrará la paz cuando sea descubierto. Desgraciadamente —agregan los informantes— muchas veces ellas mismas impiden que tal descubrimiento ocurra, por ser demasiado apasionadas, y matar al jinete al abrazarlo ...

21. EL PIUCHÉN SUCCEDOR

El vampiro es un murciélago que succiona la sangre de noche a los animales y a veces también al hombre que duerme al aire libre. Vive, precisamente, de esa sangre. No tiene absolutamente nada de fabuloso, legendario ni mitológico.

No obstante, ya los araucanos, que lo conocen con el nombre de pihuichén, lo elevaron a tal categoría, seguramente por lo misteriosos que parecen esos ataques. Se le representa como una culebra que más tarde adquiere alas, las que le permiten volar: esa culebra alada aparece en la mitología americana desde México hasta Chile. Su estridente silbido suena como "piurút, piurút", y cuando se le escucha puede estarse seguro de que se va a producir la muerte de alguno de los presentes. De día se esconde en los bosques, dejando en la corteza de los árboles huellas de la sangre que chupa. Si se le acerca alguna persona y no ve al pihuichén antes que éste la observe, ella morirá. Tiene la costumbre de permanecer cerca de un hogar, provocando la muerte por consunción de todos sus habitantes. Lo mismo ocurre con hatos de ganado, que enflaquecen y perecen. La única manera de impedir esos ataques consiste en trasladar el domicilio o el ganado al otro lado de una corriente de agua, pues el pihuichén no volará sobre ella. Los machis hacen frecuentemente alusiones a él como causante de enfermedades.

La mitología popular chilena ha adoptado estas mismas creencias, pero las ha modificado. Ha conservado la forma de una serpiente inicial, pero supone que más tarde se transforma en otro animal, como ser, una rana de gran tamaño, cubierta de finísimo vello y dotada de alas anchas y cortas, fuertes patas y ojos saltados y que espantan; o en un pavo joven, una gallina con pico largo y delgado, ojos grandes y de color gris muy claro, alas pequeñas y cerdas ásperas y fuertes que forman una hilera sobre el espinazo; pero también se le atribuye la forma de una serpiente alada. En Chiloé se sostiene que en su origen es un aprendiz de brujo que no ha podido adelantar en el "arte" y que por tal motivo ha sido arrojado en un caudaloso río, donde se transformó en piuchén. Se le atribuye una larga vida y se cree aún que no muere nunca. Los daños que ocasiona son los mismos que indica la leyenda araucana.

22. EL ALICANTO

A medida que predomina el desierto en el norte de Chile, se presenta con creciente exuberancia una frondosa creación de leyendas en torno al hallazgo de minas y tesoros.

Muchos de los derroteros que circulan al respecto son netamente racionales, indicando, por ejemplo, que desde la plaza de Copiapó se divisan en una determinada dirección tres cumbres; que es preciso remontar la central, desde la cual se verá al sur un algarrobo, hacia el cual es preciso dirigirse; que cerca de él pasa una quebrada, por la que se deberá subir hasta la media falda de la serranía de que proviene; y que hacia la izquierda, tapiada por un derrumbe ocurrido con motivo de un terremoto, existe la bocamina de un riquísimo yacimiento de oro, abandonado justamente con motivo de este desastre, en que perecieron sus mineros. Los datos son siempre un tanto vagos.

Hace pocos años vivía en Chañarcillo un pastor de cabríos y asnales que declaraba haberse radicado en aquel riquísimo yacimiento de plata, ahora agotado, porque su abuela había sabido de labios de Juan Godoy, el descubridor de ese mineral, que por mucha riqueza que éste hubiera suministrado, era una pálida sombra comparado con otro, aurífero y muchísimo más rico, que el mismo Godoy había descubierto al poniente de aquél, en una puntilla de Las Bandurrias, pero que debido a su avanzada edad no había alcanzado a explotar. Manifestaba aquel pastor que él sólo vivía allá con su majada, porque tenía la seguridad de poder ubicar esa segunda mina del célebre descubridor de Chañarcillo.

Es el caso típico de los pastores del norte chileno: viven pobremente, cerca de alguna aguada, de la venta de queso de cabras, de cueros caprinos y de las crías de la majada, como también de transportes que realizan por cuenta de algún mineral cercano; pero todos son al mismo tiempo cateadores o mineros que trabajan pequeñas minas por su propia cuenta, como pirquineros u obreros. Y todos están convencidos de que el día menos pensado descubrirán una mina fabulosa o harán un magnífico alcance en una ya conocida. Mientras más pobre sea el ambiente que los rodea, más se exalta su fantasía, y es, en definitiva, la quimera del oro la que los hace sentirse ricos en medio de la mayor pobreza.

Por otra parte, es un hecho que muchos de ellos han tenido realmente la suerte de descubrir —sin o con derroteros— minas que los han hecho pudientes. El propio Juan Godoy había sido pastor, como ellos.

La fantasía avanza, sin embargo, más allá de los límites de lo racional o verosímil. Hay también otros indicios que permiten descubrir minas o tesoros.

Uno de ellos está vinculado con una prodigiosa ave: el Alicanto. Es corredora y, estando en ayunas, se mueve con presteza, perdiéndose fácilmente entre el roquerío o matorral. Se alimenta, sin embargo, de granos de oro o plata, de modo que al dar con un yacimiento se vuelve pesada y es apenas capaz de correr. Además, sus alas, que extiende a menudo durante la noche, tienen la propiedad de comenzar a brillar luminosamente. Siendo la mina de oro, su luz es áurea; y siendo de plata, argentífera.

Por eso los mineros, al catear de noche, prestan especial atención al descubrimiento de un Alicanto, ya que si dan con él pueden considerarse afortunados, pues les indicará con absoluta certeza donde se encuentra un

yacimiento, ya sea de oro o de plata.

La única precaución que requiere esta ave, es que el minero debe mantenerse oculto, pues tan pronto ella se cree observada, extingue el fulgor de sus alas, confundiéndose con la obscuridad de la noche. Y podrá ocurrir también que guíe al cateador hacia un precipicio, a fin de que se desbarranque.

Se sabe, además, que el Alicanto forma parejas que anidan en una cueva, donde la hembra pone un huevo de oro y otro de plata.

Los peligros indicados pueden evitarse, empero, si el minero se limita a observar donde se alimenta el Alicanto, pues ese hecho basta para descubrir ahí mismo la mina, sin espantarlo.

23. LAS SERENAS CANTADORAS

Fuera de la Pincoya y la Mujer-Pez, la mitología chilena conoce también a las Sirenas, por lo general llamadas Serenas, adoptadas de la europea por intermedio de los españoles y las lecturas de autores clásicos.

Podría pensarse que las unas se confunden con las otras, pero su diferencia es patente: la Pincoya y la Mujer-Pez son benéficas, mientras que las Sirenas, que también son representadas como teniendo un bellissimo cuerpo y la forma de una foca o de un pez en su extremidad inferior, son dañinas.

Ellas embaucan a los navegantes con sus hermosísimos cantos y los hacen extraviarse y estrellarse con sus embarcaciones contra los arrecifes. Se les considera especialmente peligrosas para pescadores jóvenes y apuestos, que muchas veces no regresan de sus salidas a la alta mar, por haber caído en las redes de una de ellas.

Una Serena nació en La Serena, donde vivía hace muchos años, con su madre, ya anciana. La muchacha era de carácter voluntarioso y rebelde. Estando enferma la madre, quiso salir a bañarse en el río, y cuando aquella trató de retenerla, la hirió en el rostro y realizó su propósito. La madre la maldijo. Pescadores vieron que el río, que venía muy crecido, la arrastró al mar. También apareció cerca de las playas en diversas ocasiones posteriores, lo que indujo a los pescadores a retirarse, porque sabían que donde hay Serenas desaparecen los cardúmenes. También el padre Diego de Rosales escribe en su "Historia General del Reino de Chile" haber visto una Sirena en la bahía de Coquimbo.

Pablo Treutler, minero alemán que residía a mediados del siglo pasado en Copiapó, escribe que los pescadores de Caldera informaron que había Sirenas en la bahía de esa caleta y que por tal motivo muchas personas, entre ellas él mismo, se trasladaron allá para verlas. Se embarcaron a las 10 de la noche. Reinaba calma absoluta en la bahía. Ya comenzaban a reírse ellos mismos de su credulidad cuando escucharon, primero débilmente y luego con intensidad creciente, una música melódica que parecía realmente provenir de espíritus. A veces se escuchaba una voz, o pocas, pero luego se formaba un coro. Las encantadoras armonías parecían provenir de numerosas arpas eólicas accionadas simultáneamente por el viento, pero a veces se asemejaban también á los sonidos de un órgano. El espectáculo fue de la duración aproximada de media hora.

Para este autor, científico serio, la música era producida por peces u otros animales marinos. Cita al respecto una información del vizconde Onffroy de Thoron, quien escuchó voces similares en la bahía de Pailón, al norte de la provincia de Esmeraldas, en el Ecuador, donde los pescadores se las explicaron como procedentes de peces cantantes. Tienen éstos una longitud de cerca de 35 cms., color blanco y manchas azulinas en la espalda. El canto comenzó allá al ponerse el sol y duró durante toda la noche.

C.
ISLA DE PASCUA

Casi tropical, considerada —sin razón— un enigma universal por sus grandes estatuas de lava, sus tablillas parlantes y sus primorosas estatuillas de madera, la isla de Pascua es una fuente inagotable de mitos y leyendas. Como integrante de la gran cultura polinésica, sus dioses son casi todos marítimos, y sus vidas se identifican con viajes por el mar que cubren un espacio inmenso. Como muestra de las leyendas de la hermosa Isla incluimos la siguiente.

24.COMO SE ORIGINARON LAS ESTATUILLAS DE MADERA

Tuu-ko-ihu —uno de los ariquis o nobles que llegaron a Rapa-Nui con el primer rey, Hoto-Matúa— había salido de su casa en Hare-koka para dirigirse a Hanga-have. Al pasar por la colina de Punapau vio al pie de una roca roja a dos espíritus que dormían. Eran Hiti-rau y Nuku-te-mango. Alcanzó a observar nítidamente sus costillas y su vientre hundido. Otro aku-aku (ánima), que estaba despierto, gritó:

—¡Despertad, el noble jefe ha visto vuestras costillas!

Hiti-rau y Nuku-te-mango persiguieron de inmediato a Tuu-ko-ihu. Lo alcanzaron y le preguntaron:

—¡Oh, jefe, ¿qué has visto tú?

—Nada —les respondió.

Los espíritus insistieron:

—¡Oh, jefe, ¿estás seguro? ¿Qué no has visto por acaso alguna cosa?

—No he visto nada —replicó Tuu-ko-ihu, y siguió su camino.

Los espíritus desaparecieron, pero algunos instantes más tarde se colocaron de nuevo en el sendero por el que iba el ariquí, para preguntarle una vez más:

—¿Qué sabes tú de nosotros?

Tres veces le hicieron la misma pregunta, pero Tuu-ko-ihu les respondió cada vez:

—Yo no sé nada de vosotros.

Si aquel jefe hubiera mostrado algún embarazo al contestarles, o si les hubiera dicho lo que realmente vio, esos dos espíritus le habrían dado de inmediato la muerte.

Cuando Tuu-ko-ihu llegó a Anahevea, la gente allá reunida se estaba aprestando para abrir los curantos en que habían preparado la comida. Tuu-ko-ihu cogió dos leños medio quemados que encontró en ese sitio, y los llevó a su choza. Allí talló en ellos la imagen de los dos espíritus que había visto. Esa misma noche tuvo un sueño en que vio espíritus femeninos, y a la mañana siguiente también los talló en trozos de madera.

La noticia de que Tuu-ko-ihu había tallado imágenes en madera se propagó por toda la isla. Muchos iban a pedirle que les confeccionara tales obras. Tuu-ko-ihu aceptó hacerlo y convino la recompensa que recibiría por su trabajo, consistente en alimentos. Hubo, sin embargo, muchos ingratos que no cumplieron lo concertado. Tuu-ko-ihu se negó por eso a entregarles las estatuillas que había confeccionado para ellos.

Una noche volvieron a insistirle que se las diera. Tuu-ko-ihu les dijo:

—¡Venid acá! —y los hizo entrar en su choza.

Su sorpresa fue enorme, pues vieron en la obscuridad que las imágenes talladas danzaban mágicamente, sin que nadie las moviera ⁽¹⁾.

Llenos de miedo, se apresuraron a correr a sus huertas para traer al ariquí lo que le estaban debiendo.

⁽¹⁾ Las estatuillas eran empleadas en bailes dedicados al recuerdo de antepasados, llevándolas encima de la cabeza y moviéndolas en el aire.

D. NORTE GRANDE

El santuario cristiano más conocido del Norte Grande chileno es el de La Tirana, y es también el que dispone de la más bella leyenda.

Las provincias de Antofagasta y Tarapacá, a igual que Chile Central, están constituidas por tres elementos tectónicos: una Cordillera de la Costa, un valle longitudinal y una cordillera andina, sobre la cual se eleva, sin embargo, hacia el oriente, el Altiplano, del que el país también participa.

El valle mencionado se conoce al norte del río Loa con el nombre de Pampa del Tamarugal, pues antiguamente estaba poblado en muchas partes por densas selvas de tamarugos, algarrobos, chañares, molles y sauces amargos, caracterizándose estas cinco especies autóctonas por la propiedad de prosperar también en un ambiente salino, como es el de aquella pampa. La descripción más concisa y perfecta de ella es el topónimo de Tarapacá, que proviene de la lengua cunza de los antiguos atacamas, en la que tarar significa blanco y duro, y paca, llanura o pampa.

Se extiende al norte hasta la quebrada de Tana. Las numerosas quebradas que bajan por el flanco andino reciben en su parte alta aportes de agua de alguna consideración, procedentes de las lluvias de verano del Altiplano y del deshielo de las nieves acumuladas en los macizos cordilleranos. Se filtran, sin embargo, más abajo en el acarreo de las quebradas y llegan como un drenaje subterráneo a la pampa; sólo cuando bajan grandes avenidas por aquellas quebradas, se producen a veces enormes inundaciones en ella (lo que no ocurra todos los años). En todo caso, bajo la superficie, la Pampa del Tamarugal representa un enorme lago. Donde el terreno tiene un nivel bajo, éste casi aflora y el agua se evapora, dejando en la superficie acumulaciones de las sales disueltas en el agua. Es ése el origen de los grandes salares.

25. LA TIRANA

Sobre el borde norte del más septentrional de ellos, que es el de Pintados, se encuentra la Tirana, caserío situado a 16 kms. al suroriente de Pozo Almonte y a 60 de Iquique. El agua se encuentra allá a unos 10 m. debajo de la superficie. Desde, tiempos remotos, los atacamas practicaban cultivos singulares: eliminaban la costra salina de la pampa y formaban cuadros de unos 100 o más metros de longitud y 2 ó 3 de anchura. Debajo de esa costra se encuentra tierra dulce y húmeda (por capilaridad), en que se puede sembrar. La costra salina es colocada al lado desde donde sopla el viento, que es casi siempre muy fuerte después del mediodía. Tales cuadros llevan el nombre Indígena de canchones, pues cancha (esto sorprenderá a la mayoría de nuestros lectores) no es palabra castellana, sino americana. La capilaridad hace surgir siempre de nuevo substancias salinas, de modo que con los años un canchón se vuelve inservible para cultivos. Puede profundizársele de nuevo, pero como ello no se puede repetir indefinidamente, al final se les foresteaba con las especies ya indicadas, sobre todo con tamarugos. Y de ese modo se explica la paradoja de que en medio de un desierto absoluto, donde no llueve jamás ni hay corrientes de agua o canales de regadío, existen campos cultivados no regados, enormes avenidas y bosques artificiales y naturales.

Antiguamente, las selvas eran, por cierto, mucho más extensas y densas que en la actualidad. El primer corregidor de Tarapacá, Antonio O'Brien, confeccionó en 1767 un plano de la Pampa del Tamarugal y las anotó en él: cubrían 55.000 hectáreas. Ya en aquel tiempo se las había explotado intensivamente para producir leña para fines domésticos y calentar los tachos en que se preparaba con el caliche una legía para producir salitre, como también para la fabricación de carbón, usado para elaborar fuegos artificiales, pólvora y calentar los buitrones en que se beneficiaban los minerales argentíferos de Huantajaya, Santa Rosa, Challacollo, Yabricolla y otras minas y la cangalla (minerales robados) de Potosí. Más tarde, el uso de la leña en la industria salitrera, antes de emplearse el carbón mineral, aumentó considerablemente.

La primera leyenda del Norte Grande nos traslada a la época en que don Diego de Almagro realizó su expedición exploradora a Chile, efectuada en 1535 y 1536. En aquel tiempo, los indios peruanos se mostraban intranquilos. Los dos últimos incas habían muerto violentamente: Huáscar vencido y mandado asesinar por su hermanastro Atahualpa; y éste ajusticiado por don Francisco Pizarro, quien castigó aquel crimen cometido. Los encomenderos se manifestaban soberbios, y los indios temían lo peor. Había un anhelo general de que resucitara el antiguo imperio de Tahuantinsuyo. Por otra parte, reinaba intranquilidad también entre los españoles. Almagro se consideraba pospuesto por su socio Pizarro, y muchos conquistadores no habían conseguido encomiendas, minas u otros beneficios a que declaraban tener derecho.

Pizarro creyó poder dominar estos focos de descontento induciendo a su socio Almagro a emprender la conquista de Chile, territorio que disfrutaba en el Perú del renombre de "estar cuajado de oro": lo que era efectivo, pues el inca recibía desde allá anualmente unos 2.500 kilogramos del noble metal, que se

destinaba a los usos de la corte y de los templos solares. De este modo —pensaba— se lograría contentar a Almagro y a los soldados ociosos. Por otra parte, exigió al jefe del ejército incaico, Paullo Túpac, que era príncipe de la dinastía, que acompañara a Almagro con unos diez mil guerreros. Logró que se incorporara igualmente a la expedición el Sumo Pontífice (Huillac Urna) incaico. De este modo esperaba Pizarro conjurar un levantamiento indígena.

La expedición se puso en marcha desde el Cuzco y comprendía, fuera de las tropas incaicas ya mencionadas, unos 500 españoles. No marchó por los desiertos del actual norte chileno, que habría sido incapaz de alimentar y proveer de agua a un contingente tan numeroso, sino que tomó la ruta por Tucumán, o sea, por la parte noroeste de la actual Argentina. Avanzó por allá hasta la altura de Copiapó, para cruzar la cordillera andina por el paso de San Francisco, que permite llegar por la quebrada de Paipote al valle de Copiapó, desde donde se avanzó por territorio chileno hasta el de Aconcagua, que los peruanos calificaron como Chile (frío), lo que valió su nombre al país.

Almagro experimentó allá una terrible desilusión. No encontró ni palacios ni templos por saquear como en el Perú; y los mapuches, que ocupaban todo el territorio desde Copiapó hacia el sur, se sublevaron en Aconcagua al mando de Michimalonco, hostilizando sin cesar a los invasores. El dominio Incaico era en Chile muy precario, pues Huáscar había retirado casi todas las tropas peruanas cuando fue atacado por su hermanastro. Tampoco se llegaron a conocer minas o lavaderos de oro de importancia, y los soldados no estaban dispuestos a dedicarse a cultivar la tierra, única expectativa que parecía ofrecer el país.

Por resolución unánime se acordó regresar al Perú. Lo motivó, en parte también, el hecho de haber fijado el rey entre tanto el límite entre Nueva Castilla (la gobernación de Pizarro) y Nuevo Toledo (la de Almagro), lo que éste supo estando en Aconcagua y que lo alegró tanto más cuanto estimaba que el Cuzco —la maravillosa capital de los incas— quedaba dentro de su territorio.

La experiencia hecha en el paso de San Francisco en la marcha a Chile había sido tan desastrosa, que nadie estaba dispuesto a repetir: allá la expedición había sido sorprendida por el "viento blanco", con temperaturas de unos 30 grados bajo el punto de congelación, y la mitad de las tropas peruanas, como también numerosos españoles, perecieron de frío.

Debido a esa desgracia y a la resistencia de Michimalonco, los efectivos habían mermado de tal manera que la expedición podía arriesgar la travesía por el árido Despoblado de Atacama, al norte de Copiapó, para llegar al salar de Atacama, desde donde no era tan difícil continuar la marcha al Cuzco.

De esta manera la expedición llegó a los bosques de la Pampa del Tamarugal. Allí fue alcanzado por un chasqui (correo) el jefe militar incaico, Paullo Túpac Manco, que había sido designado inca por Pizarro, se había sublevado y tenía cercada la ciudad de Cuzco. Enviaba a Paullo Túpac la orden de separarse de inmediato de los españoles y llegar en marchas forzadas a la capital incaica para apoyar el sitio y recuperarla, expulsando a los hispanos. Los soldados incaicos debían ganarle la delantera a los españoles.

La orden fue cumplida puntualmente. De noche, el resto de los guerreros incaicos, encabezados por su jefe, huyeron del campamento español. Un centinela observó el movimiento de las tropas y dio la alarma. Los españoles formaron y

persiguieron a los peruanos, logrando apoderarse del Sumo Pontífice y de doce oficiales. Un tribunal de guerra los condenó, de inmediato, al suplicio, realizado al amanecer al pie de una roca.

Presenció la ejecución de su padre, el Huillac Urna, una hija de éste, una ñusta (princesa) de la dinastía de Huáscar, que era Joven y bellísima. Ella acordó, de inmediato, permanecer en el tamarugal y vengar la muerte de su padre en todo español que pasara por ahí, en viaje a o desde Chile. Para ese fin corrió tras el ejército y consiguió que Paullo Túpac le dejara un fuerte destacamento.

El sitio del Cuzco fue desbaratado por los españoles que realizaron con Almagro la expedición a Chile, y éste se estableció en esa ciudad, que pretendió fuera la capital de Nuevo Toledo. Pizarro se negó —con razón— a tal demanda, y la discordia entre ambos conquistadores culminó en una guerra civil, en que Almagro perdió la vida, estrangulado por orden de Hernando Pizarro. Cesó también el levantamiento de Manco, terminando en esa forma el sueño de resucitar el imperio.

Pero cuando había cesado ya toda resistencia en el Perú, continuó oponiéndose a los españoles un último foco hostil en la Pampa del Tamarugal: era el encabezado por aquella ñusta, hija del Sumo Pontífice incaico. Todo español que caía en sus manos —y fueron muchísimos— era ultimado en la misma roca en que había perdido la vida su padre: así se lo había Jurado ella misma a Inti, el Dios Solar.

Entre tanto, los españoles habían comenzado a poblar Tarapacá, rica en minas de plata. La más famosa llegó a ser la de Huantajaya, cuya producción total parece haber alcanzado un valor doble que la de Chañarcillo. Allí trabajaba un joven minero, Vasco de Almeyda. Fue informado que .la pertenencia más rica, llamada Mina del Sol, había sido "tapada" por los indios antes que llegaran los españoles. Una noche, sin embargo, mientras dormía, se le acercó la Virgen del Carmen: le manifestó que esa fabulosa mina no se encontraba en aquel yacimiento, sino al interior y que fuera sin temor a buscarla, pues ella lo guiaría. Al día siguiente participó su revelación al capellán de Huantajaya, fray Antonio Rendón. Este le replicó de inmediato que era locura y pecado creer en un sueño y que todos sabían la suerte que corrían quienes se internaran en la Pampa del Tamarugal, donde La Tirana —como los españoles llamaban a la ñusta— ejercía un dominio absoluto.

Pero todo fue inútil. Nadie pudo contener al joven Vasco, y un buen día, premunido de una barreta, un combo y de algunos alimentos y agua, se dirigió por los áridos cerros de la Cordillera de la Costa al interior. Tal como se lo había anunciado fray Rendón, pronto fue hecho prisionero por los guerreros incaicos y conducido ante la ñusta.

Ocurrió, sin embargo, lo inesperado: la bellísima princesa se enamoró a primera vista del gallardo español, quien la cautivó con la absoluta seguridad de su comportamiento y su falta total y absoluta de temor. De inmediato, ella resolvió salvarle la vida, y para ganar tiempo declaró a los oficiales que la rodeaban que Inti le había aparecido en la noche anterior, revelándole que el joven español caería en sus manos, pero que no lo ejecutara antes del próximo plenilunio.

En los días siguientes. Vasco conversó a menudo con la ñusta. Al encontrarse entre los objetos de su mochila el retrato de una mujer, ella estalló en

celos, que se agudizaron, cuando el español le reveló que se trataba de quien más amaba. Como se refería a la Virgen del Carmen, esto dio motivo para que Vasco le explicara lo que es el cristianismo, comenzando con la vida de la Madre de Dios y de su hijo Jesucristo, sus enseñanzas y el sacrificio de su vida para salvarnos a todos. La ñusta quedó profundamente impresionada: ella sólo había conocido en su vida la guerra y la muerte, primero con motivo de la invasión del Perú por el inca de Quito, Atahualpa, y luego con la de los españoles. Pero ahora llegaba a conocer una doctrina que colocaba el amor al prójimo por sobre todos los mandamientos divinos. Era la antítesis de su propia acción, destinada precisamente a la venganza y el aniquilamiento de todo español, sin excluir a quienes estaban libres de toda culpa. En el fondo, era ese mundo del amor el que ella misma anhelaba, pero que había considerado irrealizable.

Tan elocuente fue el joven español en su prédica, que la ñusta se emocionó profundamente y le pidió finalmente que la hiciera cristiana, a fin de poder contraer matrimonio con él, pues estaba resuelta a huir del holocausto que ella misma había creado, para llevar una vida más digna.

Convinieron en realizar el bautismo —simbólicamente, por cierto— el próximo plenilunio y huir esa misma noche para unir sus destinos.

Los oficiales incaicos, conformes en un principio con el veredicto que ella había pronunciado, comenzaron a recelar al enterarse de que su princesa estaba enamorada del español y que le profesaba una sincera amistad. Seguían, debido a ello, todos sus pasos. Y cuando Vasco de Almeyda se apartó con ella al tamarugal, en aquel plenilunio, colocando una rústica cruz sobre el tronco de uno de los robustos árboles e iniciaba el acto del bautismo, una lluvia de flechas cayó sobre ambos y terminó con sus vidas.

Entre tanto, los españoles consideraron oprobiosa para su dominio la situación existente en aquel bosque. Despacharon un fuerte destacamento de tropas por mar desde el Callao a Iquique, que comprendía infantería, caballería y artillería. Al pasar por Huantajaya, fray Antonio Rendón, anheloso de conocer la suerte de su amigo Vasco de Almeyda, se les agregó, y al día siguiente, de madrugada, se dejaron caer sobre el campamento incaico. No hubo resistencia, pues los guerreros habían abandonado el lugar, dispersándose. Fray Rendón descubrió, sin embargo, el sitio en que se había efectuado el bautismo: vio la cruz, observó la actitud humilde de la ñusta, que todavía estaba de rodillas frente al español, y declaró que la Virgen del Carmen había realizado un milagro más, transformando en cristiana a La Tirana, y desbaratando el último reducto de resistencia que existía en todo el imperio incaico, sin que hubieran ocurrido bajas de ninguna especie.

Por tal motivo, se comprometió en ese mismo instante a levantar en el lugar un santuario que recordara eternamente esa intervención divina en nuestra tierra. Y así lo hizo, y desde entonces se celebra todos los años, el 16 de julio, el día de Nuestra Señora del Carmen en aquel sitio, conocido con el nombre de La Tirana.

Como se ve, una leyenda bellísima, profunda, conmovedora, tan lógica, que parece simple historia: es, sin embargo, leyenda. Y eso por una razón muy sencilla: porque todo lo relatado es, en realidad, pura y verdadera historia, menos la intervención de los dos protagonistas principales, la ñusta y Vasco de Almeyda.

Y como falta ella, tampoco hay noticia documental alguna de la existencia del foco de resistencia en La Tirana.

Pero quizás sea demasiado aventurada tal afirmación. No cabe duda que en documentos no aparecen esos personajes ni ese centro vengativo. ¿Pero es tan completa nuestra información documental, para poder negar así rotundamente la veracidad de la leyenda?

Veamos, en primer lugar, el ambiente netamente geográfico. A 25 kilómetros al sur de La Tirana, sobre el borde austral del salar de Pintados, se elevan los cerros de este nombre. En ellos existe el cuadro mural más grande del mundo: mide 6 kilómetros de largo y forma una faja de 100 a 200 metros de ancho en la falda de los cerros. No cubre su parte inferior, sino la superior, a fin de ser contemplado desde la distancia. Cuando lo alumbraba el sol matinal, sus colores relucían antiguamente en brillantes destellos, y se le contemplaba desde La Tirana y otros lugares vecinos. Representa ornamentos chincha-atacamas y ha sido colocado allá cuando esa cultura se encontraba en su apogeo, es decir, entre 1100 y 1350 de nuestra era. A 13 kms. al suroriente de La Tirana existe el caserío de La Huayca. Su nombre se refiere en quechua al ataque de un grupo más poderoso a otro más débil. Curiosamente, los españoles han transformado este topónimo en otro similar: Huaycazo, que corresponde a un caserío vecino. ¿Se refieren estos topónimos al ataque español que terminó con el foco de resistencia, o a este mismo cuando dominaba allá la Ñusta?

Pues bien, Fernández de Oviedo, historiador español contemporáneo y amigo de don Diego de Almagro, si bien no menciona ni a la Ñusta ni a Vasco de Almeyda, informa que cuando Almagro llegó a la zona de Pica encontró "muchas armas y ropa de españoles que habían muerto, y con muchas lágrimas el adelantado los hizo enterrar. Cosa de mucha lástima y compasión sería oír las crueldades que ensayaron los indios en las muertes que les dieron, pues tenían los cuerpos despedazados y los sesos sembrados en las paredes, y con su sangre pintadas sus bellaquerías". Estos españoles pertenecían a un refuerzo que se dirigió por Tarapacá a Chile, para reunirse allá con don Diego. Su capitán era don Ruy Díaz. Tal información hace verosímil que don Diego haya mandado castigar a los indios por tales desmanes.

Como se ve, el gran cuadro mural de Pintados (lugar que, a igual que el salar, recibió su nombre por esa obra) indica que en la zona existía un centro prehispano de relativa importancia, al que estaba destinado: hay dos topónimos que se refieren a matanzas; y hay una información documental —la de Fernández de Oviedo— que se refiere expresamente a una de ellas. Estos cuatro antecedentes transmiten sin duda cierta verosimilitud a la leyenda, aun cuando la correlación de los hechos pueda parecer un poco rebuscada. Don Ramón Menéndez Pidal ha establecido el fondo histórico de muchos romances españoles, que parecen más inverosímiles aún que la tradición de La Tirana. Pero es también posible que se hayan incluido en la leyenda partes de otra procedencia, como ocurre igualmente en los romances.

Sea como fuere, el hecho es que aquel santuario se ha transformado en el principal del Norte Grande, en cuyas fiestas se reúnen en la Pampa del Tamarugal más de 20.000 peregrinos.

Como en el santuario de La Virgen de Las Peñas, de Arica, también acá la

parte principal de la fiesta anual —que dura una semana, o más— son los bailes tradicionales, que alcanzan justamente en La Tirana su mayor esplendor.

No es éste el lugar para analizarlos en detalle, pero sea permitido expresar que no se encuentran en un estado estereotipo, como los de muchas partes de Europa, sino que se les renueva constantemente con nuevos elementos coreográficos. Esto revela que tanto la creación de leyendas como la de bailes religiosos se encuentra todavía en un estado activo y que representan, por consiguiente, auténticas expresiones del genio popular.

Se explica así también que el contenido de los bailes haya ido variando con el desarrollo socio-económico. En un principio (época española) estaban a cargo de cofradías (compañías) formadas por pastores (llameros) del altiplano, campesinos de la Precordillera y de los canchones de la Pampa del Tamarugal —de raigambre predominantemente indígena— y por mineros, que eran en gran parte negros (morenos). Los indígenas conocían bailes religiosos ya antes de la llegada de los españoles (se encuentran descritos, por ejemplo, en los Comentarios Reales de Garcilaso de la Vega). Los negros les agregaron danzas y cantos africanos. Se unió con ellos el acervo de bailes religiosos españoles, muy populares sobre todo en Andalucía (Semana Santa de Sevilla). Fueron al parecer los jesuitas quienes organizaron las fiestas religiosas con esos bailes, pero dándoles un sentido rigurosamente cristiano. No se les incorporó al culto, sino que se les admitió como una ofrenda ofrecida a la Virgen a las puertas de la iglesia y entrando en su edificio únicamente para la ceremonia de la salutación y despedida. La participación de los jesuitas está comprobada en la región, pues fueron ellos quienes disfrutaban del monopolio para elaborar en la Pampa del Tamarugal los fuegos artificiales, en que empleaban el salitre, el carbón de los tamarugos y el azufre de los volcanes, es decir, materias primas regionales. Y debe recordarse que esos fuegos artificiales constituían —y siguen formando— una parte importante de esas fiestas religiosas.

No cabe duda que los bailes ya se celebraban en el siglo XVI en La Tirana. Aun cuando faltan documentos que lo comprueben, uno de los bailes, conservado hasta la actualidad, representa una prueba más elocuente que el mejor documento. Aparecen el Rey Cristiano y el Rey Moro con gran acompañamiento. Apenas intercambian algunas palabras, aquél mata a éste, y su cadáver es rodeado por todos los diablos (peregrinos disfrazados como tales, que participan en las danzas a modo de graciosos y ordenadores), quienes estallan en vivas demostraciones de satisfacción por haber logrado una víctima más para el infierno. Ocurre, sin embargo, que el Rey Moro resucita de la muerte y se declara cristiano. Los diablos se retiran entonces llenos de ira y avergonzados. Esta escena es obvio que sólo puede haber sido introducida cuando llegaron los españoles a la región, pues evoca vivamente la reconquista. Todos los participantes constituyen figuras europeas, incluso los diablos, representados con los atavíos medievales (en la cultura incaica —y la mapuche— se conocía el principio del mal, encarnado en el supayo y el calcu, respectivamente, pero se les imaginaba como brujos, no como diablos).

Es indudable que antiguamente el elemento Indígena constituía una parte importante en esos bailes, pero ello ha ido disminuyendo a medida que ha avanzado la transculturación por la cultura occidental. Hoy día sólo los bailes de

los llameros (y llameras) tienen tal carácter. Mineros propiamente tales ya casi no existen, y los trajes típicos que antes los caracterizaban, han desaparecido. Los obreros de las salitreras ya no usan tales trajes, y en Tarapacá funciona actualmente una sola salitrera, la de Victoria. Hay, sin embargo, numerosas compañías de danzantes formadas por obreros de esa salitrera, que han inventado nuevos trajes, ideados por su fantasía. Los morenos siguen formando cofradías, a pesar de no existir ya elementos raciales negros en la región (los participantes se pintan a veces las caras para simular negros). Los principales participantes provienen actualmente de las ciudades, sobre todo de Iquique, donde ya no se usan trajes como antes. Sus modelos han sido tomados de los chinos, de los huasos chilenos de la región central del país e incluso de los indígenas norteamericanos (copiando el atavío de las películas).

Cada una de las compañías tiene una imagen de la Virgen del Carmen, con gran bandera nacional, y su propia banda instrumental.

La impresión que dejan las representaciones de unas 80 compañías que suelen bailar simultáneamente, es muy viva, sobre todo las nocturnas, que suelen durar hasta la medianoche. Pablo Garrido las describe así: "Es fiesta de color y alborozo ver los bailes desfilan en procesión, pero es la noche la que da mayor relieve a sus ritmos. Cohetes, petardos, fuegos de artificio se unen al bullicio de miles de romeros entregados a sus cánticos y a sus danzas. Fogatas inmensas en las cuatro esquinas de la plaza agregan hechizo a la escena. Pero es el ritmo obstinado lo que domina la escena. Cien tambores y bombos palpitando a su libre albedrío, señalan a cada baile, a cada agrupación, su personal e inmutable ritmo. Suenan pífanos, flautas o pusas, pero domina el ritmo: ese ritmo de la eternidad, que gobierna astros, distribuyen el día y la noche y que limita la vida y la muerte.

"¡Cómo fascina el ritmo de estos bailes! Crecen desde el fondo de la tierra y esparcen sus ramas y follajes tremolantes con acento de leyes ceñidas y fatales. Hay también arrobamiento y seducción en ellos. Hay el llamado interior de lo desconocido. Cada nuevo golpe del tambor es evocación que florece."

"Avanza el ritual, avanza la noche. El ritmo se hace más intenso. La devoción llega al paroxismo. Todo baila en derredor nuestro. Los mismos cimientos de la vetusta iglesia parecen vibrar en fervor. Se filtra el ritmo por la epidermis. Enmudecen hombres y mujeres. No caben idiomas en estos instantes de comunión con el infinito. El fervor rítmico traspasa los umbrales de lo humano. Estamos frente a frente a lo divino".

26. TARAPACA, EL TRAVIESO

Cuando don Pedro de Valdivia llegó a principios de 1541 al Mapocho, reunió a los caciques de las parcialidades del valle, a quienes se agregaron los del Maipo. Atepuco (el de La Ligua) y el príncipe Quilicanta, que era gobernador incaico y residía en Colina.

Había iniciado la construcción de la capital del Nuevo Extremo con la iglesia parroquial. Con ese motivo los arengó, informándonos Jerónimo de Vivar, quien estuvo presente, que les dijo que "aquella era la casa de Dios, Criador de nosotros y de ellos y de todo lo creado en los cielos y en la tierra y en el mar, y como este Dios y Señor nuestro es el que gobierna todo lo criado y es el que vive y reina y ha reinado desde el principio del mundo y reinará para siempre sin fin. Dióles, además, a entender que a quien le sirve y guarda y cumple sus mandamientos, le da vida eterna, y el que no creyere ni cumpliera sus mandamientos, recibirá pena perdurable sin fin".

Con no pequeña sorpresa, agrega el mismo cronista, escucharon aquellos españoles de parte de los principales indígenas "que ya sabían y tenían noticia que por esta tierra anduvo antiguamente un hombre de vuestra estatura y con la barba crecida como algunos de vosotros, y que lo que este hombre hacía era curar y sanar a los enfermos, lavándolos con agua, que hacía llover y crecer maíces y sementeras y que cuando caminaba por las sierras nevadas, encendía lumbre con sólo el soplo, y hablaba en sus lenguas a todos, dándoles a entender como en lo alto de los cielos estaba el Creador de todas las cosas y que hacía vivir a todas las criaturas, y que tenía allá arriba mucha cantidad de buenos hombres y buenas mujeres. Y de estas cosas les decía, hasta que, pasado cierto tiempo, se salió de esta tierra y se fue hacia el Perú y, pasados ciertos años, vinieron los incas y conquistaron esta tierra. Mandaron siguiesen sus ritos y ceremonias, adoraran el sol y las piedras grandes, que llaman huacas, y que de esta suerte se pervirtieron, porque ellos no estaban arraigados a la predicación y santa doctrina que aquel santo hombre les predicaba, el cual —escribe Vivar— creemos ser apóstol, pues éstos predicaron por todo el universo".

En realidad, los españoles identificaron a aquel predicador con Santo Tomás. Un cerrillo dominado Santo Tomé estaba situado, por ejemplo, sobre la orilla boreal del río Aconcagua, en el fundo de Los Agustinos; se le conoce ahora con el nombre de Paico, afirmándose que en él predicó Santo Tomás. Otro cerro vecino lleva el nombre de Mamachula, nombre que se deriva del quechua mama (madre) y chulla (única, sin pareja). Al pie de estos cerros se encuentra el gran cementerio prehispánico de Bellavista. Un poco al norte, en el cordón que separa Catemu de Putaendo, existe un portezuelo que lleva el nombre de Paso de los Pillanes.

Y con estas citas ya estamos en medio del mundo de mitos y leyendas que conviene explicar. Pero vamos por partes.

Para ellos Viracocha era un hombre intachable que habría tenido su origen en Chile, predicando lo que ellos resumieron en aquella ocasión. Este "héroe cultural" (nombre que se da por la ciencia a estos emisarios del Ser Supremo que aportan la cultura a los hombres) se habría dirigido desde Chile al Perú, propagando por doquier sus enseñanzas. Allá, sin embargo, los incas se habrían apartado de ellas, pervirtiéndose. Vemos en esta variante la animadversión de los

mapuches contra el dominio incaico.

No expresaron aquellos picunches a don Pedro de Valdivia que ellos también conocían un Ser Supremo, al que daban el nombre de Pillán, pero le explicaron que sabían que buenos hombres y buenas mujeres vivían con él allá arriba en el cielo: tratábase de los guerreros caídos en la guerra, de las mujeres muertas en el alumbramiento, en fin, de quienes habían dado sus vidas cumpliendo con sus deberes. Eran transformados en pillanes al morir y acompañaban a Pillán —simbolizado por el sol— en su trayectoria por el firmamento. Y con ello hemos explicado el origen del Paso de los Pillanes. Mirando desde Putaendo y San Felipe hacia el poniente, en cierta temporada del año el sol desciende al mar detrás de ese portezuelo, y los mapuches contemplaban el maravilloso ocaso de su Ser Supremo y su corte celestial: una visión digna de Wagner.

El auténtico Viracocha no es, sin embargo, el chileno sino el del Collao o Alto Perú, donde tuvo su origen en Tiahuanaco. Antes de la de este nombre ya habían florecido otras culturas en el litoral del Perú: la de Chimú al norte, varias en la región central y la de Nazca al sur. Esta última estaba propagada en Chile hasta Pisagua. Comprenden ellas el último siglo anterior a nuestra era y los siglos siguientes.

La cultura de Tiahuanaco comenzó a formarse por el año 450 de nuestra era y estaba plenamente desarrollada por el de 600. En materia religiosa, ella constituyó una reforma substancial. En efecto, las religiones del litoral, que precedieron a la del Altiplano, eran sanguinarias. En las representaciones que se han conservado de ellas, aparecen siempre "cabezas de trofeo" y sacrificios humanos, tales como se practicaban en México hasta la llegada de los españoles.

La religión de Tiahuanaco predicó el amor al prójimo y prohibió esos sacrificios. Además, hizo un distinguido entre el Ser Supremo y el Enviado por él a esta tierra.

A fines del siglo XVI estudió la religión peruana el padre jesuita Blas Valera, que es la mejor fuente al respecto.

"Creyeron —informa— que el mundo, cielo y tierra, el sol y la luna fueron creados por otro mayor que ellos: a éste llamaron Illa Tecce (Ticce), que quiere decir Luz Eterna". El sol era considerado como hijo de aquél, cuya divinidad se exteriorizaba en su luz corporal, "para que rigiese los días, los tiempos, los años y veranos, y a los reyes y reinos, señores y otras cosas. La luna, que era hermana y mujer del sol, era señora del mar y de los vientos, de las reinas y princesas, del parto de las mujeres y reina del cielo (la llamaban Coya, que significa reina). La aurora era diosa de las doncellas y princesas, autora de las flores del campo, señora de la madrugada, de los crepúsculos y celajes; cuando sacudía sus cabellos, echaba el rocío a la tierra. Llevaba el nombre de Chasca (Venus)".

En esta tierra —informa Sarmiento de Gamboa, otra fuente valiosísima— apareció Illa Tecce encarnado en Viracocha, quien llegó a ella en la región del lago Titicaca. No existían en aquel tiempo todavía los astros. En un principio, el Enviado ideó una generación de gigantes, como ensayo. Por tal motivo, todavía no les transmitió vida, sino que los modeló en forma de estatuas y relieves (que todavía existen allá). Como no le agradara esa estatuaria, los creó finalmente como seres vivientes que tenían su propia estatura, que era la normal. Vivían, sin embargo, en la obscuridad. Viracocha les ordenó que conservaran la paz, que se

ayudaran mutuamente y se consideraran como hermanos. Durante algún tiempo, esos preceptos morales fueron observados, pero luego predominaron en aquellos hombres el orgullo, la ambición y el egoísmo, que los apartaron del recto camino señalado por el Enviado de Illa Tecce. Como no estaban llanos a enmendar su mala vida, éste se vio obligado a castigarlos, transformándolos en piedras y otros objetos inertes; algunos fueron tragados también por la tierra y otros por el mar. Y como los sobrevivientes seguían desobedeciendo el orden moral, Viracocha provocó un diluvio general, a fin de aniquilarlos. De todos: se le conoce con el nombre de Pachacútic (lo que significa "el agua que revolvió toda la tierra"). Llovió torrencialmente durante 60 días, y sólo se conservaron de aquella época algunos restos de los transformados en piedras, como testimonios de lo ocurrido y escarnio para la posteridad.

Viracocha sólo conservó del tiempo prediluvial a tres hombres, uno de los cuales se llamaba Tauapácac o Tarapacá. Los necesitaba para crear por fin un mundo más perfecto, después de los intentos anteriores fracasados. Desde una isla en el lago Titicaca formó, en primer lugar, los astros, destinados a dar claridad a la tierra. Ellos salieron de aquel lago al firmamento. En un principio, la luna tenía mayor claridad que el sol, lo que motivó los celos de éste. Esto lo indujo, al ascender al cielo, a tirarle un puñado de cenizas sobre su esfera, lo que explica las manchas que ostenta. Para conmemorar la creación de los astros, Viracocha erigió un templo en aquella isla.

En seguida se dirigió a Tiahuanaco, donde comenzó su labor diseñando en grandes planchas de piedras, por medio de relieves y dibujos, los pueblos que pensaba crear para poblar a esta tierra con seres humanos, dando su nombre a cada ayllu (comunidad), como también a los valles, cuevas y demás lugares de los cuales habían de salir (lagos, fuentes, cerros, peñas, árboles, etc.).

Instruyó a sus tres acompañantes en el sentido de retener bien en la memoria cuanto había ideado, como se lo prometieron. En seguida les ordenó marchar por distintos caminos hacia el norte, realizando cuanto había proyectado.

Ocurrió, sin embargo, que uno de esos tres progenitores salvados del diluvio, Tarapacá, contradecía siempre a su padre. Le siguió los pasos, y donde éste levantaba cerros, aquel los aplanaba; y donde Viracocha formaba magníficos campos de cultivo, Tarapacá los transformaba en desiertos, secando todos los ríos y arroyos. De modo que la controversia de los collas con los pobladores de las tierras bajas, tan de actualidad en nuestros días, tiene raíces mitológicas. Los collas interpretaron a Tarapacá como un hijo degenerado de Viracocha, que enseñaba también a la gente creada por éste a actuar siempre contra sus mandamientos. Por eso, el padre ordenó que se le arrojara al mar, a fin de que pereciera. Desgraciadamente, el travieso rebelde logró salvarse, y ha vuelto a oponerse siempre de nuevo a cuanto hace el padre.

Cabe advertir que el mito refleja al mismo tiempo las luchas seculares que han tenido los atacamas con los collas. Los primeros ocupaban en tiempos antiguos el litoral del sur del Perú y norte de Chile, constituyendo la base racial de la cultura de Nazca. La cultura de Tiahuanaco surgió por el año 450 d. C. como obra de los collas, pero ya en el año 600 los atacamas penetraron en el Altiplano, conquistando al parecer el centro de aquélla, pues sus monumentos quedaron inconclusos. En seguida se desarrolló allá un estilo llamado epigonal de

Tiahuanaco, que fue propagado hasta el Ecuador y Chile central por los atacamas. Por el año 900 se inició el desarrollo de la cultura atacameña o lican-antai, que por el año 1100 se fusionó en el Perú central con la de chincha y llegó a comprender toda la parte central y austral del Perú, la occidental de Bolivia, la boreal de Chile (hasta el río Rapel) y la noroccidental de Argentina. En el siglo XIII ella estaba a punto de conquistar el Cuzco, pero fue finalmente superada por la incipiente de los incas. Los collas aprovecharon esa derrota para avanzar al litoral, ocupando gran parte del Norte Grande chileno, es decir, de las actuales provincias de Tarapacá y Antofagasta. Los atacamas fueron reducidos finalmente a la cuenca del río Loa y del salar de Atacama, donde vivían cuando los españoles llegaron al país.

¡Pero volvamos a nuestro mito! Termina éste expresando que Viracocha, ya castigado Tarapacá, ordenó a uno de sus compañeros que avanzara hasta el norte por la región de la costa y a otro que lo hiciera por el Altiplano, mientras que él lo hizo por la Precordillera y la Sierra peruana. En ese trayecto, que terminó en el golfo de Guayaquil, se dio al paisaje su carácter actual y se le pobló con los pueblos creados.

Viracocha volvía a cerciorarse si se estaban cumpliendo sus mandamientos, y cuando constataba resistencia a hacerlo, castigaba a los infractores. Al realizar estas inspecciones se presentaba como mendicante harapiento, con tupida barba y de edad avanzada. Debido a ello, la gente se burlaba de él y no lo tomaba en serio. Los castigos que imponía a los malos eran, sin embargo, terribles: hacía llover fuego del cielo, desencadenaba grandes tempestades eléctricas y provocaba enormes inundaciones. Sólo los buenos se salvaban en esas catástrofes.

Los tres creadores del ambiente natural y de los pueblos se reunieron finalmente en la costa de Tumbes, a orillas del golfo de Guayaquil. Allí se despidió de sus acompañantes, pero Viracocha les pronosticó que regresaría a fin de cerciorarse si estaban cumpliendo sus mandamientos o no. Luego salió al mar, caminando sobre las olas, y desapareció finalmente con sus dos compañeros en el horizonte boreal. Así se explica su nombre, que proviene (en la lengua quechua) de vira, espuma y cocha, mar: El-que-anda-como-la-espuma-sobre-el-mar.

Muchos años después de haber ocurrido todo esto, desembarcaron en Tumbes hombros barbudos, que provenían justamente de la dirección en que Viracocha había desaparecido y eran, también, de tez blanca, como él. Los indios del Perú los consideraron por eso como dioses y los llamaron viracochas. Y cuando Michimalonco atacó Santiago del Nuevo Extremo con diez mil guerreros mapuches y fue vencido por 54 españoles y algunas centenas de yanaconas peruanos, sus propios indios explicaron a los españoles —como informa Vivar, quien fue testigo ocular de lo ocurrido— que habían huido tan llenos de temor "porque un Viracocha viejo en un caballo blanco, vestido de plata y con una espada en la mano, los atemorizaba". Los españoles sostuvieron que ese Viracocha fue el apóstol Santiago.

27. LA NOSTALGIA DE SAN PEDRO DE ESQUINA

Cuando se camina desde Codpa a Esquina, se cruzan las planicies de Callumpampa (lo que en aymará significa Pampa del Ganado) y Tantasahua (en quechua: unión matrimonial), esta última poblada de quiscos columnares enormes, y finalmente se llega a la roca de Campanani ("campana" es palabra castellana; "ni" significa lugar en aymará). Si se la golpea, suena, en efecto, cual una campana. Luego se baja al valle de Camarones por un sendero labrado en el barranco. Es éste de formas fantásticas, que evocan castillos, catedrales y gigantes. Han sido esculpidas en la roca gris porosa por las avenidas que han bajado durante milenios en veranos lluviosos desde el Altiplano.

La fantasía popular ha poblado ese sendero a través de aquellos seres que parecen extramundanos de una figura que es como una encarnación de ellos: el Padre Inune, sacerdote que, vestido de sotana y con el breviario en la mano, aparece repentinamente sobre una elevada peña al borde del camino y espanta a los viajeros. Se ignora la causa por la cual fue encantado, pero muchos han sido sorprendidos, sobre todo a avanzadas horas, por su repentino aparecimiento.

Finalmente, al pasar frente a un cerro de escasa altura, se llega de repente al pueblo. La frescura de sus verdes y apacibles campos, el agua cristalina del río —desgraciadamente salobre y que, por tanto, limita los cultivos— que corre sobre rocas lisas y azulosas, la plaza risueña, las pulcras viviendas con alguna arboleda, que ostentan bienestar de tiempos pasados: todo, en fin, parece confirmar el nombre aymará del pueblo, pues Hisquiña significa hermosísimo, excelso. Y, en efecto, tan feliz era antaño el pueblo, que tenía cura propio, y tres de sus párrocos se encuentran enterrados en el cementerio del lugar.

Fiesta principal era la del apóstol Santiago, que dicen que duraba un mes cabal. Concurrían a ella vecinos de todos los pueblos andinos cercanos, sobre todo del valle mismo, pero también de Codpa y del Altiplano.

Pero la riqueza engendra la lujuria, la envidia, la avaricia, la blasfemia y, en fin, todos los pecados mortales. Y cuando se celebró la fiesta del apóstol en 1907, el demonio parece haber andado suelto por las calles de Esquina, pues un venerable sacerdote, el cura párroco de Codpa, don Juan Mariano Indacochea Zevallos, que concurrió a ella, echó sobre el pueblo un anatema, anunciando que pronto sería desolado. Y, en verdad, desde entonces Esquina se ha ido despoblando.

Había en la iglesia, fuera de las imágenes de Santiago, San Pedro —que es su patrón— y Santa Ana, una custodia de gran tamaño y de plata fina, excelentemente trabajada. Pues bien, el juez del distrito, individuo ávido de dinero, que estaba a cargo del tesoro del templo, vendió esa preciosa joya, orgullo de todos los feligreses, por el año 1920 a un "turco" de Codpa. Al enterarse el pueblo de la pérdida y reclamar la devolución de la custodia, ya era tarde, pues el mercader la había revendido en Arica. Comenzó a cumplirse así el anatema del cura Indacochea, pero los malhechores no escaparon a su castigo: aquel mal juez murió en plena juventud, y le siguieron a la tumba a corto plazo su esposa y dos Mijitos. Al comprador de la joya se le prohibió permanecer en Codpa, pero lo hizo ocultamente: fue descubierto en su escondite, arrastrado a un despoblado y muerto sin piedad, quedando el cadáver insepulto.

No puede extrañar que tanta maldad y la decadencia del pueblo afectara la sensibilidad de San Pedro, eximio guardián de la Iglesia y patrón del pueblo. Se le había llevado a Esquina desde el valle de Codpa, donde ocupaba su sitio en una capilla modesta y mantenida por gente sencilla y buena. No se conocía allá la exuberancia del valle de Camarones, pero el agua, aunque escasa, al menos era dulce. El nombre del valle —de corpa, lo que en quechua significa albergue— caracterizaba su espíritu acogedor.

Pues bien, hastiado por tanta desgracia, San Pedro bajó una noche de su pedestal en la iglesia, abrió su puerta, cruzó la plaza y se encaminó a la roca de Campanani, sobre el sendero a Codpa.

Lo divisó, sin embargo, un vecino que regresaba a deshora al pueblo desde su chacra. Alarmó a la población. No le querían creer en un principio, pero él los guió por el sendero. Tuvieron que apurarse, pues el Santo avanzaba a grandes trancos. Finalmente, ya al llegar a la roca, lo alcanzaron.

No quería desistirse de regresar a su antiguo caserío, y fue necesario que todos le prometieron cambiar la mala vida que llevaban, para que volviera a colocarse en la iglesia.

28. LOS DERROTOS DEL CERRO DEL MARQUES

Al contemplar la cordillera andina desde las pampas vecinas a los ríos Vitor y Codpa, se destaca en el horizonte un macizo bien definido, de casi 5.000 m. de altitud, antepuesto a los demás gigantes del Altiplano: es el cerro del Marqués, único que lleva un nombre español en aquellas cordilleras.

Fue bautizado así por don Pedro Pizarro, sobrino del conquistador del Perú, el marqués don Francisco Pizarro. Lo llevó éste al país de los incas, a Tahuantinsuyo, cuando era todavía un adolescente, y lo ocupó en su corte como paje. Más tarde, don Pedro obtuvo la encomienda de Tarapacá y trabajó las minas argentíferas de Huantajaya. Esa misma encomienda —y también esa mina— habían sido concedidas anteriormente a Lucas Martínez Vegaso, quien ayudó a don Pedro de Valdivia, en calidad de socio, a financiar la conquista de Chile. Don Pedro, en agradecimiento de su tío, puso a aquel cerro su nombre, conservado hasta la actualidad. Más tarde, ya avanzado de edad, don Pedro Pizarro escribió una de las mejores y más amenas obras sobre su tiempo: "La conquista del Perú".

El genio popular ha tejido numerosas leyendas en torno á aquella solitaria cumbre, y muchas de ellas están vinculadas con la búsqueda de tesoros y minas, constituyendo derroteros que señalan, en forma generalmente poco precisa, cómo se puede llegar a redescubrirlos. Don Luis Urzúa, en su libro "Arica, Puerta Nueva", ha reunido muchas de ellas, que es interesante conocer.

En Timarchaca, estancia situada al nororiente del cerro, en la quebrada de Camiña, que es tributaria de la de Ticnámbar, se le habló de "riquezas legendarias, pero de fama espantable, por ser el cerro guarida de fieras y hasta morada de Satanás, que tiene allá sus dominios desde tiempos inmemoriales y que ha realizado muchas diabluras, que pintan el terror en el rostro hasta de los más valientes". Agregóse que el cerro de manera alguna formaba una masa compacta, como cual se presentaba mirado desde las tierras bajas, sino que se trataba de una cadena de diferentes alturas separadas por hondonadas y valles, cuyo perímetro era difícil recorrer a caballo en dos (días. Las vertientes que nacen en sus flancos alimentan pastales y bofedales, y en ellos se alimentan guanacos, vicuñas y asnos salvajes, que son perseguidos por pumas y cóndores. Además, es uno de los pocos parajes en que todavía se encuentra la chinchilla real, que es la del mejor pelaje. La roca de que consta el macizo tiene un colorido metálico y luce cambiantes matices.

Uno de los vecinos de Timarchaca sostuvo que el demonio mantenía ocultos los tesoros de oro y plata existentes en cuevas del cerro, que sólo estaría dispuesto a entregar si se le suministraban en trueque por ellos 50 esclavos de pelo rubio y 50 negros.

Otro pastor informó que en 1924 se le encargó recolectar ichu (coirón) para reparar el techo de la capilla de Timarchaca. Como sabía que esa mata crece abundantemente en el cerro, propuso a algunos amigos que lo acompañaran a buscar el material. Algunos se opusieron, sin embargo, alegando que el ichu obtenido allá estaba sujeto a maleficio, por lo cual no convenía emplearlo para cubrir con él un templo. Los convenció, finalmente, que lo acompañaran, y unos veinte hombres acamparon en la falda del macizo para cumplir al día siguiente su

cometido. A las nueve de la noche, cuando ya todos dormían, sintió repentinamente en su alma una fuerza irresistible que lo impulsaba a trepar la altura: tan poderosa era, que creía perder la razón. Como sus compañeros dormían profundamente, y no le fue posible despertarlos, la única salvación del hechizo que actuaba en él consistió en que se amarrara a un arbusto de tola, con la piola que llevaba para sujetar la paja. Así pasó toda la noche con la mente afiebrada, cual nuevo Ulises al navegar frente a las islas de las sirenas. Al día siguiente cortaron abundante paja brava, pero el encantamiento de que fue víctima todavía sigue actuando en él hasta el día de hoy, pues le impide conciliar el sueño hasta avanzadas horas de la noche. Por aquel tiempo el pastor José Catacora había enviado a su mujer a la falda austral del cerro con el rebaño de llamas y alpacas. En ella se abre en horas malas la montaña y deja al descubierto una bocamina, al interior de la cual se divisa un acopio de metales preciosos y herramientas y enseres personales de los mineros. Aquella mujer tuvo la suerte de dar con ella, y se apresuró a comunicarlo a su marido. Este se encontraba en compañía de un francisco (así llaman en Arica a los negros), compadre suyo, y ambos se apresuraron a visitar la mina. En efecto, entraron por la boca en una amplia sala que les pareció un castillo encantado de los cuentos de "Las Mil y Una Noches", lleno de fabulosos tesoros: era cuestión de entrar con las mulas, cargarlas de oro, plata y piedras preciosas y ser inmensamente rico. Como carecían de medios de transporte, cargaron cada cual una barra de plata y se fueron a Arica, donde las vendieron por buen dinero. Ocurrió, sin embargo, que el francisco falleciera a los pocos días en Azapa y que el propio Catacora fuera ultimado en una riña. Su mujer murió igualmente al corto tiempo en Cobija. Muchos, que han sabido de este hallazgo, han tratado de llegar a esa fabulosa mina, pero todas sus tentativas han sido hasta ahora vanas. Puede que alguno de los lectores de este relato tenga mejor suerte.

Debe tener presente, sin embargo, que es muy peligroso acercarse al cerro del Marqués. No sólo existen los peligros ya señalados, sino que reina allá arriba una puna muy fuerte, lo que se atribuye a las exhalaciones metalíferas que se manifiestan en sus contornos.

Entre los muchos sucesos trágicos conviene recordar también el desaparecimiento de la familia de don Bonifacio Mamani, quien se fue desde Isluga, situado al poniente del salar de Coipasa, a la montaña encantada, donde se radicó en su faldeo con su rebaño de auquénidos y su familia, dedicándose al mismo tiempo al cateo de minas, como todos los pastores del norte chileno. En 1939 fue encontrada ahorcada su mujer y un niño, sin que se hubiera llegado a saber jamás quién cometió el crimen. Pero lo más curioso es que el padre y los tres hijos sobrevivientes desaparecieron un buen día con su rebaño, sin que jamás se volviera a tener noticia de ellos.

También los pumas representan un serio peligro. En los últimos años, su número ha aumentado mucho. Tienen sus refugios entre las rocas más inaccesibles. Hace no mucho tiempo, la señora de don Benedicto Llave buscaba, por ejemplo una llama que se le había extraviado y se internó en uno de esos roqueños: muy pronto dio con un león que estaba devorando su animal. La buena señora tuvo, al menos, suficiente presencia de ánimo para encender el ichu, y el fuego y humo espantaron al carnicero.

No menos peligrosas son también las tempestades eléctricas, que ocurren casi diariamente en el verano y son de larga duración. Los rayos caen con gran frecuencia. Ya antes que los pastores se hicieran cristianos, colocaban cruces sobre sus cabañas, para impedir ser víctimas de ellos. Pero en febrero de 1953 don Benedicto Mamani fue alcanzado por uno en campo descubierto, muriendo instantáneamente.

En parte, estas leyendas tienen su origen en que, efectivamente, en tiempos antiguos se han trabajado minas en el cerro del Marqués, como lo comprueban algunas bocaminas, desmontes y restos de trapiches y buitrones (hornos de fundición) y en que, por muchos esfuerzos que se hayan realizado, no ha sido posible redescubrir alguna mina explotable.

El nombre primitivo de esa montaña debe haber sido Tímar, topónimo aymará que está, precisamente, vinculado con las leyendas relatadas, pues proviene de tiy (cueva) e ima (escondida). Se ha conservado en el nombre del caserío de Tímarchaca, situado a casi 4.000 m. de altitud, que le agrega huesos (chaca) a la Cueva Escondida.

No obstante tratarse de uno de los lugares más bravíos del Altiplano, de situación muy aislada, tiene su santuario, que está dedicado a la Virgen de los Remedios, cuya fiesta, celebrada el 21 de noviembre, reúne algunas centenas de peregrinos que concurren, en gran parte, desde apreciables distancias.

La iglesia conserva un milagro, que es un pequeño relicario de vidrio guardado en el pecho de la imagen de la Virgen. Su leyenda es similar a la del origen del santuario de la Virgen de las Peñas, de acuerdo con una de las cuatro tradiciones que lo explican allá: un pastor divisó una paloma, que voló desde una vertiente a un punto no muy lejano. Procuró capturarla. El ave dio algunos saltos y cayó en sus manos, pero en ese mismo instante se transformó en una pequeña placa que ostenta la imagen de la Virgen. Esto habría ocurrido en 1857, y desde entonces existe el santuario. La iglesia actual fue construida en 1877.

Cabe recordar otro lugar vecino que queda a pocos kilómetros al norte de Tímarchaca, sobre la orilla boreal de la quebrada de Ticnámar, a 6 kms. al sureste de la aldea homónima. Trátase de un cerro de forma cónica y cima truncada que forma una meseta muy regular, cuya altitud es de cerca de 3.750 m. Lleva el extraño nombre de Tangani Viracocha.

Pues bien, Tangani significa en aymará dar medida colmada, o sea, buena ventura y felicidad, y Viracocha es la figura de la religión de Tiahuanaco, el Emisario de Ticci o Ser Supremo. No cabe duda, pues, que sobre el cerro existía un santuario pagano, lo que confirma la arqueología. La meseta constituye una capa riolítica (que es un derrame de lava), sobre la que se han construido pircas circulares u ovaladas de 3 por 3 o 2 por 3 m. de superficie y 1,20 m. de altura. En ellas hay restos de fogatas y se encuentran fragmentos de cerámica unicolor y policromada. Eran, pues, viviendas, lo que queda también evidenciado por haber estado cubiertas por lajas y tener una entrada en la parte inferior.

La superficie de la explanada es de unas 6 hectáreas. Sólo una parte de ella es ocupada por las viviendas. El resto aparenta un pedregal que consiste en piedras ovaladas o redondas, seguramente galgas, o sea, proyectiles destinados a ser rodados falda abajo en caso de un ataque. Al centro se encuentra un recinto circular amplio y despojado de piedras, y hay una gran zanja que termina en el

borde oriental de la meseta, la que queda a unos 200 m. sobre el valle del río Ticnámbar.

Estas ruinas —informa don Luis Urzúa— "parecen inspirar todavía un temor silencioso a los habitantes de la región. No las mencionan jamás y, al interrogárseles, sólo se consiguen respuestas monosilábicas. Para explicar la destrucción que se manifiesta en Tangani han inventado la leyenda de que estuvo habitado en una época en que aún no brillaba el sol y alumbraba únicamente la luna sobre la tierra. Previendo la salida del astro rey, que alguna vez había de acontecer, construyeron sus casas con las puertas hacia arriba, porque conjeturaban que surgiría de las tenebrosas profundidades. Como no ocurrió así, murieron todos cegados por su flamante luz".

Al parecer se trata de una pucará o fortaleza que levantaron los collas, o sea, los pobladores del Altiplano, cuando realizaron la conquista del territorio de la precordillera, que antes pertenecía a los atacamas. En ella se encontraba al mismo tiempo un templo de Viracocha. Más tarde, los incas, al conquistar, por su parte, el Collao, destruyeron esa pucará.

No es imposible que la tradición que se ha conservado en la región corresponda a la realidad. Posiblemente, la religión de los atacamas era lunar y fue reemplazada más tarde por la solar, vinculada ésta con el culto de Viracocha. Más abajo, en el mismo valle de Ticnámbar, a 5 kms. de esta aldea, existen las ruinas de otra pucará similar: la de Charcollo.

29. LA MALDAD DEL CABALLERO RUBIO

Umagata, lugar situado a unos 65 kms. aguas arriba de Arica, en el cajón del río Azapa, era antiguamente un pueblo floreciente, con gobernador y cura. Su nombre así lo testimonia todavía, pues proviene de urna (agua) y acata (por ahí), palabras de la lengua aymará que indican que normalmente corría agua en la quebrada, lo que ya no ocurre. Hoy día sólo ocasionalmente, en veranos con grandes precipitaciones en la Cordillera Central, el líquido vivificante alcanza hasta allá, de modo que ya nadie habita la comarca, y los campos son cultivados raras veces por los vecinos de Livílcar. Las ruinas del antiguo pueblo son frecuentadas ahora únicamente por los romeros que se dirigen a principios de octubre de cada año al santuario de la Virgen de las Peñas, situado a 6 kms. más arriba, en el mismo valle.

Sabemos, afortunadamente, a qué se debe la perdición del antiguo esplendor del pueblo.

Vivía allá un campesino llamado Francisco Choque, casado con una hermosa mujer. Había llevado antes del matrimonio la misma vida modesta y sencilla de todos los vecinos, pero en seguida comenzó a enriquecerse repentinamente, lo que le permitió comprar más y más tierras en el valle.

Al mismo tiempo llevaba una vida desordenada e invitaba a sus amigos a participar en borracheras que se transformaban en verdaderas orgías. Quienes habían vendido sus tierras a Choque eran instigados por la mujer de éste a derrochar en ellas el dinero obtenido, y ella era la "reina" en aquellos bacanales.

Llegaron los días de la Semana Santa, que todo buen cristiano celebra con gran recogimiento, mas no aquellos malvados. Casi toda la villa participó en bailes y libaciones. La mujer de Choque propuso, en la culminación de la tumultuosa fiesta, que todos fueran a invitar al cura párroco del pueblo, de apellido Bayas, digno y respetable presbítero, de avanzada edad, a participar en ella. Contra su voluntad, casi empujándolo, lo llevaron al sitio de las diversiones, donde se burlaron de él. haciendo mofa de los oficios litúrgicos de aquella semana. El cura logró librarse, sin embargo, de esas vejaciones, se dirigió al templo, donde se colocó sus sagrados ornamentos y, tomando su breviario, regresó al sitio de la orgía.

Espantados, los danzantes se detuvieron repentinamente y guardaron el más absoluto silencio. El sacerdote profirió entonces una maldición sobre el pueblo y los causantes de la afrenta a Dios y al párroco, que estaban cometiendo. En seguida regresó lentamente, lleno de dignidad, al templo.

La concurrencia se disgregó silenciosamente, y todos sentían el peso de la culpa imperdonable en que habían incurrido. Atemorizados, algunos comenzaron a indagar la causa de sus desvaríos, y pronto un pastor, compadre de Choque, pudo informarles que había visto frecuentemente bajar por una quebradilla desde el norte del valle, ya entrada la noche, un caballero rubio que montaba un hermoso corcel y que se juntaba en un matorral de yaros con su esposa.

Choque se enteró de esta manera, de inmediato, del origen del dinero que le entregaba su mujer y que constituía la causa de su riqueza. Lleno de ira y dispuesto a vengarse del ultraje que le hacía aquel caballero rubio, siguió al anochecer los pasos de su esposa, ocultándose entre los arbustos. Todavía no

estaba completamente convencido de la realidad de la afrenta que lo deshonraba; pero, efectivamente, poco más tarde, ya caída la noche, bajó el caballero rubio por la quebrada, y pronto pudo ver cómo abrazaba a su mujer. Saltó entonces de su escondite y se precipitó sobre la pareja, gritando: —Jesús, ¡era cierto!

Al invocar al Salvador, el malvado desapareció como por encanto, y su esposa reventó, esparciendo una insoportable fetidez. Para ocultar su deshonra, juntó leña y quemó los restos de la infeliz. No se atrevió a dar cuenta de lo sucedido al cura Bayas, sino que se dirigió al de Codpa, a quien confesó lo ocurrido. Pero aun así, debido a que evidentemente Satanás había ocasionado toda esa desgracia, tampoco aquel sacerdote permitió que la mala mujer fuera inhumada en tierra sagrada. Choque se vio en la necesidad de enterrarla cerca de la entrada del templo de Umagata, dedicado al apóstol Santiago.

Desde entonces comenzó a realizarse la maldición del cura Bayas: el río dejó de correr hasta los campos del pueblo, y éstos se fueron secando, como también los árboles frutales: los pastales crecieron cada vez más ralos y mustios, de modo que ya no era posible mantener el ganado; los vecinos abandonaron el desdichado lugar; las casas se transformaron pronto en ruinas, y también el templo quedó asolado: sólo la estatua del apóstol Santiago permaneció de pie en él, y los peregrinos que se dirigen al santuario de la Virgen de las Peñas rezan allá hasta el día de hoy una oración y dejan una dádiva, recordando la maldad de quienes ocasionaron esta ruina. A corto plazo murieron todos quienes habían ofendido tan gravemente al Señor.

El maleficio seguía produciendo sus estragos durante largo tiempo, pues todos los días amanecía abierta la tumba de la mala mujer frente a la Iglesia, y hubo que echarle tierra para cubrirla. Finalmente, sin embargo, bajó por la quebrada en un verano lluvioso un gran aluvión que completó la devastación del pueblo, pues pasó por encima de él, arrastrando consigo, al parecer, los despojos de la desgraciada mujer, pues desde entonces su tumba no ha vuelto a abrirse.

Cabe agregar que la aparición del diablo en forma de un caballero rubio ocurrió en Cachamica, a escasa distancia aguas abajo de Umagata. Había allá un tambo en que el chasqui (correo) que recorría el valle en tiempo de los incas se refrescaba, pues el topónimo proviene de la lengua aymará, en que chaca equivale a chasqui, ami a provisión y ca, a chuño.

30. LA VIRGEN DE LAS PEÑAS

Posiblemente, el santuario de la Virgen de las Peñas es uno de los de más trabajoso acceso. Ella misma así lo ordenó. Se encuentra a 71 kilómetros al interior de Arica sobre la orilla austral del río Azapa, en el cajón formado por éste, que tiene sólo una cuadra de ancho y barrancos de una altura de mil metros. Por la caja del río, el sendero termina a 20 kms. antes de alcanzarse el templo, teniendo que recorrerse esa distancia en bestia o a pie, pisando piedras y candente arena. Continuando por el mismo valle hacia arriba, se llega a los 8 kms. a Livilcar, a 1.900 m. de altitud, desde donde se prolonga el sendero a los oasis de la Precordillera de Arica, desde Putre hasta licnámbar, y —cruzando la Cordillera Central por portezuelos de una altitud cercana a los 5.000 m.— al Altiplano. A más de 30 kms. al sur queda Codpa, siendo todo el trayecto desierto absoluto. Normalmente, el río Azapa sólo conduce agua hasta Livilcar, que es un oasis en que riegan unas 50 hectáreas. Por otra parte, cuando se presentan veranos lluviosos en la Cordillera Central, bajan hasta el mar avenidas que a veces penetran por las ventanas en la iglesia y arrasan con cuanto se les opone.

No obstante, el primer domingo de octubre suele reunir unos 7-000 peregrinos o noveneros en el santuario, que provienen de las ciudades de Tacna y Arica, de Codpa, de la Precordillera y del Altiplano, llegando también algunos desde Bolivia y Argentina.

Como en toda la región, la fiesta que se celebra consiste principalmente en bailes que compañías de danzantes ofrecen a la Virgen en una plazuela situada frente al templo. Se realizan por compañías de unos 30 miembros y dirigidas por un caporal, cada cual en sus trajes típicos, y que ejecutan bailes característicos acompañados por música de instrumentos de bronce, matracas, zamponas, tambores y bombos; algunos tocan pusas (flautas indígenas). Los bailarines son, en parte, verdaderos acróbatas. Cada compañía ensaya los bailes durante todo el año y constituye una cofradía sujeta a determinadas reglas. Son, sin embargo, organizaciones independientes de la Iglesia.

La ofrenda principal son los bailes mismos, que son de larga duración y requieren un gran esfuerzo físico. Tres veces al día (al alba, después del almuerzo y en la noche) se saluda a la Virgen, entrando la compañía en el templo con una marcha, avanzando con pasos cortos y movimientos del cuerpo y recitando estos versos:

Buenos días tengáis, Madre,
Hija del Eterno Padre.
Saludemos, compañeros,
A la Virgen de las Peñas.
Oye, Madre, nuestro ruego,
Atiéndonos compasiva.
Bajo el poder de tu amparo
Tu clemencia nos redima.

Las danzas comienzan antes de las 5 de la madrugada y se prolongan hasta la medianoche. Los bailes nocturnos, acompañados por fuegos artificiales, son especialmente impresionantes. Una característica de las compañías consiste en

que ellas inventan constantemente nuevos trajes y bailes, de modo que no constituyen una tradición anquilosada.

El lugar del santuario carece totalmente de recursos, y a mayor parte de los romeros se alojan en campamentos improvisados al aire libre. Hay, sin embargo, dos estrechas callejuelas de unos 150 m. de longitud, que conducen al templo, con alojamientos. Terminada la fiesta, vive en el lugar solamente un cuidador.

La iglesia, orientada de norte a sur, consta de tres naves y mide 18 m. de largo. Está provista de dos torreones y corresponde a la arquitectura típica barroca de la región: pero data sólo de 1910, pues la anterior fue destruida por un incendio. Al fondo se extiende hasta la roca del barranco, en la que ha sido esculpida la imagen de la Virgen del Rosario, que representa una doncella de 14 años, bien formada hasta las rodillas, bastante saliente del muro y de hermoso rostro y delicada figura. luce los más variados atavíos y alhajas.

Si el sitio aislado y de difícil acceso en que se encuentra este santuario llama poderosamente la atención, nuestra admiración aumentará al preguntar a qué se debe su origen. Pues, en vez de recibir una contestación, obtendremos cuatro. Y, todavía más, cuatro explicaciones que son todas plausibles y encantadoras, pero que se contradicen en absoluto. Por mucho que nos esforcemos por comprender ese misterio, la única explicación será finalmente que el genio popular es exuberante en la creación de leyendas.

Pero veamos qué nos dicen las cuatro versiones referentes a su origen.

a. Un arriero Invoca a la Virgen

Dícese que en 1642 un arriero remontó el accidentado valle de Azapa. Al pasar por Umagata, lugar situado a unos 6 kms. del santuario, al que se refiere la leyenda anterior, incluida en esta selección, pasó a rezar una breve oración en el templo del apóstol Santiago —que todavía se encontraba en funciones—, y donde era de rigor depositar algunos reales para sus gastos, y prosiguió su marcha.

Desencadenóse uno de aquellos intempestivos y furiosos temporales de verano, y el estrecho cajón del río retumbaba espantosamente con los truenos. La profunda quebrada estaba casi a oscuras debido a los espesos nubarrones que cubrían el cielo, pero los rayos la iluminaban repentinamente con su resplandor. Al llegar a la angostura ocupada ahora por la iglesia, uno de esos rayos alumbró una espeluznante escena: una pastorcilla era atacada por una serpiente de gran tamaño, como todavía las hay en aquel cajón. El arriero se apresuró a bajar de su mula y corrió a ayudarla. En ese momento, otro rayo bajó por el tajo del cajón y mató tanto a la pastorcilla como a la víbora, y luego le siguieron otros relámpagos, uno tras otro.

El arriero, preso de pánico, se arrodilló e invocó a la Virgen, pidiéndole la protección. Una voz le contestó desde la pared del barranco, diciéndole que no tuviera temor alguno. No comprendió de dónde se le hablaba, pero otro rayo iluminó el sitio, y pudo reconocer la imagen sagrada, petrificada en aquella pared, así como ahora se la contempla.

Llegado a Livilcar, el arriero propagó la noticia de lo que le había ocurrido y la aparición de la Virgen, y desde entonces comenzaron las romerías a aquel lugar, que pronto fue dotado de un templo.

b. La Virgen huida de Carangas

En Carangas, esto es, a unos 35 kms. al oriente del salar de Suriri, en Bolivia, se celebraba hace muchos años la fiesta de la Virgen del Rosario. El alférez, que estaba a cargo de ella y la costeaba, era pobre, pero cumplió con sus obligaciones tan bien como se lo permitían sus recursos. Un rico, sin embargo, se mofó de su pobreza y se ofreció para desempeñar el cargo de alférez al año siguiente.

Así se hizo, y resultó una fiesta en que se disponía pródigamente de todo: de bebidas, meriendas, fuegos artificiales, iluminaciones, en fin, donde nada faltaba. Y el rico volvió a vanagloriarse ante el pobre, destacando sus méritos.

Ostensiblemente, tal actitud disgustó a la Virgen, pues en la Iglesia, arreglada con gran acopio de abigarrados adornos de papel, estalló un incendio, y su sagrada imagen desapareció.

Poco después, algunos pastores que llegaban rezagados a la fiesta, se encontraron en el camino con una señora, cuyo rostro les pareció conocido, pero que no pudieron identificar de inmediato. Le preguntaron por qué se alejaba con tanta premura de Carangas, donde se estaba celebrando una fiesta tan linda. Mostró un semblante triste, y les dijo: —Voy a otro lugar, donde he de ser venerada en forma más digna.

Les sorprendió la contestación, pero antes que pudieran pedirle que les explicara el enigma, al mirar hacia atrás, vieron que aquella señora se transformó en una paloma, que se alejó rápidamente con rumbo al noroeste, hacia Arica.

Había en aquel tiempo en Umagata un gobernador de mal corazón y descreído. Cuando se le enfermó su esposa, en vez de pedir auxilio a la Virgen, se dirigió a un curandero, pero éste no le salvó la vida, pues pronto falleció. Un brujo acusó ante el gobernador al curandero de la desgracia que había sufrido, y éste fue condenado a morir en la hoguera. El inhumano funcionario lo obligó a recoger él mismo la leña para su suplicio.

Estaba justamente ocupado en reunir ese combustible, cuando divisó en el cielo una hermosísima paloma. Quiso derribarla de una pedrada para llevársela al gobernador y lograr con ese presente su clemencia. Estaba juntando la leña justamente en el lugar del santuario, cortando ramas de yaros, que encienden muy bien, tal como se lo había ordenado el gobernador. No pudo alcanzar la paloma, pues ésta desapareció en una nubecilla, y tan pronto ésta se disipó, el curandero contempló, arrebatado, la imagen de la Virgen María sobre una peña, y su asombro fue en aumento, cuando ella le dijo:

—Quiero que se me honre en este lugar: los peregrinos llegarán acá con grandes sacrificios y en tan considerable número que apenas tendrán cabida en este sitio.

En el curandero renació, gracias a este milagro, la esperanza de vida, y corrió a informar al gobernador acerca de lo ocurrido. Preso de ira, éste le replicó que lo quemaría vivo y de inmediato si había mentido. Se dirigió al sitio en que había aparecido la Virgen de las Peñas, y con verdadero espanto y terror reconoció su inhumano proceder: pidió al curandero le perdonara la ofensa que le había infligido y cambió realmente de conducta, transformándose ante la aparición de la Virgen en un ser humano consciente de sus deberes. Fue él, precisamente,

quien patrocinó las primeras romerías al santuario, costeando las fiestas con gran liberalidad.

La noticia del milagro llegó al conocimiento de los frailes franciscanos que mantenían en aquel tiempo un convento en Codpa. Se dirigieron al sitio en que se encontraba la imagen, y aunque ellos mismos eran fervientes discípulos del *poverello* de Asís, que nos enseñó a ser humildes y sufridos, les pareció que el lugar en que se hallaba era demasiado solitario y alejado de todas las vías de comunicaciones. Por eso intentaron desprender la imagen de la roca a fin de colocarla en un paraje más accesible. Pero por mucho empeño que hicieran y por muy capaces que fueran los picapedreros que contrataron para que, a fuerza de sus cinceles, separaran la roca con la figura, les fue imposible penetrar en la dura roca, que resistió a todos sus empeños.

Fatigado por los esfuerzos del día, el guardián que dirigía los trabajos experimentó agudísimos dolores en la noche, que le impidieron conciliar el sueño. Y mientras velaba, una voz le susurró misteriosamente al oído:

—¿Sufres mucho? Yo también siento en el alma los golpes que ustedes me dan. No quiero abandonar este lugar. Quienes deseen venerarme, deben hacer grandes sacrificios.

Al día siguiente, el padre guardián ordenó suspender las labores.

Entre tanto, la desaparición de la Virgen desde Carangas había provocado gran revuelo, y los vecinos acordaron realizar una intensiva búsqueda, a fin de lograr su regreso. Una familia muy creyente del pueblo se dirigió por el salar de Coipasa a los oasis de la Precordillera de Tarapacá en busca de ella. En Mamiña fue informada que se habían recibido noticias de su aparición mucho más al norte. El sendero, antiguo Camino del Inca, se dirige allá al pie de la Precordillera, donde todavía hay aguadas, hacia el norte, y por él llegaron al valle de Quere, cerca de Belén, a unos 30 kms. al noreste del santuario, donde todavía existe la ruina de la vivienda que ocuparon. Allí se les informó de la aparición de la Virgen de Livilcar.

De inmediato se dirigieron a ese sitio y quedaron gratamente sorprendidos al constatar que la imagen correspondía exactamente a la huida desde Carangas. Como se les informó al mismo tiempo del infructuoso intento realizado por los franciscanos para separar la escultura de las peñas, tuvieron que conformarse con venerarla en su sitio actual, pues les pareció imposible inducirla a regresar a su pueblo natal. Agrégase a esta información que la aparición de la Virgen ocurrió cuando en Umagata vivía un párroco de apellido Bayas, acerca del cual ya se informó anteriormente.

c. La Virgen como pastora

Después de la guerra de la independencia, cuando Arica pertenecía al Perú, Umagata era cabecera de un partido y tenía un gobernador. En aquel tiempo, el valle de Azapa era mucho más húmedo que ahora, y los cultivos y pastales se extendían sin interrupción hasta Livilcar. Donde más tarde apareció la Virgen había un estanque, que se llenaba con agua que exhalaban las peñas. Había en aquel tiempo mucha prosperidad, y los campesinos no tenían que sufrir las consecuencias de la sequía actual, que apenas les permite mantenerse en medio de un árido y cruel desierto.

En el lugar del santuario crecía entonces suficiente pasto para poder mantener los ovejunos de los vecinos de Livílcar. El rebaño estaba a cargo de una anciana pastora, muy cumplidora de sus deberes, pero al mismo tiempo muy temerosa. Los niños —que conocían esa debilidad— se complacían en relatarle "apariciones diabólicas" en los contornos del bebedero de Las Peñas. Y la veterana se apresuraba siempre a regresar oportunamente, a fin de no ser sorprendida en tan funesto sitio por la noche.

Ocurrió, sin embargo, que un buen día los vecinos de Livílcar estaban celebrando una fiesta con sus inevitables libaciones. Despertaron tarde y con los cuerpos descompuestos, de modo que el rebaño para la pastora sólo pudo reunirse ya entrada la tarde. Y, como consecuencia de ello, la anciana llegó con sus ovejas al desfiladero del santuario cuando las sombras de la noche ya llenaban la quebrada. Para colmar su desgracia, se desató una de esas tempestades eléctricas tan frecuentes —casi diarias— en la Precordillera y el Altiplano durante el verano.

Para salvarse de los fantasmas que la buena mujer veía por todas partes, ella fustigó a su rebaño, ansiosa de llegar hasta Umagata. Pero tanto por sus gritos como por los relámpagos y truenos, el hato se dispersó, y las ovejas comenzaron a trepar por las laderas, buscando refugio. La pobre mujer, exasperada y temblando, gritaba a todo pulmón:

—¿Y a qué hora llegaré a Umagata? ¡Las fieras me devorarán aquí! ¿Y dónde dormiré?

A todo esto contestó a través de la obscuridad una voz:

—No tengas miedo, hija mía, que yo te acompañaré.

La voz la espantó aún más que los "fantasmas", pues no podía comprender de donde provenía. Y cuando vio repentinamente, con claridad igual a la del sol, una pequeña figura femenina, del tamaño de una muñeca, sobre una gran roca, estalló en llantos que se mezclaban con el espantoso ruido de los truenos.

La Virgen, sin embargo, le insistió: le manifestó que para calmarla se le había acercado, brindándole su protección, y que regresara a Livílcar, para dar cuenta allá de su aparición, a fin de que le levantaran un santuario de penitencia y no de comodidades, que fuera un templo humilde consagrado a la Virgen del Rosario.

La pastora le replicó que no podía separarse de su rebaño, pues era su deber preocuparse de cada una de sus ovejas, pero la Virgen le contestó:

—Yo cuidaré tus ovejas hasta que regreses: cumple confiadamente el encargo que te he encomendado.

Al abrir el día, la anciana llegó a Livílcar, donde todos se extrañaron que hubiera regresado tan pronto, y todavía sin el rebaño. Ella cumplió entonces el encargo de la Virgen, pero le costó mucha elocuencia convencer a aquellos campesinos de la veracidad de su misión, y los más reacios le pidieron que los condujera al lugar de la aparición. Durante la marcha no dejaban de burlarse de la pastora, a quien habían intimidado a menudo con sus cuentos de los fantasmas que aparecían cerca del bebedero.

Al llegar a este sitio, sin embargo, sus burlas se transformaron en admiración cuando escucharon una voz varonil que les decía:

—No os moféis de esta anciana, pues yo he colocado la imagen de mi propia madre en esta peña, y lo que la pastora os ha transmitido es un mandato que ella

le impartió. Os corresponde ahora construir un santuario de penitencia en este lugar, dedicado a la Virgen del Rosario, cuya fiesta habréis de celebrar el primer domingo de octubre de cada año. ¡Impartid esta orden al párroco de Codpa!

¡Era el propio Señor Jesucristo quien les hablaba!

Los campesinos se apresuraron a cumplir fielmente el mandato. Informaron al cura de Codpa, éste al vicario de Arica y éste al obispo de Arequipa. Este último se dirigió personalmente al sitio de la aparición, constató los hechos ocurridos y autorizó el culto.

Pronto, una vez levantado el templo, ocurrió otro milagro: la imagen de la Virgen, que en un principio tenía el tamaño de una muñeca (o de la paloma llegada desde Carangas, según la leyenda anterior), comenzó a crecer en la roca, hasta llegar a la estatura de una doncella de unos 14 años. Este hecho es fácil de comprobar con los vestuarios de la Virgen de las Peñas que se conservan: los más antiguos tenía un largo de sólo 20 cms., mientras que el de los actuales es de cerca de un metro.

Entre los mandatos de la Virgen se encontró también uno que ordenaba que la anciana pastora dejara de cuidar los ovejunos de los ayllus de Livílcar, por ser de edad demasiado avanzada para hacerlo, y que, en cambio, la acompañara en su santuario. Así se hizo, y los vecinos de aquel pueblo, como también los de Umagata, proveyeron desde entonces su sustento. Un día, sin embargo, ella desapareció de su lugar en el santuario, sin que se encontrara huella alguna de su persona. Pero su perro fue descubierto a orillas del río, aullando lastimosamente.

La roca en que se encuentra la imagen ostentó después de la aparición un tono café, con reflejos de oro y matices tornasolados. El mismo color y adornos de estrellas doradas en relieve mostraba también el manto de la Virgen, pero ya no se destacan esas características, lo que se debe a las inundaciones, la limpieza practicada en la imagen y un incendio que destruyó todo el templo en 1910, con motivo del cual se le rompieron también algunos dedos. La pintura actual del rostro parece haber sido colocada en aquel año. Antiguamente había también una serpiente tallada de piedra y pisada por la Virgen, que ahora se encuentra debajo del piso de cemento del edificio, pues se sostenía que quien la pisara al acercarse a la imagen, tenía que morir indefectiblemente.

d. *Un escultor enamorado*

En Potosí (Bolivia), muy lejos del santuario, vivían hace muchos años —todavía en tiempo de los españoles— dos jóvenes que estaban enamorados de una misma joven bellísima y con la que cada cual anhelaba desposarse. Ella misma no sabía a quien de los dos preferir, pues tanto uno como el otro merecían su amor, que en los tres se inspiraba en los más puros sentimientos y era casto, limpio y sin tacha, como Dios manda. La relación triangular no pudo mantenerse, sin embargo, indefinidamente, pues suscitó terribles celos en los dos jóvenes, quienes, por muy amigos que hubieran sido hasta entonces, no pudieron dominar sus pasiones. Y así, un buen día se batieron en duelo, en que cayó uno de ellos mortalmente herido.

El problema tampoco así tuvo solución, pues la familia del muerto acusó al rival de asesino, lo que produjo verdadera conmoción. La consecuencia fue que el

sobreviviente tuvo que huir de Potosí, sin ver más a la joven.

Se dirigió hacia el litoral por el sendero de las mulas que transportaban a Arica la plata del famoso mineral, pero consideró peligroso alcanzar hasta el puerto, pues sabía que se le estaba persiguiendo, de modo que las autoridades seguramente ya habían sido instruidas de detenerlo. Por tal motivo, sólo llegó hasta Livícar y se refugió donde está ahora el santuario.

La soledad del paraje, en conjunto con los escarpados barrancos que ostentan castillos y dan pábulo a la fantasía, alimentaron e intensificaron la nostalgia de su corazón por el amor perdido. La imagen de la joven no se apartaba de él y estimulaba todos sus más sublimes sentimientos.

Y así se dedicó a tratar de modelar en una roca vecina aquella querida figura. Se hizo escultor a fuerza de voluntad e inspirado en su sublime amor por la amada perdida. Pero como sus sentimientos e intenciones eran puros y había sido arrastrado a una situación trágica sin haberla provocado, la Virgen se apiadó de su atormentada alma, arrepentida por la muerte del amigo. De este modo, la estatua que estaba esculpiendo y que pensaba dedicar al recuerdo de su lejano amor, adquirió un aspecto cada vez más divino, asemejándose finalmente a la Virgen María.

El esfuerzo realizado fue, sin embargo, tan extraordinario que consumió poco a poco las fuerzas del artista, y en el mismo día en que terminó su obra, exhaló también su alma: de este modo, entregando a la humanidad una obra del más excelso arte, la Virgen concedió a su mortificado espíritu lo que más anhelaba: la paz.

31. EL PARAÍSO DE CHUNGARA

Hay al interior de Arica, cerca de la frontera boliviana, en los orígenes del río Lauca, dos grandes lagos y numerosas lagunas que alegran el solitario paisaje del Altiplano. El más elevado de esos lagos, que es el de Chungará, queda a 4.540 m. y está poblado de numerosas taguas, que le han valido su nombre, pues éste proviene del aymará, en que aquella ave es llamada chunca y hará significa canto, siendo el de la tagua más bien un graznido. El lago es alimentado por tres tributarios que le llegan desde el suroriente y que tienen su origen en los nevados de Quimsachata (de quimsa, tres; hacha, alto; y ta, frío) y del volcán de Huallatiri (de hualla, gran; y tiri, costura: La Gran Costura, por ostentar el cerro dos partes diferentes y unidas). Este último excede en altitud los 6.000 m.

Un istmo de menos de 2 kms. de anchura separa al norponiente el lago del de Cotacotani, que es más pequeño que el anterior y se encuentra a 20 m. más abajo. A través de la faja que los separa existe un drenaje subterráneo, faltando uno superficial. En el invierno se disuelve este lago en varios, lo que explica su nombre (cota significa lago en aymará y la repetición del término: Varios lagos). Tampoco este lago tiene drenaje superficial, pero si uno subterráneo hacia el poniente, donde se encuentra a menos de 4 kms. de distancia de su orilla el pueblo de Parinacota (parina significa en aymará una de las especies de flamencos). En las lagunas y en un gran bofedal (tembladera) que sigue a menor altitud ya se constituye el río Lauca. Un poco más abajo, un canal conduce parte de su caudal a través de un túnel trazado, debajo del portezuelo efe Chapiquiña, al valle de Azapa, a fin de fecundar sus áridas planicies.

Parinacota queda a 4.400 m. de altitud. La vida allá arriba en el Altiplano está sujeta a todos los rigores de un clima en que la temperatura baja diariamente del punto de congelación (lo que impide cultivos), para subir en el día frecuentemente a más de 30 grados. Muy temido es el viento blanco, un temporal deshecho en que el termómetro baja a veces hasta unos 30 grados bajo el punto de congelación y la nieve es disuelta en finísimas partículas por la violencia del viento huracanado. El frío penetra a través del vestuario, por tupido que sea, y ni siquiera es posible refugiarse en la cama de la cabaña pajiza, pues también en ella uno está expuesto a congelarse: los pobladores pasan la noche de pie, haciendo movimientos para producir calor. Hermosísimos, en cambio, son los días de sol, cuando sobre las verdes vegas, pobladas de llamas, alpacas y asnales de abigarrados colores se tiende un cielo de purísimo azul y desde la lejanía saludan las albas cumbres de Quimsachata, Huallatiri y Huanihuani (Los Cambiantes, en aymará), como también desde el oriente los dos picos de los Payachatá (paya, dos; hacha, alto; ta, frío), una de las obras maestras que ostentan nuestros Andes.

Precisamente, son ellos los que han modelado el paisaje actual. Se elevan a 6.240 y 6.330 m. de altitud. El volcán Pomerapi, que es la cumbre septentrional, es más antiguo que el otro mellizo y muestra alguna erosión, que ha destruido parte del cráter y labrado algunas aristas en sus flancos, lo que se expresa en su nombre, que proviene de pu (tierra blanda), humi (escudilla) y harapi (costillas), o sea, un cerro constituido por tierras blandas, que tiene la forma de una escudilla invertida y que ostenta aristas que se parecen a costillas. La otra cumbre, la del volcán Parinacota, en cambio, que es la más elevada y más joven, forma un cono

de tipo clásico.

Pues bien, una corriente de lava que bajó desde el flanco de esta cumbre cortó el valle entre los lagos Chungará y Cotacotani; y otra, procedente de los cerros de Huaníhuani, separó a este último de los tremendales y lagunas de Parinacota.

Así explicaría el origen de esta hermosísima región un geólogo. Pero veamos ahora cómo lo concibe el genio popular.

Hay, desde luego, todavía en la actualidad, síntomas de que en los dos lagos actúa un espíritu maligno. Se forman en ellos gruesas capas de lamas, en que aposentan y anidas huallatas (gansos) y grandes bandadas de patos de varias especies, cuyos huevos son muy apetecidos por los cazadores. Salen en balsas de totora (enea) para recolectarlos, lo que hacen, por supuesto, sólo en días en que el espejo del agua se presenta tranquilo y refleja las siluetas de los Payachata. Repentinamente, sin embargo, sin anuncio de ninguna especie, se levanta una terrible tormenta, que hace encrespase las aguas y formar remolinos, en que muchas veces naufragan las frágiles embarcaciones y se ahogan sus tripulantes. Además, se puede observar frecuentemente que el agua cambia repentinamente de coloración.

Pues bien —así informan los vecinos de Parinacota—, antiguamente todo el panorama era totalmente diferente. No existían los volcanes, y donde ahora se encuentran los dos lagos existía un profundo y abrigado valle, apto para toda clase de cultivos. Insisten en que todavía se pueden ver restos de las terrazas en la ladera inferior del volcán Parinacota. Todavía más, en una ocasión llegaron al lago arrieros desde Bolivia, que se vieron en la necesidad de dejar pastando una mula sobre su orilla norte, debido a que no podía caminar. Cuando la buscaron al día siguiente, no la encontraron, pero uno de ellos descubrió el rastro y lo siguió. Llegó a una finca desconocida, con abundantes pastos e incluso árboles frutales. Allá estaba el animal. El dueño de la heredad no le permitió alejarse sin atenderlo previamente con un almuerzo y haberlo premunido con alimentos para el viaje: él mismo le llenó las alforjas. Al remontar una empinada cuesta, el arriero se enteró de que la bestia se cansaba desmesuradamente, por lo cual se apeó para examinarla. Se pudo enterar así que las alforjas estaban llenas de piedras de oro.

El hecho fue naturalmente una sensación para todos, mas fracasaron todos los intentos de redescubrir aquella maravillosa y riquísima finca.

Acerca de su existencia no cabe, sin embargo, duda alguna, y aún admitiendo que aquel arriero hubiera soñado lo que contó, su sueño evocó una antigua realidad.

Y se sabe también por qué se perdió aquel paraíso. Tal como lo reveló el arriero, en aquel valle vivía, junto con muchos otros, un campesino muy acaudalado, dueño de extensos campos cultivados y de inmensos rebaños de auquénidos. Era, sin embargo, avaro, trataba mal a su gente, se enriquecía indebidamente y dilapidaba en seguida sus riquezas, embriagándose con algunos amigos. Y ese mal ejemplo había cundido, de modo que el edén de Chungará disfrutaba de la fama de que sus pobladores llevaban mala vida.

Este estado de cosas perduró durante muchos años, hasta que en una ocasión se presentó a la puerta de la finca del rico un mendigo de deplorable

aspecto, solicitando ser escuchado, pues traía un mensaje del cielo. Dijo que se llamaba Tarapacá. Debido a que el opulento campesino estaba celebrando con sus amigos una de sus habituales orgías, colmó al mendigo de Improperios, expresándole al mismo tiempo que no le interesa de manera alguna lo que el cielo pensara de él y de la vida que llevaba. Tarapacá le replicó que hacía muy mal en adoptar esa actitud, pues en el cielo vivía Ticci, el Hacedor del Universo, que lo había enviado a él a la tierra, a fin de crear todos los pueblos que la habitan, a transmitirles la cultura y los mandamientos morales, todo lo cual había cumplido mucho tiempo atrás. Ahora, el mismo Ticci lo había enviado por segunda vez a la tierra, a fin de ver si los hombres estaban cumpliendo lo que él les había ordenado. Y como acá, en Chungará, no estaban haciendo, él tenía la obligación de castigarlos. Por tal motivo, agregó en su peroración, le convenía mucho escuchar lo que tenía que decirle. El rico, sin embargo, ebrio y casi fuera de sí por lo que acababa de escuchar, trató de precipitarse sobre aquel harapiento y propinarle un puntapié, pero cayó al suelo y bramó como un león.

Tarapacá sintió la caricia de una mano femenina, que tomó la suya y lo alejó de aquel sitio. Era la de una criada de la finca, que le acompañó a la cocina, donde le dio de comer y beber y le ofreció un abrigador alojamiento.

Al calor de la fogata, Tarapacá le reveló en aquella noche que al día siguiente haría llover fuego del cielo y que a continuación ocasionaría un gran diluvio que inundaría toda la comarca, ahogando a quienes hubieran sobrevivido la lluvia de fuego. Le aconsejó que emprendiera de madrugada la fuga hacia oriente, a través del portezuelo de Huacollo, a fin de salvar su vida, pues bien merecido lo tenía por su buen corazón. Le advirtió, sin embargo, que no volviera la vista hacia atrás.

Se cumplió literalmente lo que el mendicante (es decir, el Enviado del Ser Supremo, disfrazado como tal) había vaticinado: la lluvia de fuego que cayó del cielo calcinó y ennegreció las rocas, lo que aún el más incrédulo puede constatar al norte del lago. De este modo se quemaron las sementeras, las plantaciones frutales y los pastales, como también las casas, sus habitantes y los rebaños. Y cuando comenzó a llover torrencialmente más tarde, el valle quedó inundado y se formaron los dos lagos que ahora ocupan gran parte de su superficie.

Sólo pocos pobladores lograron escapar de ese cataclismo, huyendo por el Altiplano hacia el lago Titicaca. Sobre su orilla austral encontraron tierras apropiadas para radicarse en ellas. Allá, en Tiahuanaco, fundaron una ciudad y construyeron palacios y un magnífico templo, cuya fama llegó a ser universal. Muchos creen que aquella cultura es original de Tiahuanaco y que es propagó desde allá a todas partes, pero la verdad es que existió mucho antes en Chungará, cuyos vecinos se fueron a radicar allá. Y si tal afirmación necesitare ser probada, el incrédulo se cerciorará de inmediato de la verdad al examinar la capilla existente en Parinacota, pues al construirla se han incluido en su fábrica algunas antiquísimas columnas con adornos fálicos y que ahí se han conservado, como prueba latente de que aquella cultura tuvo su origen en Chungará.

Otra prueba evidente de lo ocurrido se encuentra en el portezuelo de Huacollo, que tiene 4.610 m. de altitud y que queda sobre la actual frontera con Bolivia, a 7,5 kms. al sureste de la cumbre del volcán Parinacota. Ya se informó que Tarapacá había insinuado a la criada del rico que huyera por ese paso, sin

volver la mirada hacia atrás. En realidad, ella tomó a cuestas la criatura que alimentaba y emprendió la marcha a la elevada apacheta (es sabido que siempre, en los pasos del norte, se deposita una piedra a la vera del camino, como ofrenda a Pachacámac, el Señor de la Tierra, por haber protegido al viajero). Pero cuando llegó arriba (hua en aymará es alto y collo significa cerro), Tarapacá había provocado la lluvia de fuego en el valle de Chungará, y aquella mujer no pudo contenerse de mirar hacia atrás, para disfrutar del fantástico espectáculo.

Debido a ello, sin embargo, fue de inmediato petrificada, y en esa forma se le puede ver allá en la apacheta hasta este día: es una roca que tiene metro y medio de alto, en la que aún el más corto de vista reconocerá de inmediato a aquella criada, con su criatura a cuestas.

Respecto de Tarapacá, cabe agregar que se le conoce también con el nombre de Viracocha, y ya hubo ocasión para informar algo acerca de él.

32. LA LOCURA INFANTIL DE HUALLATIRI

Ya al describir el antiguo paraíso terrenal de Chungará, mencionamos el volcán de Huallatiri que se eleva al sur-oriente de aquel lago y cuyo nombre significa en aymará La Gran Costura, por ostentar el aspecto de dos partes unidos.

Ahora nos vamos a trasladar al caserío situado al surponiente de ese volcán, a una altitud de 4.280 m., en una quebrada que corre hacia el sur, para desembocar a 4.040 m. en el río Lauca, que allá toma rumbo al oriente, para cruzar la frontera boliviana en Macaya (de maa, cosa y acaya, manso, debido a la escasa pendiente de la vaguada del río), Estamos en el Altiplano y contemplamos hacia el sur el valle del río y detrás de él los volcanes de Orcotunco (de urco. un arbusto de hermosas flores y tunco, regocijo, por el lindo aspecto que ofrecen sus frondosidades) y Arintica (de art, puntiagudo; inti, sol; e hica, ser tocado: Cerropuntiagudo-tocado-como-primero-por-el sol).

Vamos a presenciar aquí la génesis de las leyendas, como si ocurriera ante nuestros ojos. Pero para ello nos servirá de gula un testigo que presencié lo ocurrido y cuyo testimonio no merece la menor sospecha: el presbítero don Luis Urzúa, que fue capellán del Regimiento Rancagua de Arica y que es autor de una magnífica obra: "Arica, Puerta Nueva", publicada en Santiago en 1957, que hemos utilizado profusamente para reunir las leyendas de Arica de este libro.

Escribe don Luis: "Se divisa el volcán desde lejos y se caracteriza por una forma de casco de cadete militar coronado por un penacho blanco, que es la constante columna de humo que desahoga sus hirvientes fondos de azufre. Al cráter central se agregan 23 fumarolas más pequeñas, procedentes de las grietas que miran hacia el pueblo. Estos humos forman un cerco de nubes alrededor del volcán en las horas en que el viento no desata su furia sobre el paisaje, como ocurre a menudo.

"Antes de llegar al caserío, el sendero cruza un bofedal medio seco, al hacerlo hay que tomar precauciones, a fin de que no se hundan los animales. Es propicio para la crianza del ganado lanar. Para los habitantes, el volcán es una especie de barómetro: cuando el humo sale recto, indica que el día será agradable; si se va arremolinando, no tardará en desatarse el viento; se sabe que va a llover si deriva hacia el poniente. El macizo nevado ejerce un verdadero imperio en la comarca, y se palpa la fuerza de su poderío, porque no sólo es un ejemplo de magnificencia y belleza que rivaliza con los Payachata, sino un exponente de vitalidad telúrica que impone temor y respeto. La nieve de su falda desciende hasta las proximidades de la población y prolonga su armoniosa geometría en una alfombra de verdor, alternada con espejos de hielo, que deslumbran la vista.

"En el caserío conseguimos aplacar el frío con una sabrosa comida caliente, calefacción de llareta y abundancia de mantas. Pero a pocos pasos de nuestro cuarto se desarrolló una extraña agitación, que duró toda la noche. Con la llegada del sacerdote, los vecinos tomaron coraje en su lucha contra Satanás, a quien atribuían las perturbaciones mentales de sus hijos. Al efecto realizaron una procesión encabezada por una oveja negra, a la que correteaban con

imprecaciones y chasquidos de látigo, a la vez que golpeaban el aire y el suelo con palos y cuerdas. En seguida, las mujeres estuvieron recorriendo de rodillas los alrededores de la iglesia, rezando las pocas y fragmentadas oraciones que habían podido aprender. Los hombres encendieron fogatas y se distribuyeron en grupos para cuidar las entradas del templo, la escuela y el local social, a fin de que no se atreviera a franquearlas el odioso Supayo. En esta actitud los encontraron las luces del medio día.

"El domingo hubo una misa especial para los niños, a la cual asistieron 63 de ellos y 59 personas adultas. Se les bendijo con las hermosas oraciones del ritual, fueron santiguados con el Evangelio de San Juan, y terminó la ceremonia con una canción al Niño Jesús, el "Bendita sea Tu pureza" a la Virgen Concebida (Purísima) y la jaculatoria al Ángel de la Guardia.

"Los niños captaron fácilmente que el acto se realizaba en beneficio de ellos y entonaron con júbilo el Canto de Navidad que se les enseñó, gracias a su precocidad de oído. Para exteriorizar la satisfacción del pueblo, hicieron una vilancha (sacrificio de sangre, literalmente mucha sangre), sin conocimiento del sacerdote, para lo cual se sacrificó una llama. Todos comieron buenos asados, y con la sangre del animal rociaron los principales lugares: la torre de la iglesia, el local social, la escuela... y también el volcán.

"Pero, ¿qué les había ocurrido a los niños para tener que hacer tantos ensalmos y bendiciones? Desde junio empezaron a sufrir alucinaciones en forma violenta, que les producía cierto frenesí, y había que reducirlos por la fuerza para que no huyeran o hicieran daño". Este estado colectivo de locura perduró hasta principios de agosto. "Francisco Churata, de 17 años, se largó al río Lauca, pese a la frialdad del agua y a la escasa simpatía que este elemento despierta entre los nativos de la cordillera. Clemente Mamani, de 13 años, decía que en el volcán cabalgaban 50 milicos en 50 caballos grises y .que iban a la guerra, invitándolo a acompañarlos con sus amigos. Terencio Mamani, de 12 años, veía hombres con cola en el volcán, donde se le presentaba también el mismo diablo. Mateo Jiménez, de 10 años, pugnaba por acudir al llamado de unos aparecidos en el nevado de Huallatiri". Visiones parecidas tenían también casi todos los demás niños.

"Pasado el ataque, ellos recuperaron su normalidad y no recordaban siquiera las extravagancias que habían hablado. Se podría pensar que estas perturbaciones mentales tuvieran su origen en una alimentación deficiente o en mal estado, o que fueran la consecuencia de haber escuchado relatos fantásticos. De esto último no hay constancia, y en cuanto a lo primero, la comida de esta gente del interior de Arica ha sido siempre sana, aunque frugal, sin que se conocieran tales consecuencias. Aún pudiera deberse a gases venenosos producidos por el volcán y que el viento transportara al caserío. Porque el Huallatiri está sometido, efectivamente, a la influencia de corrientes de aire que provienen de la alta atmósfera y que bajan a la tierra y la barren, trastornan y estremecen de frío.

"Después de misa, se bendijo agua en abundancia y con ella a muchas casas del pueblo. Había que expulsar al Malo de todos sus reductos. En la angustia de la separación e incertidumbre de otra visita, tal vez lejana, no temieron desahogar sus cuitas, revelándonos la existencia de algunos lugares maléficos,

para que los conjuráramos. Uno de ellos era una gran piedra. Luego nos suplicaron que fuéramos a la salida del pueblo, al lugar más dañino de todos, donde nacen los vientos que acarrear los mayores trastornos. Nos condujeron por un pedregal y nos mostraron un recinto amurallado de piedras, de 2,50 m. de diámetro y 1 m. de altura.

—"Esto es muy malo —nos aseguran—. Desde el tiempo de nuestros abuelos nos perturba e impide toda actividad.

"Todos estaban como al acecho de algo espantoso que debía ocurrir. Apenas rezada la oración ¡y salpicada el agua lustra!, arremetieron contra el muro, desparramando las piedras, con el designio, sin duda, de facilitar la huida del mal espíritu. Especialmente se ensañaron con un peñasco que había al centro del espacio cercado, donde estaba concentrado el daño".

Sólo una vez purificado todo el pueblo, permitieron al sacerdote que continuara su viaje.

33. UNA ROGATIVA DE LLUVIA

Todos sabemos que San Isidro no deja de brindarnos su ayuda cuando una excesiva sequía desola nuestros campos y amenaza las cosechas y el ganado. Naturalmente, debemos implorarla en debida forma y llevar una vida que merezca su protección.

Pero pocos saben que tales rogativas ya las hacían los indígenas antes que conocieran las enseñanzas cristianas. Y a veces siguen practicándolas sin recurrir a San Isidro.

Un caso ha sido relatado referente al pueblo de Tala (cuyo nombre significa Ventoso en quechua). Queda en el antiguo departamento de Tarata, devuelto al Perú, no lejos de la confluencia del río homónimo con el Salado, que dan origen al de Sama. Está situado a una altitud de más de 2.400 metros. El río se forma por la confluencia de numerosos tributarios, algunos de los cuales provienen del cordón del Barroso, uno de los más llevados de la región, con numerosas cumbres de más de 5.500 metros.

Chocan allá arriba los cálidos vientos alisios orientales con los fríos del Pacífico, lo que provoca grandes precipitaciones. Pero a veces falla la meteorología... y se presenta la sequía.

Los vecinos de Tala -han conservado su antiguo gentil, en que los muertos se sepultan momificados. Estiman —a igual que los mapuches— que los caciques tienen el deber de velar por los suyos aún después de fallecidos. Creen, además, y en esto se diferencian de aquéllos, que el grupo familiar está ligado por lazos tan sólidos que ellos no se interrumpen con la muerte. Según su creencia, separar a un difunto de sus familiares que lo rodean en su tumba, es como expatriarlo.

Ocurrió, sin embargo, que el río Tala comenzó a mermar hasta secarse por completo. Hubo alarma pública. Los vecinos se reunían y comentaban la situación. Y llegaron unánimemente a la conclusión de que sus curacas difuntos se estaban mostrando insensibles ante la calamidad general, por lo cual convenía recordarles que cumplieran con sus deberes.

Se reunieron en el gentil, realizaron ceremonias paganas y extrajeron de la tumba la momia del más renombrado de sus antiguos curacas. En seguida, llevándola en andas, en solemne procesión, marcharon con ella al vecino pueblo de Ancomarca (en aymará de anco, cría, y marca, comarca: Pastal de Crianza), donde existía otro gentil. Abrieron allá una tumba y colocaron en ella a la momia, dándole debida sepultura.

Este castigo impuesto al curaca difunto tenía por objeto despertarlo de su letargo y hacerlo sentir la sequía, provocada por él debido a su desidia de velar por la suerte de los suyos.

En efecto, pasaron pocos días, y se volvió a desencadenar una formidable tormenta de nieve y lluvia en el cordón del Barroso, que fertilizó todos los campos vecinos.

En una segunda procesión —esta vez acompañada por gritos de alegría y contento— la momia fue retirada de Ancomarca y depositada otra vez en su propia tumba. El temporal dio motivo a una gran borrachera para celebrar la llegada de las aguas.

Para aplicar esta magia de hacer llover es preciso, sin embargo, tratar a la momia con grandes consideraciones y el mayor respeto, pues aquellos indios son de opinión que quien profana una tumba es castigado con la muerte inmediata.

BIBLIOGRAFÍA

A. Fuegopatagonia

- 1.— Gusinde, Martín: Die Yamana. Viena 1937.
- 2.— Gusinde, Martín: Die Selk'nam. Viena 1931.
- 3.— Gusimde, Martín: Die Halukwulup (por publicar) ⁽¹⁾.
- 4.—Keller, Carlos: Dios en Tierra del Fuego. Mitos y cuentos de los selcnam. Santiago 1947.

B. Chile Central

- 5.—Valdivia, Luis de: Arte, vocabulario y confesionario en lengua de Chile. Lima 1606; nueva ed. Leipzig 1887.
- 6.— Erize, Esteban: Diccionario comentado mapuche-español. Buenos Aires 1960.
- 7.— Cañas Pinochet, Alejandro: Estudios de la lengua veliche. En: Trabajos del Cuarto Congreso Científico, tomo XI, Santiago 1911.
- 8.— Cavada, Francisco J.: Chiloé y los chilotes. Santiago 1914.
- 9.— Molina Herrera, Evaristo: Mitología chilota. En: Anales de la Universidad de Chile, N° 79, Santiago 1950.
- 10.— García Barría, Narciso: Tesoro mitológico del archipiélago de Chiloé. Santiago, s. f.
- 11.— Vivar, Jerónimo de: Crónica verdadera y copiosa de los reinos de Chile. Santiago 1967 (escrita en 1558).
- 12.— Ercilla, Alonso de: La Araucana (numerosas ediciones).
- 13.— Bascuñán Núñez de Pineda, Francisco: Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile (escrita en la segunda mitad del siglo XVII). Santiago 1863.
- 14.— Rosales, Diego: Historia General de Chile, Flandes Indiano (terminada en 1674), 3 tomos, Valparaíso 1877-78.
- 15.— Lenz, Rodolfo: Araukanische Märchen. Valparaíso 1896.
- 16.—Rosales Rodríguez, Eulogio: Costumbres y creencias araucanas. En: Revista de Folklore Chileno, Entregas 4ª a 7ª. Santiago 1914.
- 17.— Augusta, Félix de: Lecturas araucanas, Padre Las Casas 1934.
- 18.— Koessler-Ilg, Berta: Cuentan los araucanos. Buenos Aires 1954.
- 19.— Koessler-Ilg, Berta: Indianermärchen aus den Kordilleren. Düsseldorf-Colonia 1959.
- 20.— Koessler-Ilg, Berta: Tradiciones araucanas. La Plata 1962.
- 21.— Moraleta y Montero, José de: Exploraciones geográficas e hidrográficas (escrita a fines del siglo XVIII). En: Anuario Hidrográfico de la Marina, tomos XII y XIII, Santiago 1887-88.
- 22.—Menéndez, Francisco: Viajes al lago Nahuelhuapi (escrito a fines del siglo XVIII). En: Anuario Hidrográfico de la Marina, tomo XV. Santiago 1890.
- 23.—Vicuña Cifuentes, Julio: Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral. Santiago 1947.
- 24.—Dauniére, S. de: Cuentos populares araucanos y chilenos. En: Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 21-26. Santiago 1916-17.
- 25.— Laval, Ramón A.: Cuentos populares en Chile. Santiago 1923.
- 26.— Pino Saavedra, Volando: Cuentos folklóricos de Chile, 3 tomos. Santiago 1960-63.
- 27.— Montenegro, Ernesto: Cuentos de mi tío Ventura. Santiago 1938.
- 28.— Treutler, Pablo: Andanzas de un alemán en Chile. Santiago 1958 (obra publicada en 1885, traducida del alemán por Carlos Keiler).
- 29.— Menéndez Pidal, Ramón: Realismo de la epopeya española. En: Obras, tomo II. Madrid 1934.

⁽¹⁾ Estas tres obras de Gusinde serán publicadas en la Enciclopedia Moderna de Chile.

C. isla de Pascua

- 30.— Métraux, Alfred: *Ethnology of Easter Island*. Honolulu 1940.
- 31.— Métraux, Alfred: *La isla de Pascua*. México 1950.
- 32.— Englert, Sebastián: *La tierra de Hotu Matu'a*. Padre Las Casas 1948.
- 33.— Felbermayer, Federico: *Historia y leyendas de la isla de Pascua*. Valparaíso 1941

D. Norte Grande

- 34.— Bertorvio, Ludovico: *Vocabulario de la lengua aymará*, 2 tomos. Julio 1612; nueva edición Leipzig 1879.
- 35.— Lira, Jorge A.: *Diccionario quechua-español*. Tucumán 1945.
- 36.— Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo: *Almagro*. En: *Boletín de la Academia de la Historia*, N° 7. Santiago 1936.
- 37.— Santillán, Fernando de: *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los incas* (escrita a mediados del siglo XVI). Madrid 1879.
- 38.— Pizarro, Pedro: *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (escrita en 1571). Madrid 1879.
- 39.— Sarmiento de Gamboa, Pedro: *Historia de los Incas* (escrita por 1578). Buenos Aires 1947.
- 40.— Garcilaso de la Vega: *Comentarios reales de los incas* (escrita a principio del siglo XVII), 2 tomos. Buenos Aires 1945.
- 41.— Santa Cruz Pachacuti, Juan: *Relación de antigüedades de este reino del Perú* (escrita por el año 1613). Madrid 1879.
- 42.— Canales, Pedro P.: *Un viaje por las cordilleras de Tacna y Arica*. Santiago 1925.
- 43.— Urzúa, Luis: *Arica, Puerta Nueva*. Santiago 1957.
- 44.— Garrido, Pablo: *Bailes rituales del norte chileno*. En: *El Mercurio*, edición del 21 de septiembre. de 1941. Santiago.
- 45.— Lavín, Carlos: *La Tirana*. En: *Colección de Ensayos del Instituto de Investigaciones Musicales*. Santiago s. a.
- 46.— Lavín, Carlos: *Nuestra Señora de las Peñas*, *ibid.*
- 47.— Valera, Blas (jesuita): *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú* (escrita por 1620). Madrid 1879. Nota.—Las obras N° 37, 41 y 47 fueron publicadas en conjunto en Madrid, en 1879, por Marcos Jiménez de la Espada, bajo el título de *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas*. Hay de ella ediciones posteriores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

(Las obras se citan de acuerdo con el número que llevan en la Bibliografía precedente).

- 1-5.— Mitos de los yamanas: Todos los relatos han sido tomados de la obra de Gusinde, N°1, y se publican por primera en lengua castellana. El texto ha sido condensado apreciablemente.
- 6.— El Caleuche: Texto en los N° 8, 7 y 23.
- 7.— Los maleficios de los calcus: lo dicho sobre la magia de los araucanos es una investigación propia del autor, basada principalmente en los N° 14, 16, 17, 28, 23 y 7.
- 8.— Los machis y su magia blanca: Véase el número anterior y el N° 13 de la Bibliografía. Los cantos de los machis han sido recogidos por el padre Fraunhäusl y están publicados en el N°17.
- 9.— Los maléficos brujos: Véase lo dicho en las obras N° 23 y 8.
- 10.— El Trauco: Las descripciones han sido tomadas de los N° 8 y 7.
- 11.— La prodigiosa Pincoya: Véanse los N° 8, 7 y 24 (que relata los mitos de la mujer-pezu y de la cochodoma).
- 12.— El Camahueto destructor: Véase la descripción en los N° 8, 7 y 23.
- 13.— El impetuoso Cherruve: El texto está basado en los N° 5, 7, 8 y 24 (el mito de Nieves).
- 14.— El Basilisco: Texto basado en los N° 23 y 8.
- 15.— El Huallepeñ deformador: Véanse los N° 23 y 8.
- 16.— Cai-Cai y Tren-Tren, las serpientes enemigas: El mito aparece ya en el N° 14 y ha sido relatado por todos los autores moderno (N° 8, 7 y otros).
- 17.— La Ciudad Encantada de los Césares: La reciente publicación de la obra N° 11, escrita en 1558, ha revelado que en aquel tiempo ya existían los elementos esenciales de la leyenda, que fue más tarde ampliada. Hay acerca de ella una frondosa literatura. Véanse los N° 14, 8, 22 y 21.
- 18.— El Cuero: Véanse los N° 23, 8 y 24 (la leyenda de Naneo).
- 19.— Cómo un indiecito se hizo rico: Tomado del N° 24.
- 20.— La Viuda peligrosa: Véanse los N° 8 y 23.
- 21.— El Piuchén sucededor: Véanse los N° 23 y 8.
- 22.— El Alicante: Tomado del N° 23.
- 23.— Las Serenas cantadoras: Véanse los N° 14, 23 y 28.
- 24.— Corno se originaron las estatuillas de madera: Tomado del N° 31.
- 25.— La Tirana: En gran parte, investigación personal del autor; consúltense, además, los N° 36, 38, 40, 44 y 45.
- 26.— Tarapacá, el travieso: Véanse los N° 11, 47, 39 y 41.
- 27.— La nostalgia de San Pedro de Esquina: Tomado del N° 43.
- 28.— Los derroteros del Cerro del Marqués: Tomado del N° 43; véase también el N° 38.
- 29.— La maldad del caballero rubio: Tomado del N° 43.
- 30.— La Virgen de las Peñas: Las leyendas sobre su origen están descritas en el N° 43; y los bailes y la música, en el N° 46.
- 31.— El paraíso de Chungará: La leyenda se encuentra en el N° 43; véanse también los N° 37, 39, 40 y 41 sobre la cultura de Tiahuanaco.
- 32.— La locura infantil de Huallatiri: Tomado del N° 43.
- 33.— Una rogativa de lluvia: Tomado del N° 42.

Nota.—Salvo las citas entre comillas, los mitos y leyendas han sido relatados por el autor refundiendo en gran parte los textos citados y condensándolos apreciablemente. Para los fines de esta obra ha interesado en primer lugar su contenido y ha carecido de importancia el aspecto filológico, para cuyo estudio no se prestan, por lo demás, los textos originales, salvo algunas pocas excepciones.